RICCARDO
BRACCAIOLI

ÚLTIMA SALIDA



UN THRILLER DE BRUNO MALATESTA

Riccardo Braccaioli

Última Salida

Un Thriller de Bruno Malatesta

First published by Editorial Escritor Tokenizado 2024

Copyright © 2024 by Riccardo Braccaioli

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

Depósito legal: 2406168273641

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com

...a Eva

Inventamos las ficciones para poder vivir de alguna manera, las muchas vidas que quisiéramos tener, cuando apenas disponemos de una sola.

— Mario Vargas Llosas

Lo que los lectores dicen sobre Riccardo Braccaioli:

“⭐⭐⭐⭐⭐ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Esta súper bien, no puedes dejar de leer, te lleva con la intriga hasta el último momento, muy recomendable.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Es de los libros que mantienen la atención y las ganas de seguir leyendo. Ahora estoy esperando para leer el siguiente libro de la saga.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ No puedes dejar de leer, te atrapa desde la primera línea. Enorme. Espero continuar con toda la serie en breve.

“⭐⭐⭐⭐⭐ Soy seguidora de este escritor y me gustan sus obras, pero en esta se ha superado, desde la primera página he estado enganchada con un ritmo trepidante y sobre todo inesperado.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Lo empecé a leer sin mucha expectativa, pero conforme iba pasando por sus páginas te vas encaminando a una historia que termina por volarte la cabeza, no sabes en qué momento pasaron tantos acontecimientos, lo recomiendo.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ No hubiese pensado nunca en cómo acaba siendo todo….
Me ha encantado, no he podido parar de leer hasta terminarlo.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Lenguaje sencillo, directo, fácil de comprender.
He pasado dos semanas leyendo los 6 libros de Alex Cortés y he disfrutado muchísimo de la trama y la historia de cada personaje.”

Entre la obra de Riccardo Braccaioli, destaca:

Serie Álex Cortés

El Sastre del Diablo (Gratis en este link)

El Hedor de la Verdad

Asesino a Bordo

El Diablo Nunca Duerme

Cuando Barcelona Perdió la Cordura

El Vampiro de Barcelona

El Último Criptograma

Un Cadáver en Llamas

Serie Bruno Malatesta

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)

Asesinato en el Rally Costa Brava

El Plan Mónaco

Los Secretos del Coleccionista

Malatesta Contra Malatesta

El Secuestro Ferrari

Festival de Muerte

Última Salida

Serie Gildo Falcone
Muerte en Roma

Serie El Forense
El Forense



“Escribir sobre la muerte, para hablar de la vida.”

Riccardo Braccaioli

REGALO EXCLUSIVO:

Al final de esta novela te regalaré dos capítulos de mi nueva saga, ***Muerte en Roma,*** El primer thriller culinario de Gildo Falcone, ambientado en la capital italiana.

Esta novela es un trabajo de ficción. Cualquier parecido con la realidad y con nombres de personas es una pura coincidencia.

PRÓLOGO (viene del libro anterior)

Se movía al son del agua.

Su vida pasaba en la estela de la hélice.

Las imperceptibles olas de abrían al pasar de la barca. Se abrían como un abanico infinito.

Recorrían el agua, trepando una sobre la otra. Seguían hasta chocar con las orillas. Las aguas eran grises. Oscuras y profundas. De una tonalidad parecida al cielo que había encima.

Las luces de los edificios se reflejaban y bailaban en una danza abstracta. Como en un cuadro de Picasso; como si el mismo pintor les hubiera enseñado esa danza con su pincel.

La barca pasó debajo del primer puente. Al pasar, fruto de la coincidencia o por respeto del momento, se encendieron todas las luces. En un instante, el color dorado resaltó sobre el fondo de un temporal que estaba al horizonte, listo para desatar toda su virulencia.

La barcaza rozó el puente; Bruno no se inmutó. Lo vio pasar por encima suyo, de la misma manera que las flores sienten pasar el viento sin quejarse.

Llevaba un abrigo oscuro, hasta las rodillas. El cuello levantado le cubría las orejas. Los aires frescos del ocaso movían las extremidades de su bufanda.

Estaba de pie en la popa, mirando el Sena pasar, y a su espalda, la barca que seguía el río.

Bruno contemplaba la corriente que partía en dos la capital francesa. La ciudad de las luces.

Ese viaje era una promesa a Rita y allí estaba para cumplirla.

La barca fue avanzando hasta encontrar el Museo de Orsay. Los enormes ventanales acristalados dominaban las fachadas y gozaban de las vistas del río. Cuando los varios edificios que lo formaban quedaron atrás, pasó por otro puente. Este era una estrecha cúpula, lo justo para que pasara la barcaza. Iluminada por una luz amarilla que, con el contraste de las aguas y el cielo oscuro, parecía que tuviera las paredes doradas.

Bruno seguía callado, viendo el túnel que se acababa por su cabeza, abrumado por tanta belleza que París tenía en su interior.

—Rita, tenías razón, valía la pena venir a París —dijo sin girarse, sin perder ni un detalle del momento, sin dejar de ver toda la hermosura del ocaso iluminado en el Sena.

El silencio solo venía roto por el agua y por el ruido de la barcaza que avanzaba dirección a la Torre Eiffel. Cuando llegó delante de la catedral de Notre-Dame, sintió que era el momento. Bruno levantó la mirada y contempló la estructura gótica. Las dos torres que formaban la fachada, junto al rosetón y una restauración que la había dejado como nueva, daba la sensación que la ciudad se había limpiado para la ocasión. Luego apareció la aguja de madera central y decidió que ese era el punto.

—Amor, me había olvidado de la belleza de París y su elegancia. Las personas mágicas quieren volver a ciudades mágicas, por eso tú querías venir aquí. Así que creo que este es el sitio que te mereces. Una persona mágica, en un lugar mágico.

Entonces Bruno abrió el tapón del tarro que estaba aguantando en mano y se lo pasó a Jean, que estaba detrás, en silencio. A su lado estaba Claudia; hacía varios minutos que las lágrimas no le cabían en el mismo pañuelo. Detrás, Verónica, la joven informática. A su lado Rafael, los dos compañeros de trabajo, venidos desde Suiza para el último viaje de su jefa.

Bruno cogió a puñados las cenizas de su compañera y comenzó a tirarlas al Sena, allá donde ella quería hacer un viaje con Bruno, allá donde sus sueños estaban y siempre estarían.

El polvo de la mujer fue mezclándose con el agua gris, donde se reflejaba la imagen entrecortada de la catedral parisina. No era un funeral ateo, era el último viaje de una mujer que amó una ciudad elegante y mágica como ella. Víctima del destino y de una mujer enloquecida por el desamor.

Las incongruencias de la vida: su amor, muerta por el desamor de otra mujer.

La noche que se arrestó a Amaya recibió un mensaje del hospital. Se fue corriendo, pero cuando llegó ya estaba muerta. Las consecuencias de haber ingerido el cianuro no le dieron escapatoria. No consiguió salir del coma.

Bruno fue tirando las cenizas al viento junto a palabras de amor susurradas, confiando que estas le llegasen a la persona con que hubiera querido pasar el resto de sus días. En el momento que se acabaron, cogió el tarro, lo besó y lo arroyó, para que se quedara en el fondo del río. Para que yaciera para siempre en la parte de la ciudad que más se movía y cambiaba, tal y como era Rita.

—Ahora eres libre, amor mío —dijo mientras se secaba una lágrima—. Ahora podrás vivir para siempre tranquila y podrás ver tu París todas las veces que quieras.

Jean, en ese momento, apoyó su mano en el hombro de Bruno, y este se giró para abrazarle. Aguantaron el abrazo en silencio hasta que apareció la Torre Eiffel que, en señal de respeto a la mujer, comenzó a brillar con su mejor vestido de gala. Los dos hombres abrazaron a Claudia y miraron el espectáculo. Se sumaron los otros dos, formando un círculo.

Brilló dos minutos y al acabar Claudia dijo:

—Creo que nunca la había visto tan brillante. Seguro es porque ha saludado a Rita.

Entonces las nubes que cubrían París soltaron la lluvia que llevaban aguantando toda la ceremonia. Las gotas de agua fueron cayendo.

De la misma manera, Bruno no pudo aguantar las lágrimas, que se fueron mezclando con la lluvia, para acabar en el Sena, allá donde todo empezó.

Polvo al polvo…

…y agua al agua.

El Sena partía la ciudad en dos. De la misma manera Rita dividió la vida de Bruno en dos, marcando un antes y un después. Bruno se sentó bajo la lluvia, mirando la Torre Eiffel, preguntándose qué valdría la pena ahora sin ella. Qué sería de su vida ahora. Sintió soledad, una profunda tristeza. El destino había cambiado tantas veces su vida que, por desgracia, se estaba acostumbrando a la incertidumbre cíclica.

Ya no tenía expectativas.

Pero a pesar del gris cielo que tenía sobre su cabeza, se dio cuenta que solo sabía una cosa, y era que el destino le apretaba, pero no le asfixiaba, aunque esa vez se quedó casi sin aire.

Ella viene y se va, con la misma facilidad que actúa en el escenario de la vida.

Ella viene y se va, y había escriturado a Rita para que actuase en el Festival de Muerte en Hoznayo.

Una época de su vida comenzó en ese río, cuando Jean y Claudia quisieron comenzar una vida juntos, sin Marc Nerón. En ese mismo río, todo se acababa. Una época para Bruno se cerraba, y no tenía ninguna prisa por comenzar otra, necesitaría tiempo, mucho tiempo para recuperarse de la que acababa de vivir entre asesinos y muerte.

Pero ya se sabe, el tiempo pasa en un suspiro…

01

Roma, Italia.

Lunes.

En ocasiones, no todo sale como esperamos.

Para pisar el acelerador, cualquiera vale, cualquiera es capaz.

Controlar un bólido de quinientos caballos, solo pocos lo consiguen.

Habría comenzado como una noche cualquiera si no hubiese sido por la luna llena. Alta, luminosa y perfectamente redonda. Irradiaba su luminiscencia sobre toda la campiña en las afueras de Roma.

El coche rojo adelantó al negro esquivando un camión. Los bocinazos del vehículo de carga se perdieron en la noche sin que el piloto se enterase.

Las carreteras, a esa hora, solían estar vacías. En la medianoche de un día laborable, pocos coches cruzaban la autovía que llevaba a la playa.

De Roma a Latina.

De la capital a la ciudad sobre el mar Mediterráneo. Sesenta y seis kilómetros a toda velocidad. Por dinero, por orgullo, por adrenalina.

Un juego que sucedía en pocos minutos, una carrera ilegal como otras si no fuera por los bólidos que se usaban: Fórmula 1 antiguos.

El coche rojo aceleró dejando atrás al negro. Las rudimentarias luces de led que les habían acoplado al carenado les permitían ver con nitidez la carretera.

A pesar de llevar tapones en las orejas, el infernal ruido del motor se colaba en el cerebro de los pilotos.

Era una carrera por ser el más rápido. El que llegara primero a las puertas de la ciudad de Latina sería el ganador. Para eso uno tenía que apurar más el coche, frenar antes de una curva o serpentear entre los pocos vehículos que circulaban.

Los dos coches llegaron a una curva rápida y frenaron. El bólido negro intentó adelantar, pero el rojo le cerró el paso.

Pasada la curva, aceleraron de nuevo. Pie hasta el fondo, a todo lo que daba el motor de competición.

Tercera, cuarta, quinta, sexta marcha. En las rectas, que pasaban como suspiros, había que estrujar los motores para no perder la posición.

Aparecieron dos coches en la lejanía. Dos puntos rojos se acercaron veloces.

Uno de los conductores consideró que las luces blancas estaban considerablemente lejos y adelantó al otro.

Los puntos de luz resultaron aproximarse más rápido de lo que se esperaba. El conductor del coche rojo, después de varias ráfagas, tuvo que frenar casi clavando las ruedas y perdiendo velocidad.

Revocó la maniobra y se metió de nuevo en el carril de la derecha, detrás del otro coche, asustado por la rapidez con la que llegaban las luces.

En cuanto vio una brecha, el bólido negro aceleró y se metió entre el rojo y el coche, adelantándolo con una maniobra de lo más arriesgada.

El conductor del rojo se enfadó, dando un manotazo en el viejo volante.

El Fórmula 1 negro aceleró casi con más potencia que el rojo a pesar de ser casi iguales. Como si la desesperación de haber estado todo el tiempo por detrás, en ese momento fuera una descarga de más caballos en el motor.

Doscientos kilómetros por hora. Las casas pasaban vertiginosas por los laterales y se perdían por el retrovisor.

Doscientos cincuenta.

El coche rojo le perseguía a pocos metros, sin la intención de dejarlo marchar mucho más. Tenía la esperanza de una oportunidad para devolverle el adelantamiento que había sufrido.

Doscientos ochenta.

Las luces eran líneas que pasaban a derecha e izquierda.

El estruendo de los coches de carreras que quemaban gasolina a todo lo que daba el motor se perdían entre la campiña romana.

Sexta marcha, trescientos kilómetros por hora. El cuentarrevoluciones entraba en zona peligrosa y no debían acelerar más. Al piloto del coche rojo le

dio igual y apretó, solo necesitaba un poco más de velocidad para volver a adelantar al otro y recuperar el liderazgo de la carrera nocturna.

La luna llena era la única espectadora de la carrera. Un público silencioso.

Al horizonte se acercaba una curva acentuada.

La adrenalina se volvió a disparar en los cuerpos de los coches.

Los dos bólidos iban en paralelo, ocupando los dos carriles de la autopista. No había salida, había que frenar o se estamparían.

Al correr en paralelo, no podían tomar la curva con una trayectoria que les permitiese casi no reducir la velocidad.

Medio kilómetro.

El piloto del bólido rojo estaba decidido a frenar después del negro. Esperó a que este frenara, pero no sucedía.

Trescientos metros.

Ninguno de los dos demostraba la intención de frenar y perder la posición privilegiada.

Doscientos metros.

«Quien frene primero es un gallina», pensó el piloto del coche rojo.

Ciento cincuenta metros, el muro de la curva se hacía cada vez más grande y se acercaba como si tuviera vida propia, como si los quisiera intimidar por su portento.

Cien metros y la sensatez triunfó, y pisó los frenos.

El coche negro había hecho lo mismo, las agujas del cuentakilómetros fueron bajando en cascada, pero el coche llevaba demasiada velocidad y controlar el Fórmula 1 se convirtió en una tarea difícil para el piloto.

Las enormes ruedas traseras se clavaron, dejando unas marcas en el asfalto y desprendiendo un humo blanco.

Doscientos kilómetros, la velocidad parecía la adecuada para la curva. El coche negro seguía al lado, no pensaba dejar escapar la victoria, a su alcance por primera vez desde Roma.

Pero quien había diseñado esa carrera quiso poner otra curva enlazada, entre campos, entre vete a saber por qué tuvo que hacer una autopista con una doble curva que, en los límites de velocidad normales, serían dulces y casi imperceptibles; al triple de velocidad, eran mucho más duras.

Segunda curva, había que volver a frenar.

Los pedales de los frenos volvieron a bajar con fuerza.

Los dos bólidos en paralelo, como si hubiesen practicado esa maniobra para un *spot* publicitario, disminuyeron aún más la velocidad. Pero el pedal del coche rojo fue hasta el fondo, contra la chapa del vehículo. Dejó de frenar y se convirtió en ingobernable. Jugó con el volante, como si pudiera controlarlo y contrarrestar la velocidad con la dirección, pero el coche seguía con la misma velocidad.

El piloto retrocedió el pie, pero el pedal se quedó en el fondo, sin vida.

El coche rojo fue acercándose cada vez más hacia el negro y este, al principio, intentó aguantar la invasión de carril.

Todo pasó en décimas de segundo.

El coche negro se encontró con la mediana de la autopista.

El rojo parecía que llevaba la intención de aplastarlo hasta que el negro siguió frenando hasta dejarlo pasar. El rojo, que ya estaba a merced del destino, pasó por delante del negro como un meteorito, deteniéndose contra la mediana.

Chocó con la rueda delantera izquierda y se giró. Estampó el alerón y luego el resto del coche intentó adelantarlo, haciendo un trompo. Cuando las ruedas posteriores tocaron el cemento, el coche saltó por los aires y comenzó a dar vueltas de campana.

El coche negro casi se detuvo, único espectador del accidente que estaba sucediendo.

El Fórmula 1 rojo acabó aterrizando a varios centenares de metros del impacto. Trozos de chapa y de mecánica se esparcieron por todo el asfalto. Dos ruedas seguían enloquecidas su propia carrera por la autopista desierta.

El vestigio se detuvo generando un humo blanco que salía del bólido arrugado.

El tiempo se detuvo.

El bólido negro adelantó lo que quedaba del otro competidor. Aceleró sin miramientos y siguió hacia su destino. El otro se quedó bocabajo, como una tortuga apoyada en el caparazón. Un guerrero de mil batallas que acababa de cumplir la última.

El humo salió hasta el final de los latidos del piloto, luego se detuvo, como una forma de respeto, dejando paso al telón que se cerraba en esa última

escena del Fórmula 1 rojo.

02

Módena.

Miércoles.

El bar de Giorgio estaba vacío.

Bueno, del todo no, solo quedaba un hombre en la barra.

El turno de los desayunos había acabado y solo había un cliente, asiduo, sentado en la barra.

—Ponme otra —dijo el cliente.

Giorgio, el dueño del bar, repasaba unos vasos con un paño al otro lado de la barra.

—No son ni las once, Bruno. No creo que sea una buena idea.

—Mi cuerpo ya está acostumbrado, Giorgio. Venga, no seas estirado.

—Insisto, amigo, no creo que sea una buena idea.

—¡Caray, Giorgio! No sabía que afuera dijera «Obra de Caridad Giorgio» —respondió, achispado.

—No me toques la moral, es media mañana y ya vas por la tercera ronda. Deja reposar un poco lo que has tomado. ¿Quieres que te prepare algo para comer? Un bocadillo con salami, un sándwich, no sé…, algo.

Bruno alzó el vaso con la esperanza de encontrar más *whisky* en un recipiente ya seco.

En el bar se oía la voz de un canal de televisión que emitía un programa de noticias en directo.

Bruno apoyó un codo encima de la barra mirando hacia la televisión.

—No quiero nada, Giorgio, gracias.

—Pero, Bruno, ¿no tienes nada que hacer? ¿Hoy tampoco?

—¿Qué hay que hacer? No tengo nada mejor que estar aquí contigo mirando este maldito vaso vacío. A veces pienso que tus vasos han montado un complot contra mí.

—¿Un complot? ¿Qué dices, Bruno?

—Sí, un complot para que no beba. Todos tienen un agujero en la base —dijo, y miró al dueño del bar a través del fondo del vaso.

—Creo que no es justo que estés aquí todos los días.

—¿Qué sabrás tú de justicia? ¿Qué sabe la gente de justicia? ¿Qué saben ellos de la justicia? —dijo, indicando la televisión, refiriéndose a los periodistas —. Para empezar, ¿qué es la justicia?

—¿Por qué no te buscas un trabajo, Bruno?, como antes, vives, sales, conoces gente… No sé, llevas demasiado tiempo enterrado en el dolor.

—¿Vivir? Lo intenté, pero me arrebataron al único amor de mi vida.

El dueño del bar puso los ojos en blanco.

—Sí, sí. Blablablá, la historia de siempre —respondió con tono repetitivo—. No seas cansino, Bruno, pareces uno de esos abuelos que vienen por la tarde a jugar a las cartas. Hablando de los medicamentos que toman y enterándose todo el bar de sus problemas de próstata. ¡Venga ya!

Bruno bufó, sin dar crédito a lo que decía Giorgio.

La puerta del local se abrió, acompañada de un pitido que avisaba de su apertura.

El propietario lo vio y no dijo nada.

Bruno estaba concentrado mirando la televisión.

El hombre que acababa de entrar se acercó a la barra y, mirando al camarero, se sentó.

—Dos cafés. Uno doble y muy cargado —indicó el cliente.

El camarero se apoyó el paño en el hombro y se giró para hacer los cafés, sorprendido.

Luego cogió las dos tazas y las apoyó en la barra.

—Gracias —respondió el hombre.

Cogió la taza con el café normal y se la acercó, la otra la puso delante de Bruno. Este se giró hacia la taza y luego hacia el hombre que se había sentado justo en el taburete de al lado.

—¡Maldita sea, qué demonios haces aquí! —espetó Bruno.

—Tómate eso, tenemos trabajo.

—¿Qué narices dices? —gruñó con tono de desaprobación.

El camarero siguió con la tarea de secar los vasos.

—¿Quién es, Bruno?

Él volvió a bufar.

—¿Quién crees que es, no lo ves?

El hombre estiró la mano.

—Perdona por no presentarme, soy el comisario Malatesta.

—Excomisario.

Giorgio le dio la mano.

—No me habías dicho que tu padre fuera el mítico comisario Malatesta, el del secuestro Ferrari.

—Excomisario —dijo Bruno de nuevo.

—De eso hace mucho tiempo, ha llovido bastante desde entonces.

Luego se giró hacia su hijo.

—Bébete eso y nos vamos, tienes trabajo.

—¿Trabajo? —dijo, sorprendido—. ¿De qué narices me hablas, papá?

—De un trabajo que te puede interesar, y de paso me ayudas —dijo, cogió el vaso de la mesa y lo olió—. Así te quitas de esta barra. Nada personal… —comentó, mirando al dueño del establecimiento.

Giorgio levantó una mano asintiendo.

—No pienso irme a ninguna parte, menos contigo.

—Desde mi punto de vista, tienes dos opciones, hijo. Una es que te quedes aquí lloriqueando una vida que se te ha arrebatado, y que no tenía que ser para ti con una mujer que ya no está viva. Y te prometo que moveré lo que haga falta porque antes que verte aquí prefiero que estés en la prisión de Módena.

—¿O?

—O vienes y me ayudas con algo que te vendrá bien para salir de este naufragio humano en el que te has sumergido.

Bruno, después de observar la seguridad con la que le hablaba su padre, se giró hacia el camarero.

—Con lo bien que estaba yo aquí en compañía de Giorgio y del JB —refunfuñó, y se tomó el café doble cargado de un trago como si fuera una medicina.

El comisario sacó un billete y lo dejó encima de la barra.

—Creo que con esto bastará. Nos vamos.

Los dos Malatesta salieron del bar. El sol dejó ciego por un momento a Bruno. En la calle estaba aparcado su coche, un viejo Porsche 993 Targa que, por lo sucio que estaba, parecía aún más viejo.

—Conduzco yo —dijo el padre, intentando cogerle las llaves.

—Ni hablar. Un Porsche no se le deja a nadie —dijo, y apretó el mando desbloqueándolo—. ¿De qué demonios se trata?

—Un accidente que no parece ser tan accidente.

03

Los dos se sentaron y, antes de darle al contacto, el padre lo detuvo.

—¿Qué haces? —preguntó el hijo, arqueando las cejas.

—No pienso dejarte conducir, llevas demasiados *whiskies*.

—No necesito tus sermones, ¿quieres recuperar así el tiempo perdido? ¿Dándome la murga ahora? Cuando debiste hacerlo, estabas siempre fuera —dijo, y el padre se quedó en silencio—. Además, he conducido en peores condiciones.

El excomisario suspiró y Bruno introdujo la llave.

—¿Se puede saber a dónde vamos?

El padre se quedó un instante en silencio.

—A comernos una *pizza*.

Bruno se extrañó.

—¿A estas horas?

—A la comisaría, ¿dónde si no, Bruno? ¡Despierta!

—No es día para bromas…

—Ni para conducir —respondió el padre.

El viejo coche arrancó y, después de un rápido viraje en dirección contraria, se saltó un semáforo en rojo, provocando una serie de bocinazos a su paso. Por poco no se estampó primero contra un poste, y con otro coche si este no hubiera llegado a frenar.

—¡Imbécil! ¿Qué haces? —gritó Bruno mientras respondía con su bocina—. Ya te dije que no era una buena idea que nos fuésemos.

Llegaron a la comisaría sin intercambiar ni una sola palabra. Bruno puso algo de música, no porque le gustara conducir acompañado de notas musicales y cubrir el sonido del motor alemán, sino por romper el silencio incómodo.

Aparcó en los puestos de delante. La nueva comisaría de Módena era un edificio redondo de ladrillo visto y ubicado en las afueras de la ciudad.

Al abrirse las puertas de cristal, los agentes hicieron el saludo militar al padre.

Cruzaron el vestíbulo y tomaron el ascensor.

—Te has jubilado y aún te tratan como si fueras el jefe de este chiringuito.

—¿Qué vas a saber tú si nunca viniste a verme cuando trabajaba?

—Claro que venía, me obligabas a venir.

—Creo que deberías hablarme con más respeto —dijo el padre cuando se abrían las puertas del ascensor y, sin mirarlo, continuó—. Y deberías tratarte a ti con más respeto, hueles a botellón y pareces un vagabundo con esas pintas. Ya me estoy arrepintiendo de haberte traído.

El padre salió del ascensor y Bruno se dio la vuelta para mirarse al espejo.

La camiseta que llevaba tenía alguna mancha, su pelo parecía una cresta de algún pájaro y la barba, eran varias semanas ya que no se la cortaba.

—Tampoco estoy tan mal… —susurró, y acto seguido se olió la camiseta.

—¿Te vienes o te quedas en el ascensor?

Bruno se apresuró a seguirlo. Cruzaron un pasillo y entraron en el que fue su despacho. En la puerta había una placa que ponía: «Comisario Filippo Nazzareno».

—Filippo, te presento a mi hijo —saludó el padre sin mucho convencimiento.

El comisario se levantó.

—Así que me has traí… —dijo, y cortó la frase.

Bruno entró con todo su esplendor escondido. Le ofreció la mano y el comisario se la estrechó con una sonrisa circunstancial. Luego se rascó una ceja y los invitó a sentarse.

—Bien. Gracias por venir.

Bruno levantó las manos.

—¿Y bien? —dijo con tono de «mi tiempo es oro», como si fuera un millonario con muchas tareas que concluir antes de que se acabara el día.

—No sé si has visto en estos días las noticias…

—No miro esa basura, la vida ya es bastante mierda por sí sola —espetó Bruno.

—Siga, por favor, comisario —incitó el padre.

El comisario se aclaró la voz.

—Hace dos noches, en la carretera entre Roma y Latina, hubo un accidente.

—Accidentes hay cada día, incluso antes casi tenemos uno nosotros.

—No es un accidente normal, Bruno.

—¿Y qué lo hace tan especial?

—Es un Fórmula 1 del año 2000.

—¿Y?

—¿Y? —respondió el comisario, perplejo—. ¿Lo has entendido, Bruno? Un accidente en la autopista cerca de Roma, de noche, con un coche de carreras clásico. ¿Perdona?

—Bueno, alguien se lo ha pasado muy bien. Eso no deja de ser el sueño de todo loco por el motor, darte un paseo con un Fórmula 1 por una carretera abierta.

El padre se pasó una mano por la cara.

—Ha muerto una persona.

—¿Quién?

—El conductor.

—Normal, puede pasar. Si haces bestialidades así, puede pasar. Si yo tuviera uno, también lo habría hecho.

El rostro del padre comenzó a tomar una coloración violácea.

—¿Qué? —espetó Bruno—. ¡Es verdad! ¿Por qué tengo que mentir?

—Escúchame bien. Deja de ser tan cretino, por favor —ordenó el padre—. Hace unos años, justo antes que me retirara de comisario, tuvimos el mismo problema. Hubo varias víctimas. Un Ferrari de Gerhard Berger del 1994 se estampó en la madrugada de un martes contra una furgoneta de obreros que volvían de trabajar del turno de noche. Resultaron todos muertos. ¿Te parece poco?

—Lo siento mucho por ellos.

—Este no es el punto, Bruno, el *modus operandi* se ha repetido, y parece que ahora esto se hace en Roma.

Bruno se quedó callado mirando a los dos hombres.

—¿Yo qué pinto aquí?

—Pues… —dijo, indeciso, el comisario.

—Eres la persona perfecta para investigar esto.

Bruno arqueó las cejas. Le sonaba a marrón y no estaba ni mucho menos para esas cosas. Necesitaba un trago más, se preguntó por qué narices había salido del bar de Giorgio. Seguir a su padre en esa encerrona no había sido una buena idea.

—¡No!

—¿No? ¿Por qué no? —preguntó el comisario.

—Porque yo ya no hago estas cosas. Ya hice bastantes y no voy a seguir haciéndolas. Nunca más.

—Bruno, estoy al corriente de tu pasado, pero serías una ayuda importante, pensábamos que por ser el hijo del excomisario podrías…

—Pensabais mal. ¿Por qué no va usted?

—¿Yo? Yo tengo la base aquí, no me puedo marchar.

—Pues ve tú —dijo Bruno a su padre.

El padre bajó la mirada.

—Ya te digo que iría yo, pero no puedo dejar a tu madre, ya sabes cómo está.

Hubo un silencio que espesó el aire, haciéndolo enrarecido.

—Qué narices… —espetó Bruno, y se alzó—. Me voy, no tengo nada que hacer aquí. Lo siento, os habéis equivocado de hombre.

—Bruno, espera. Piénsatelo. Te lo pido como mi último favor —imploró el padre.

—Ya me lo he pensado.

—Hazlo por ella.

—¿Ella? —preguntó Bruno.

—Por Rita.

—¿Qué tiene que ver Rita? —ladró Bruno.

El padre y el comisario se miraron.

—Verás —dijo el comisario, y dio la vuelta al escritorio—. El coche del accidente de Roma fue recuperado por Rita y su compañía de seguros. Ayer por la noche nos enteramos —indicó mientras miraba al padre, que seguía sentado—. Pensamos en ti porque eres alguien al que no se conoce en Roma. Podrías ir de incógnito sin delatar nada y pasar desapercibido. Además,

dominas el tema de los coches y las carreras como nadie. Este trabajo te vendría como anillo al dedo, ¿entiendes?

Bruno se quedó escuchándolo perplejo, el nombre de la mujer le había hecho mella en la conversación, en su mente, en su corazón.

—Eres la persona perfecta. ¿Qué me dices? Además, te pagaremos, tenemos un fondo especial para estos casos —dijo, y le alargó una carpeta de color azul con el escudo de la policía de Módena y del espesor de un dedo—. Échale un vistazo por lo menos.

Bruno la miró y, después de pensarlo, la cogió.

—Mañana necesito una respuesta —dijo el comisario sin soltar la carpeta.

—No prometo nada —espetó, arrancándole la carpeta de las manos y, sin decir nada más, desapareció por la puerta.

04

Apoyó la carpeta en el asiento del copiloto.

Metió la llave y arrancó.

Esperó con las ventanillas bajadas a que se ventilara el coche; el cristal del techo había convertido el habitáculo en un horno microondas.

No pudo reprimir su curiosidad. Abrió la carpeta y miró las primeras páginas. Aparecía la ficha de la empresa aseguradora, un Fórmula 1 en todo su esplendor y una nota al pie: «Recuperado por Margarita de Angelis».

Esa frase hizo el mismo efecto en Bruno que una flecha atravesándole el costado.

Dejó la hoja. Metió la marcha atrás y salió de la plaza de aparcamiento, luego puso la primera y se marchó derrapando de la comisaría.

Se fue al centro comercial más cercano, Il Portali. Pocos semáforos, y volvía a aparcar.

Entró en la primera cafetería y pidió un *whisky* doble ante el estupor de alguna señora con bolsas de la compra que tomaba *cappuccino* y pastas.

Se sentó y comenzó a revisar la información que le había proporcionado el comisario.

Cuanto más se adentraba en esa sucia historia, más maldecía al comisario y a su padre, por haberlo metido en ese asunto más viscoso que una mancha de aceite en un garaje.

Su padre tenía razón, el Fórmula 1 de Gerhard Berger. Empotrado contra una furgoneta, de noche, a vete a saber qué velocidad.

Había recortes de periódicos y fotos del espantoso accidente. El atestado de la policía decía que el Fórmula 1 era como si no hubiera visto la furgoneta: se metió a gran velocidad debajo de la misma, de madrugada. A esa velocidad indecente, la furgoneta había sido proyectada contra la mediana de la autopista

y, entre las vueltas de campana, se prendió la gasolina. El resultado fue nueve muertos, entre los cuales se hallaba el pirata de la carretera.

Las fotos de Roma no se diferenciaban mucho.

Una curva y unas marcas de frenada.

¿Lo mismo o diferente?

La mecánica del suceso parecía diferente, pero el concepto era el mismo.

Un Fórmula 1, una autopista y un accidente.

Aquel no era un coche tan viejo, sino uno más moderno, un Ferrari de principios del 2000. Más potencia y más valor tirados por la borda.

Luego consultó quién era el fitipaldi que se había estampado.

Paolo Lazzaro. Ese nombre le sonaba de algo. De algo que no sabía qué era, pero que hizo eco en su mente.

El nombre del que había muerto en el otro accidente no le decía nada; el resto eran páginas sin sentido y sin mucho más contenido.

La camarera le trajo un vaso con dos cubitos de hielo y doble ración del licor color miel.

Dio un trago generoso. Luego, miró el móvil.

Indagó en un motor de búsqueda ese coche. Efectivamente, aparecía la foto de Rita al lado del F1 recuperado.

Esa fue la segunda flecha clavada, amarga, punzante.

El destino lo había puesto en esa senda por algo, pero no sabía por qué. Era extraño, en eso tenía razón el comisario, aunque si lo hubiese tenido delante, no se lo habría reconocido.

Después miró al tal Paolo Lazzaro.

«Paolo Lazzaro», sonaba en su cabeza como un tañido de campanas anunciando la misa del domingo.

Las primeras frases hacían referencia a la noticia del accidente en la autopista de Roma; a continuación, noticias relacionadas con temas de empresas. La industria Zuccoli era la que más se repetía.

«Paolo Lazzaro», continuaba diciéndose.

«Lazzaro».

Ese nombre tenía algo, pero no lo veía. Entonces buscó en las siguientes páginas. La segunda, la tercera, entonces leyó una noticia que estaba

relacionada con algo que recordaba. El nombre de Lazzaro estaba relacionado con la desaparición de una niña.

Una niña desaparecida de la faz de la Tierra, y luego, por la historia y el olvido.

Un caso mediático del que se habían hecho eco las primeras páginas de los periódicos durante mucho tiempo.

Hacía más de dos décadas. El típico caso que surge en una pequeña noticia y los periodistas se agarran a ella como un clavo ardiendo, convirtiéndolo en mediático.

Aparecían las fotos de Lazzaro con la familia y hablando con los periodistas.

Bruno levantó la mirada, el bar estaba casi vacío, se encontraba sentado en una mesa en las galerías del centro comercial, acompañado de un *whisky* y de sus ideas.

Esa carpeta era una maldita bifurcación. Otra. Ya había tenido bastantes y no las soportaba. No le gustaban.

«¿Por qué me tocan siempre a mí estas cosas?», se preguntaba en sus adentros mientras daba sorbos al alcohol.

Rita y el coche que ella había recuperado en un robo. No otro parecido, ese.

«Maldita sea», pensó.

El comisario y su padre le pedían ayuda por la coincidencia de un viejo caso de un accidente de carretera estrambótico, y un segundo accidente más reciente con las mismas características. Al más puro estilo italiano y pasándose la normativa por el forro.

Y, por último, Paolo Lazzaro.

Demasiados ingredientes para llamar al contenido de esa carpeta coincidencias.

«Todo esto no me gusta para nada», pensaba y lo presentía. Pero, al mismo tiempo, en el fondo, lo excitaba volver a la acción. La misma que lo había acompañado en los últimos periodos antes del fatídico accidente de Rita.

Dio el último trago y se levantó.

Pagó y regresó al Porsche, que volvía a estar caliente como un horno. Abrió las ventanillas y el techo.

Necesitaba aire y música. Puso *Comfortably Numb*, de Pink Floyd. Cogió el móvil y envió un mensaje a su padre.
—OK, os ayudaré.

05

Arrancó el coche alemán y se fue a casa directamente.

El aire fresco que entraba por el techo abierto resultaba como un bálsamo. La música alimentaba las ideas que estaban centrifugando en su mente con los datos que había descubierto.

La respuesta de su padre era clara: «Sal ya hacia Roma».

Bruno recogió las cuatro cosas que tenía y las metió en el pequeño maletero del Porsche. Su vida se había reducido a una maleta y a ese coche. Poco más.

Su padre le insistió que viajara en el tren de alta velocidad, pagado por la policía, pero él quería libertad de movimiento en la capital de Italia. No tenía sentido estar pendiente de los transportes públicos. La idea no lo seducía. Allá donde iba él, iba su Porsche, su fiel aliado y escudero.

Esa misma tarde se puso en camino hacia la capital.

Gorra, música, techo abierto y kilómetros hacia Roma.

El viaje pasó rápido y consiguió llegar antes de lo previsto.

La entrada de la ciudad era un caos. No tanto por las ubicaciones, que para eso tenía un GPS, sino por el tráfico. Centenares de coches que se desplazaban hacia la misma dirección, invadiendo las arterias de una vieja ciudad.

Era la hora punta de vuelta a casa después de un día de trabajo.

«¿Cómo puede soportar la gente una penitencia así cada día?», pensaba Bruno.

Con esfuerzo y paciencia, consiguió dejar atrás el tráfico de la autovía y entrar en el centro de Roma.

El aire de la calle que se colaba por el techo olía diferente a Módena. Más floral y efervescente. Bruno no lo sabía explicar.

Circular en coche por las vías de Roma, pasearse por los monumentos de la ciudad y verlos por la ventanilla fue una experiencia.

El Coliseo, los Foros Imperiales, el monumento a Vittorio Emmanuele II.

Cruzó el río Trastevere y se metió en una callejuela en la que, inevitablemente, se preguntó si estaba en la zona adecuada.

Los neumáticos rodaron sobre calles empedradas que le recordaban las campiñas francesas, no la civilización.

Cuando llegó al punto que marcaba el GPS, el pequeño edificio, con una placa de mármol enganchada con el rótulo «Comisaría del Trastevere», le supo a poco.

«¿Cómo puede esta pequeña comisaría de policía investigar un caso nacional?», se preguntó.

Resignado a descubrirlo, aparcó en la zona reservada para los policías, marcada con líneas amarillas.

Bajó del coche, estirando la espalda y los brazos.

Bruno estaba en Roma, quién le hubiese dicho que se despertaría en su casa de Módena y, antes de la cena, estaría en esa ciudad.

Le faltaba algo que llevaba demasiado tiempo sin tomar. Estuvo tentado de entrar en la comisaría, pero estaba demasiado cansado y demasiado sobrio.

Tenía sed.

Justo delante había un bar que le gustó. Una chica morena estaba recogiendo las mesas en la terraza.

Se acercó.

—¿Cierras? —preguntó él.

—Voy recogiendo, te puedo servir dependiendo de lo que quieras.

—Entonces, soy afortunado.

—He apagado la cafetera, forastero —respondió ella mientras entraban.

—¿Forastero?

—No eres de aquí y cuando has bajado del coche, te has estirado como si vinieras de un viaje largo, desde luego, no vienes de Ostia —respondió ella ya desde la otra parte de la barra.

Él sonrió y se quedó mirando sus ojos dulces y su larga melena recogida.

La muchacha vestía unos vaqueros ceñidos, camiseta negra y, ocultando unos senos firmes, un delantal también de tejano gastado con elementos de

piel que le daban un toque *vintage*, y bordado, el nombre del establecimiento: Lettere Caffè.

—Vengo de Módena.

—¿Qué te pongo, forastero?

—Un doble de *whisky* y una botella de agua.

Ella subió las cejas y miró el reloj de la pared.

Sacó una botella de agua de la nevera y se la dio.

—¿Vienes por trabajo?

—Más o menos.

En cuanto la botella estuvo en la barra, Bruno la cogió y con voracidad se la acercó a los labios. En un santiamén se la bebió sin respirar.

—¿Tenías sed?

—No me gusta que se caliente el agua.

La chica subió una ceja y puso dos vasos con hielo. El bar estaba ya vacío, y las sillas giradas y apoyadas sobre las mesas para facilitar la limpieza del suelo daban una imagen de tristeza, de un día pasado.

—Uno solo, gracias.

—¿No puedo beber contigo? —preguntó ella con un toque de picardía.

Él hizo un ademán con la mano.

Ella vertió un doble de licor en un vaso, que le acercó, y un chorrito en el suyo.

Los dos levantaron y tintinearon los vasos.

—¿Por qué brindamos, forastero?

—Por esta jaula de locos que es vuestra ciudad —respondió Bruno, levantando el vaso.

Dio un sorbo, dejando que el líquido escociera en la garganta, suave, lento, como le gustaba últimamente a Bruno. Ella, sin miramientos, bebió por entero el líquido.

Cuando dejó el vaso, le ofreció la mano.

—Marzia.

—Bruno Malatesta —respondió él, estrechándola.

—¿Sabes que has aparcado tu «cochecito» en el parquin de la policía?

—Sí. Estoy buscando a un poli.

—¿Y lo buscas en un bar? Esto no son las películas americanas, forastero.

Él la miró perplejo y, ya con la garganta satisfecha, se percató de la belleza áspera y su carácter afilado.

—No me apetecía entrar enseguida allí dentro. Necesitaba hidratarme antes.

Ella subió las cejas indicando la botella de *whisky*. Luego la cogió y se vertió un poco más en su vaso. Mientras lo hacía, se sentó en el botellero.

—¿Cómo se llama?

—¿Los conoces a todos?

Ella hizo una mueca con la boca.

—Más o menos.

Bruno cogió el móvil.

—Algo de un pájaro.

Ella bufó.

—Aquí hay muchos pájaros y algún pajarraco, sí.

—Falcone, Gildo Falcone. ¿Lo conoces?

Ella subió las cejas.

—Sí, algo. ¿Ves esa mesa de allí fuera? —dijo, señalando una de la terraza—. Pues cada día desayuna allí.

Bruno guardó el móvil y dio otro sorbo a la bebida.

—¿Qué tal tipo es?

—¿Para qué lo buscas?

—Si pudiera decírtelo, te lo diría, pero no puedo.

—Es buen tipo. Excéntrico puede, pero bien —dijo ella mientras sus ojos brillaban.

—En fin, creo que me tendré que ir.

Dicho eso, cogió el vaso y acabó el *whisky*.

—¡Por todos los césares de Roma! —dijo una voz masculina que venía desde la terraza de ese mismo bar, llamando la atención de los dos—. ¡Quién demonios ha dejado aquí este trasto en nuestro parquin! Marzia, ¿tú lo has visto?

—Mira, aquí tienes a tu hombre. El investigador Falcone.

06

La imagen del hombre que apareció en el umbral de la cafetería distanciaba bastante de un policía. Pelo revuelto, barba de varios días, camisa con palmeras rosas por fuera de los pantalones y deportivas de correr. Bruno no hubiera dado ni un duro por ese tipo. Había ido hasta la capital para encontrarse con ese hombre que decía que era un policía. El indicador de sus dudas se disparó. Pero lo peor de todo era que había llamado a su coche «trasto». Estaba claro que no era un Porsche de última generación, pero esa joya sobre ruedas era una versión Targa del mítico coche alemán.

La relación empezaba con mal pie.

Bruno torció la boca.

—Es mío, ¿algún problema? —espetó, y se giró hacia el policía romano, como en una escena de una película del Oeste.

—*¡Porca miseria!* ¿Es que no sabes leer? Ese aparcamiento es exclusivo para la policía —dijo Gildo, dándose un golpecito en las sienes.

—Calma, chicos —intervino Marzia, alargando los brazos—. Este señor es Bruno Malatesta y viene buscándote.

Gildo levantó las cejas.

—*¡Porca di quella miseria!* ¿Por qué no lo has dicho antes? —dijo, y le tendió la mano.

Bruno se quedó quieto y se limitó a mirarle la mano.

—Bruno Malatesta, este es Gildo Falcone —dijo Marzia, haciendo un gesto para que el forastero le estrechara la mano, como si fuera una madre o una amiga común.

Gildo rio y aguantó la mano en el aire.

Bruno suspiró y se la estrechó.

«Esto va a ser más difícil de lo que pensaba», se dijo en sus adentros.

—No sabía que llegarías hoy mismo.

—He venido lo antes posible, así me lo han indicado.

—Me han dicho que eres el especialista de la policía —comentó Gildo, y dejó un espacio de tiempo en el que Bruno fue a contestar, pero lo cortó—. En fin, te invito a desayunar.

Bruno frunció el ceño.

—¿Cómo? ¿Ahora? No entiendo —dijo Bruno, pensando que los romanos eran más raros de lo que creía.

—No, mañana, a las ocho en punto en este bar. ¿Te parece? Por favor, quita el coche, ¿OK? *Ciao*.

Bruno se sorprendió, pero aceptó, y el policía se fue saludando a Marzia. Ella, sin demostrar mucho interés, saludó de vuelta.

—¿Se va? ¿De veras? ¿He venido desde Módena y me deja así? —preguntó Bruno a la mujer.

Luego se fue hacia la salida del bar, vio cómo el inspector subía a una Vespa Primavera roja y, después de colocarse el casco, desapareció por las callejuelas romanas.

—¡En serio se ha ido, no era una broma!

Marzia se puso a su lado.

—Tiene otro empleo.

Bruno abrió los ojos de par en par.

—¿Perdona?

—Es inspector y chef. Tiene un puesto de bocadillos con su exmujer.

Bruno se pasó la mano por la cara.

«Solo me faltaba esta, me ha tocado un artista de los *panini*».

—Bueno, no me queda otra que vernos mañana.

Ella se encogió de hombros y volvió a su tarea.

—¿Qué te debo? —dijo él, haciendo un gesto con la cabeza hacia el interior del local.

—Nada, invita la casa.

Bruno puso los ojos en blanco.

—No, en serio.

—Vete, forastero, o la grúa municipal se llevará tu «trasto» —dijo ella con retintín.

Entonces Bruno cogió una pila de mesas y la ayudó a meterlas en el local. Cuando terminaron, él se fue.

Siguió las indicaciones que le habían enviado desde Módena. La policía le pagaba un hotel céntrico. Dejó el coche en un parquin de pago, ya que ese servicio el Estado no lo contemplaba, y se fue a dejar la maleta.

La habitación difería mucho de lo que ponía fuera, Hotel Dei Fori Romani, tres estrellas.

«Esto parece un hotel de mala muerte, no sé dónde están las tres estrellas», pensó.

Quitó las sábanas para comprobar que no había ni chinches ni pelos en la cama, o escarabajos en el lavabo, eso lo alivió. Pero no alivió su barriga, que emitía cada vez rugidos más fuertes.

Necesitaba comer, urgentemente.

Dejó la habitación y devolvió la llave metálica con un llavero alargado que pesaba más que su maleta.

Comenzó a caminar por la zona peatonal, entre el Circo Máximo y el Coliseo.

Los turistas disfrutaban de la noche y de las ruinas romanas.

El hambre le estaba corroyendo por dentro, necesitaba comer algo. Había entrado en varios restaurantes, pero el turismo en esa ciudad era tan grande que estaban llenos.

Caminando en busca del siguiente que le dijera que estaba también lleno, pensó en un supermercado y comprar algo para aplacar la voracidad de los ácidos gástricos.

Entonces vio un rincón donde había varios puestos de comida, tres *food trucks*.

Ese era el lugar perfecto. Un puesto de kebabs, uno de helados y uno de bocadillos.

El puesto de bocadillos tenía una cola de por lo menos media hora, su estómago no lo aguantaría. Optó por un kebab. Se colocó en la cola, era lo más razonable, solo tenía dos personas delante y los chicos que los preparaban eran muy rápidos.

Pero la curiosidad era demasiado grande. Mientras esperaba, fue mirando a su lado, al puesto de bocadillos.

¿Por qué tenía tanta cola ese puesto? El olor lo podía justificar. Desprendía un aroma diferente, a especias y a patatas fritas. Los turistas se quedaban boquiabiertos con las actuaciones del chico que estaba en el puesto, entreteniendo a los turistas con anécdotas y bromas con la chica.

La caravana era negra. Encima ponía un nombre que era más una broma: Porco Miseria. El logo, un cerdo con dos cervezas que se cruzaban, estaba por todas partes.

Bruno pagó y recogió el kebab y una cerveza.

El primer mordisco le supo a gloria.

El segundo lo hizo sentado en el banco, con el parque San Gregorio Celio de espaldas y viendo el *food truck* del inspector chef.

Comió el bocadillo de forma voraz. La cerveza fue saboreándola, fresca, le calmó la sed y el calor de esa noche de principios de verano.

Recibió un mensaje de su padre, preguntaba qué tal estaba y cómo había llegado. Cuando contestó y fue a guardar el móvil, escuchó una voz masculina.

—¿Sabes cómo se les llama en esta ciudad a los que callan y comen los bocadillos de la competencia?

Bruno levantó la cabeza.

—La verdad es que no me importa mucho.

—*Miserabili* —contestó Gildo.

07

Gildo Falcone.

Se presentó al detective con un delantal que en algún momento de la noche fue negro. Una bandana en la cabeza con un punto rojo, al estilo japonés. El pelo largo recogido en un peinado samurái y sudado del servicio.

La imagen del inspector difería mucho de la que había visto hacía pocas horas.

Pero el destino jugaba otra vez al azar. Roma, tres millones de personas y miles de puestos donde comer, justamente, en ese parque de los Foros Imperiales, había ido a parar donde trabajaba él.

Entre sus manos, una cerveza.

La sensación de fortuna duró poco. Ese tío no le gustaba, estaba claro, y encima vendiendo bocadillos baratos; eso era el colmo. ¿Dónde se había visto eso antes?

Bruno levantó una ceja.

—¿Miserable? —espetó Bruno—. Te lo acabas de inventar.

—Bueno, pero te lo habías creído. ¿Qué haces por esta zona?

Bruno se giró hacia el hotelucho de mala muerte, pero no se lo explicó.

—Daba un paseo, estirar las piernas después del viaje.

—¿Y has acabado justo aquí? —preguntó, y se puso a reír—. Dime la verdad, te lo ha dicho Marzia.

Bruno ni se inmutó.

—Si no te lo crees, te puedes ir al cuerno —espetó, mirando hacia otro lado dando un trago a la cerveza.

—No hace falta que te calientes. ¿Te importa que me siente?

—Sí, me tengo que ir —dijo Bruno, y se levantó—. Nos vemos mañana en comisaría —gruñó antes de caminar hacia la dirección de su hotel.

Luego dio el último trago a la botella y la tiró en una papelera del parque.

Gildo se quedó con la boca abierta y, sin decir nada, se sentó en el mismo banco, para descansar y beber la cerveza.

* * *

Al día siguiente, Roma se despertó bajo una finísima capa de nubes provocada por el mar. El sol, con dificultad, traspasaba la capa gris claro.

Un día extraño, ni triste ni feliz, uno más del que nadie se percató ni por el que se dejó influir.

Bruno llegó a las siete y media a la comisaría de Trastevere de Roma.

Dejó el Porsche en el mismo lugar de la tarde anterior.

Una vez aparcado, le dio tiempo de entrar en la cafetería de Marzia, tomar un *espresso* y subir a ver al comisario antes de que llegara el inspector Falcone.

Bruno se presentó en la garita de la entrada y el agente que la custodiaba lo acompañó al despacho del primer piso.

Al abrir la puerta, el agente hizo el saludo militar y chasqueó los tacones de los zapatos de cuero.

—El señor Bruno Malatesta, el hijo del comisario Malatesta de la central de Módena, señor.

—Excomisario —puntualizó Bruno.

—Sí, sí, sé quién es, ya lo estábamos esperando —replicó el comisario a Lillo, acercándose a la puerta.

—Perfecto, pase señor Malatesta —dijo Lillo.

Bruno fue a estrechar la mano del comisario.

—¿Me puedo ir, necesita algo más, comisario? —añadió Lillo.

—¡Vete ya! —espetó, y, cambiando el tono, siguió con el invitado—. Siéntate, por favor.

Bruno lo hizo.

—¿Has tenido un buen viaje? ¿Has llegado ahora de Módena? ¿A qué hora has salido? —preguntó, mirando el reloj.

—No, llegué ayer.

—¿Y por qué no viniste ayer? Te hubiera llevado a cenar.

—No hacía falta, me instalé, gracias. Huele a tabaco aquí dentro, ¿no?

El comisario olisqueó el aire.

—No, no diría. Quizá es por las ventanas abiertas y los vecinos que están fumando. Eso puede ser.

Bruno subió una ceja, eso no era muy convincente.

—Gracias por haber venido, sé que quería venir el comisario Malatesta, pero…

—Ex.

—¿Perdona?

—Excomisario. Mi padre está jubilado.

—Eso, claro. Me dijo que quería venir él, pero por problemas familiares no podía. Así que nos propusieron a su hijo, así… —dijo el comisario, e hizo un aplauso en el aire como un mago en un espectáculo que acaba de hacer aparecer a un tigre—. Aquí tenemos a su hijo.

—¡Ya! —respondió Bruno, mirando al suelo y pensando si la persona que tenía delante necesitaba un mecánico porque parecía que había perdido algún tornillo.

El comisario rio mirándolo sin hacer nada.

—Me gustaría que me diera el expediente y empezar a investigar.

—Claro, Erme, el inspector que te he asignado, te ha preparado una copia del dosier y te acompañará por toda Roma. Solo tiene un problema, pero es una pequeñez.

Bruno arrugó el ceño y se quedó callado.

—¿Todo bien, Bruno?

—Sí, pero mi padre me dijo que me acompañaría otro inspector.

—No, no. Erme está empezando, pero es muy buen agente.

De repente su rostro cambió.

—Bien, porque pensaba que era otra persona y quería pedirle si podía cambiármelo, asignarme a otro.

—No, en absoluto, no tengo más hombres y vamos todos saturados. Además, con Erme, irás fenomenal, como una mancha de aceite.

Bruno arrugó el ceño de nuevo, ese tío hablaba muy raro.

—No entiendo.

—Como una mancha de aceite, todo irá suave suave. —Bruno siguió con la misma expresión—. Que todo irá bien.

Bruno alzó las cejas y asintió, aún confuso.

—¿Sería posible ver el coche?

—¿Qué coche?

—El Fórmula 1 siniestrado.

El comisario lo pensó.

—Creo que sí.

—¿No lo han inspeccionado?

—Ehhh, bueno, es que hace muy poco del accidente.

—¿Poco? ¡Hace ya tres días!

El comisario se reclinó en el sillón.

—Averiguaré dónde lo han metido.

—¿Dónde lo han metido? ¿No sabe dónde está el dichoso coche? Tenemos que verlo esta misma mañana.

La puerta se abrió detrás de Bruno.

—¿Habéis empezado sin mí? —preguntó una voz masculina.

El comisario le hizo el gesto de entrar.

—Pasa, Erme, pasa. Te presento a Bruno Malatesta.

Bruno se giró y se quedó sorprendido.

—Hola, Bruno Malatesta —dijo el inspector, tendiéndole la mano.

—¿Este tío? —preguntó al comisario, apuntándolo con el índice—. Este tío no es Erme, este es Gildo. ¿Qué está pasando aquí?

08

Bruno no entendía a esos dos tipos de la policía. Roma y los romanos estaban resultando más complicados de lo que pensaba.

—El inspector Ermenegildo Falcone —afirmó el comisario.

—Gildo para los amigos —confirmó el inspector.

Bruno sacudió la cabeza.

—¿Gildo? ¿Erme? No entiendo.

—El comisario, que me llama como le da la gana —aseguró—. Yo soy el inspector Gildo Falcone —confirmó el mismo hombre que servía bocadillos la noche anterior y el mismo que llamó «trasto» a su Porsche.

Esa mañana vestía con una chaquetilla oscura y debajo, una camisa hawaiana con flores verdes.

No tenía pérdida, era él. Al cuello, una cadena sujetaba una placa de la policía de Roma.

—Comisario, puede asignarme otro inspector. No quiero trabajar con este… —dijo, y lo miró—. En fin.

Gildo se encogió de hombros hacia el comisario.

—Bueno, no sé, a lo mejor tiene razón —dijo Gildo, haciendo un gesto con la mano, como que no le importaba lo que decía Bruno—. Asígnele a Luca. ¡Claro! Se lo pasarán muy bien ellos dos.

—¡Silencio! —gritó el comisario, demostrando por primera vez un ápice de carácter—. Estáis juntos en esta investigación. Os guste o no. Fuera de aquí. Venga, a trabajar.

Bruno esperó a ver qué hacía el otro, pero cuando vio que se iba sin decir nada, lo siguió.

—Cierra la puerta, Bruno.

Él obedeció.

Gildo caminaba hacia la salida del pasillo.

—Oye, ¿dónde vas?

—A desayunar, no se empieza una investigación sin un segundo café —dijo ya bajando las escaleras.

Bruno miró a su alrededor. Estaba atrapado en esa situación, por un comisario que no le quería cambiar al compañero y sin poder avanzar sin la ayuda de ese cocinero pseudopolicía.

Suspiró, intentó calmarse y siguió al inspector.

Cuando salió del edificio, el hombre estaba sentado en la mesa de la terraza de la cafetería de enfrente.

—Siéntate, no seas testarudo.

—¿Testarudo? ¿Yo? —dijo Bruno.

Marzia apareció y dejó el desayuno en la mesa.

—Aquí lo tienes. —Pestañeó la chica—. ¿Qué quieres, Bruno?

—Un *espresso*, gracias.

La chisca se fue.

—Mira, esto es muy fácil —dijo Gildo con la boca llena de cruasán empapado en *cappuccino*—. Tenemos que apañárnoslas estos días. Tú me vas a soportar a mí, y yo, a ti. Fácil, ¿OK?

Bruno graznó.

—¿Dónde está el coche?

—¿Cuál?

Bruno suspiró.

—El de Batman.

—¿Perdona?

—El del accidente, ¿cuál si no?

—Ah, habla bien, tío. Está en el depósito municipal de Roma. ¿Dónde quieres que esté?

—Tu jefe no sabía dónde estaba. Además, necesito el informe completo, la pericia del coche, la autopsia del forense, todo, vaya.

Gildo bufó.

—¿Sabes qué hora es?

Bruno miró su móvil.

—Las ocho y cuarto.

—Eso. Estamos en Roma, *keep calm*. No te sulfures… Calma. Creo que haces honor a tu apellido.

—¿Qué dices? —preguntó Bruno.

Marzia apareció y dejó delante de él una tacita de café humeante que desprendía un olor tostado.

—Selección de Colombia, espero que te guste.

Bruno asintió y ella se fue.

—¿Qué decías de mi apellido?

—Me estás estresando y provocando dolor de cabeza.

—Claro, Malatesta, dolor de cabeza. Muy agudo, Gildo. Te has equivocado de trabajo. Tendrías que dedicarte a ser cómico.

Bruno se tomó el café y se quedó callado hasta que Gildo terminó de desayunar.

Cogieron la carpeta del informe y se fueron al depósito de la policía a revisar el coche siniestrado.

Gildo quería ir en moto, con su Vespa, pero Bruno no aceptó ir de paquete. Consiguió, después de una larga negociación, que el inspector Falcone subiera en su Porsche.

El viejo Porsche bajó por la avenida Trastevere y luego siguió por la Via Portuguese. La calle atravesaba la zona sur de Roma, una zona popular.

Los dos hombres se quedaron en silencio, sin hablar de futilidades ni de simpleces del tiempo. Optaron por no intercambiar ni una palabra. La relación entre los dos comenzó, y seguía, de una forma nefasta.

Siguieron la carretera hasta llegar a la campiña romana. Campos verdes y girasoles en el horizonte. Giraron a la derecha, obedeciendo las indicaciones del GPS, por una carretera secundaria, Via del Ponte Pisano. La recorrieron por pocos kilómetros y encontraron el depósito de coches.

Aparcaron y se acercaron al despacho.

El trabajador municipal conocía a Gildo, era cordial. Estaba trabajando en el ordenador y cuando lo vio, se levantó para saludarlo. Llevaba un mono de trabajo de color rojo, tirando a morado, con un escrito negro en el pecho: «Depósito Roma Capitale».

Gildo le explicó el porqué de su visita. Salieron del despacho para ir a otra nave, situada más al fondo.

Las grúas de la capital iban y venían, entrando con coches que retiraban de algún lugar en el que estaban mal aparcados y regresaban a la ciudad vacíos. Como hormigas incansables que ponían orden en el caos organizado que era esa ciudad.

El trabajador del depósito abrió una puerta de una nave industrial. Los dejó pasar y cerró. Aquello parecía más un hangar de aviones que otra cosa.

Siguieron caminando. A cada paso, el ruido rebotaba en el alto techo, activando un eco que se propagaba por el espacio cerrado.

En ese momento, Bruno tuvo un *flash back*, un recuerdo, una reminiscencia de lo que había visto hacía unos años antes. Esa maldita noche cuando el coche de Jean tuvo el accidente, en el *rally* Costa Brava.

La misma escena, en Gerona. El coche de *rally*, su Porsche GT3 RS, siniestrado.

La situación era diferente, pero no dejaba de tener ciertas similitudes.

—Bruno, ¿vienes o te lo traemos aquí? —dijo el inspector desde el otro lado de la nave.

Bruno volvió en sí y se fue acercando.

El trabajador del depósito retiró una tela que lo cubría.

Mientras se aproximaba, Bruno vio que la nave estaba repleta de vehículos sellados por la policía. Algunos con orificios compatibles con disparos. Otros, accidentados. Un camión portavalores quemado y muchos más.

—Ah, Gi. ¡No sabes lo que pasó ayer! —dijo el trabajador—. Pues me viene una mujer con unas piernas largas y minifalda, pelo rubio largo hasta la cintura y dos tetas así —dijo el hombre mientras reproducía con las manos la proporción—. Y me pregunta si habían traído aquí su coche. Total, que lo buscamos y no lo encontramos. La tía… Eh, Gi, no exagero, las tetas así. Con un escote… En fin, la tía se me acercaba con el escote para mirar el ordenador y quería ver si caía en mirárselas o qué. Yo nada. Allí, firme. Entonces, como yo no caía en su trampa, me dijo que era periodista y que si podía hacer alguna foto de esto —dijo, señalando el Fórmula 1 siniestrado.

—¿Y qué hiciste?

—La envié a tomar viento, Gi, pero tú sabes, una chica guapa… ¡Pero guapa guapa! No sabes qué le habría hecho yo.

—¿Para qué me explicas esto?

—Porque no es el primer periodista, Gi, todos quieren tener la primicia de la foto de este trasto. ¡Ya sabes cómo resultó el Fórmula 1 de las apuestas!

«¿Apuestas?», pensó Bruno. Ese detalle llamó la atención de los dos hombres.

09

Hay ciertas palabras que resuenan como campanas de domingo.

Bruno no había conseguido estudiar aún por completo el informe de la policía de Roma. Sin embargo, esa última frase había hecho mella. A pesar de ser una persona más discreta y poco expansiva, también en Gildo la palabra «apuestas» había ocasionado el mismo efecto.

¿Apuestas?

¿Cómo sabía eso ese hombre?

Gildo levantó una mano, bajó la cabeza y la sacudió un poco.

—Espera, ¿qué has dicho?

—¿De la periodista? —preguntó, indicando otra vez de forma vulgar el tamaño de sus senos.

—No, de las apuestas. En ningún momento se ha hablado de apuestas —contestó, desconcertado, Gildo.

—Sí, ¿no lo sabéis?

—¡Por todos los reyes de Roma, céntrate! ¿Qué demonios no sabemos?

—Pensaba que sí. Dicen que este coche es uno de los que usan de vez en cuando para apuestas. Ya sabes, una carrera desde el punto A al punto B en el menor tiempo posible. El primero que llega gana.

Gildo se giró hacia Bruno, este no se lo esperó.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó Bruno.

La pregunta demostró claramente al responsable del depósito de Roma que los dos hombres de la ley que tenía delante no tenían ni idea.

Con ojos sobresaltados, el hombre sacó un móvil y Gildo se acercó. Bruno pudo ver, a una distancia prudencial, que buscaba en un grupo de WhatsApp. Encontró un vídeo y lo enseñó.

—Aquí lo tienes… —confirmó, satisfecho.

El vídeo estaba grabado desde una altura, una casa, un edificio alto. La cámara grababa la autopista que iba de Roma a Latina.

El estruendo de los motores era ensordecedor, la grabación distorsionaba el sonido.

Bruno se acercó más.

Dos Fórmula 1 llegaban a gran velocidad, uno claro y otro oscuro. Primero iba el claro. Los bólidos pasaron rápido y desaparecieron en dirección contraria. Pocos segundos, los justos para ver la presencia del segundo coche.

—¿Por qué no tenemos nosotros este vídeo? —preguntó Gildo.

El hombre se encogió de hombros.

—Se dice que son apuestas ilegales.

—Claro, legales no son —especificó Bruno.

—Desde anoche, este vídeo ha corrido como la pólvora después de la noticia en los medios. Por eso los periodistas quieren una dichosa foto de este trasto.

La puerta al otro lado de la nave se abrió, de ella salió una persona que llamó al responsable del depósito. Este miró a los dos detectives y subió las cejas.

—Os dejo, no toquéis nada.

—¡Claro, por quién me tomas! Tienes mi número, mándame ese vídeo, ¿quieres?

El tipo subió el pulgar sin girarse y cerró la puerta a su paso, dejándolos solos en la nave.

Bruno se sintió incómodo en ese momento solo con el policía.

Gildo miraba el amasijo de chatarra que tenía delante, sin saber bien por dónde empezar a mirar.

Bruno se acercó con aire de entender, con pena, como haría un veterinario delante del cadáver de algún animal peligroso o en vías de extinción.

La estructura recordaba a un coche de carreras. Las cuatro ruedas estaban separadas. De la chapa roja quedaban pocos trozos. Al lado, cerca de las ruedas, estaban los alerones, delantero y trasero, que seguramente salieron disparados en el impacto. El habitáculo se encontraba deformado. La estructura, formada por fibra de carbono y kevlar, materiales que Bruno sabía reconocer, estaba

torcida. En ciertas partes metálicas, el asfalto había hecho la función de rallador, dejando marcas.

—¿Qué ves? —preguntó Gildo.

El otro torció la boca y con suma paciencia le explicó todo lo que estaba viendo.

La expresión de Gildo era la misma que se pone cuando algo te sobrepasa.

Cuando Bruno acabó de explicarle lo que veía en general, le hizo una pregunta clave.

—¿Cómo puede ser que la policía no supiera nada de esas carreras ilegales?

—No teníamos ni idea.

—Considerando que, para empezar, tu jefe ni siquiera sabía dónde estaba este coche, me lo puedo hasta creer.

Bruno cogió una linterna de un mueble de herramientas que estaba cerca. Se agachó y estudió todas las partes vitales internas. El policía le dio unos guantes de látex para que no dejara huellas dactilares en el coche.

Gildo se quedó observándolo en silencio. Solo de vez en cuando se sacaba algo del bolsillo y se lo iba metiendo en la boca, al cabo de un tiempo, lo tiraba y se ponía otro.

A Bruno le llevó varias horas revisar todo el coche. Cuando acabó, lo llamó.

—¡Ven! —le dijo, señalándolo.

—¿Y bien?

—¿Nadie ha revisado este coche?

—En la carpeta del caso está el informe de la inspección ocular de esto.

—Ahórrame el papeleo. ¿Qué dice?

Gildo bufó mientras hacía memoria.

—Pues algo así como: «Imposible determinar nada. Causas del siniestro: fallo humano». Creo recordar.

Bruno torció la boca.

—¿Y quién ha sido el lumbreras?

—Pues un perito de la policía —respondió Gildo mientras Bruno ponía los ojos en blanco—. ¿Por qué? ¿Qué has visto?

—Es un sabotaje. Más evidente, imposible.

10

Por la expresión de Gildo, el veredicto de Bruno le sonó como algo extraño.

—¿Qué dices? ¡No seas conspiranoico! Pareces mi madre. ¿Cómo puedes decir eso?

Bruno suspiró y se levantó.

—Empezamos mal —resopló Bruno.

—No, es igual, por favor, dime qué opinas.

—Bueno, mira aquí —dijo Bruno, indicando una rueda trasera. La linterna evidenciaba un tubo del tamaño de un meñique que acababa en la rueda—. ¿Ves esto?, es el tubo del líquido de frenos. Sale de la bomba del freno y acaba en las pinzas. En la rueda, cuando pisas el freno, el coche reduce velocidad, ¿sí?

Gildo asintió como en el colegio.

—Bien. ¿Ves que el tubo está bien? —indicó Bruno—. En cambio, si vamos a esta, a la rueda delantera, mira cómo está el tubo.

Gildo lo miró perplejo.

—El tubo está partido.

—Y goteando. Este tubo ha sido manipulado. Todos están bien, pero este ha sido cortado adrede. Quien preparó este coche se tomó la molestia de cortar el tubo del freno. Un clásico.

—¿Por qué?

—Pues para provocar este accidente, seguro. Cuando un piloto sube al coche, puede mirar las partes más importantes, si cortas el tubo en la parte inferior, eso está claro, la gente no lo ve, ni siquiera una persona experta. Menos aún si es de noche. ¿Lo vas pillando, poli?

Gildo asintió.

—Bien, ¿qué pasa si hacemos lo mismo en un coche de hoy en día?

—¿Qué quieres decir con hoy en día?

—Pues a mi Porsche, al coche patrulla, a un coche fabricado desde los años noventa, para entendernos. Que cuando se corta un tubo de los frenos, hay un sistema que reparte la frenada a las otras tres ruedas. Sin perder el líquido de la bomba.

El otro asintió.

—Cosa que no ha pasado con este.

—Exacto. Este Fórmula 1 es de 1981. Un Ferrari de Gilles Villeneuve del 1981. En los años ochenta, los coches tenían un solo circuito, así que no podían distribuir el líquido de freno. Donde había un corte, por allí salía todo el líquido y se derramaba todo.

—Queda claro. ¿Qué más nos podemos llevar de este coche?

—Nada, por mí, nos podemos ir. Lo más importante es que cambiéis de perito. Es un inepto —espetó Bruno mientras se quitaba los guantes y se colocaba su chaqueta de cuero marrón de la misma marca que su coche.

—Nos vamos. Iremos a comer algo, tengo el estómago que ruge como un Fórmula 1.

Los dos detectives salieron de la nave, se despidieron del responsable y, con el Porsche, se fueron a una *trattoria* que Gildo conocía.

El aparcamiento estaba a rebosar.

Cuando entraron, el local estaba hasta la bandera, esperaron en la barra. Gildo pidió una cerveza y Bruno abrió el estómago con un *whisky*.

El policía miraba la televisión colgada en la pared mientras Bruno repasaba lo que había visto. Sus pensamientos iban inevitablemente a la primera foto de su informe. La instantánea donde Rita estaba al lado de su trofeo, el Fórmula 1 recuperado de un robo rocambolesco.

En su rostro se esbozó una tímida sonrisa.

El coche, valorado en varios millones de euros, estaba ahora en condiciones nefastas, una mancha en su historial, una mácula en su pedigrí.

Cuando se sentaron a la mesa, Gildo le indicó el menú.

—¿No lo miras?

—Pide por mí, lo mismo que pidas para ti.

El policía ordenó y cuando se fue el camarero, comió *grissini* para saciar su hambre.

—Háblame del tío que ha muerto —dijo Bruno.

—Pues en el informe está todo.

—No tenemos tiempo de leer, necesitamos agilizar esto, poli.

Gildo suspiró.

—Pues Paolo Lazzaro era un empresario y profesional de los trapicheos de la capital.

—¿Perdón?

—Por lo que hemos averiguado, tenía varios negocios y, de vez en cuando, según un informador mío, se involucraba en temas turbios. Ya sabes, reciclaje de dinero, compraventa de coches calientes. Compraba empresas a punto de quebrar y las vendía a trozos. Un tío que vivía en el filo de la legalidad, ya sabes.

—¿Por qué crees que lo han matado?

Gildo se colocó un dedo delante de la boca, como diciendo que bajara la voz.

—No grites.

Bruno miró a su alrededor, todo el mundo comía y nadie daba la impresión de estar interesado en la conversación de esa mesa.

—Alguien ha procurado que en mitad de la carrera se quedara sin frenos, eso está claro. ¿Cómo lo llamas a eso, poli?

—A ver, Bruno, llámame Gildo, no poli.

Bruno se acomodó en la silla.

—Lo que tú digas. Pero la cuestión es que no se puede decir algo así tan a la ligera.

—Gildo, lo que has aprendido en la academia y lo que vivimos en la vida real son mundos distintos, ya lo verás.

—No me toques los huevos. ¿Ahora me vienes con sermones de hermano mayor?

Bruno sonrió a la camarera que dejó los platos.

—¿Qué es?

La camarera creyó haberse equivocado de mesa.

—Son *bucatini all'amatriciana*, come —dijo al otro hombre, y se giró hacia la camarera—. Está bien, gracias.

Cuando se fue la chica, los dos comenzaron a comer.

Los *bucatini*, que vienen a ser un pequeño macarrón fino, estaban en una salsa de tomate y albahaca con panceta crujiente.

—Adoro esta pasta —dijo Gildo con la boca llena—. Mi madre los hace. No le salen tan bien, pero eso no lo sabe.

—¿No es raro que muera un pariente de Nina Zuccoli?

Gildo se atragantó. Necesitó aire y un trago de cerveza para recuperarse.

Bruno no se inmutó aparentemente, lo miró de soslayo.

—¿Cómo has dicho?

—Maldita sea, poli —susurró Bruno, cabreado—. Es el maldito abogado de los Zuccoli. ¿Cómo puede ser que no te hayas dado cuenta?

—Bruno. No harás muchos amigos en esta ciudad diciendo el nombre de esa chica.

—No vine a Roma para hacer amigos, sino por un último deseo.

Gildo se quedó en silencio, sin entender bien lo que decía Bruno.

—Estamos esperando el registro de llamadas del móvil de la víctima. Cuando nos llegue, tendremos más información.

—¿Y la triangulación?

—También.

Acabado el primero, la chica retiró los platos y dejó el segundo. Lo que parecían unas pelotas marrones en tomate.

—Estas albóndigas las hacen ellos, están de vicio. A veces las hacen con más salsa de tomate y añaden espaguetis. Entonces son la bomba. Pruébalas.

Bruno las comió, le recordaban el mismo plato que le hacía su abuela.

Cuando los platos estaban por la mitad, Bruno rompió el silencio.

—Es muy interesante el vídeo.

—¿Te refieres al del tío del depósito?

Bruno asintió.

—¿Es posible que haya más vídeos?

—Es probable. Cuando estabas allí trasteando con el coche, he enviado un mensaje a un chico de la comisaría para que busque en las redes sociales si aparecen más. También he reclamado las grabaciones de toda la autopista.

—¿Qué quieres decir?

—Como sabrás, las autopistas las gestiona la sociedad privada Autopiste per l'Italia. Y no es muy propensa a soltar las imágenes de sus cámaras.

—Pero sois la policía, no me jodas.

Gildo se encogió de hombros.

Bruno asintió. Esas grabaciones los ayudarían a saber más sobre el coche del que ignoraban su existencia. Otro Fórmula 1, uno negro y que estaba fuera del alcance del radar. El asunto se ponía interesante. No era un accidente, un pirado que se había metido con un coche de carreras una noche para hacerse la vuelta de forma impune no. Era una carrera, una apuesta, incluso una vuelta con dos coches parecidos.

Las preguntas brotaban por sí solas.

¿Quién las grababa? ¿Cómo sabía que pasarían esos coches por allí, de noche? ¿Dónde estaba el otro coche ahora?

Y la más importante, ¿cómo aparecieron dos coches de Fórmula 1 en una autopista?

11

En cuanto puso un pie en la comisaría, Lillo salió de la garita.

—A Gi, el comisario te busca.

Gildo, acompañado por Bruno, se giró.

—Lillo, ¿tú tienes un radar en la cabeza o qué pasa contigo?

El agente de la recepción se rio como si fuera un cumplido.

—Es mi trabajo, Gi, estoy aquí para esto, ¿no?

—¿Llamadas para mí?

—No, inspector, ninguna. ¿Necesitas algo más?

—No, gracias, Lillo —contestó ya en las escaleras.

Los dos detectives subieron. Cuando llegaron al final de la escalera, que se hizo más larga de lo normal después de la comilona en la *trattoria* del sur de Roma, Bruno preguntó:

—Te llamas Ermenegildo. Y te van cortando el nombre por momentos. Primero Gildo, ahora Gi. Dentro de unas horas, ¿cómo te llamarán?

—Esto es Roma, es práctico decirte «A Gi» antes que decir el nombre entero. Si te quedas lo suficiente, la gente también a ti te llamará «A Bru».

—No, gracias, no estaré para tal evento. Me iré antes.

—Estás muy seguro de ti mismo, Roma enamora, Roma atrapa —dijo Gildo, ya abriendo la puerta de su despacho.

—Ni de coña. Cuando acabe, me iré de este caos romano.

En cuanto entró Gildo, Luca se levantó de golpe.

—*Buon pomeriggio*, Gildo —dijo, haciendo el saludo militar y empujando con los muslos la silla en la que estaba sentado.

—Luca, no hace falta, para ya —espetó Gildo.

—Ya tengo todo lo que me has ordenado buscar.

El despacho de Gildo era una habitación espaciosa compartida con agentes que tecleaban en sus ordenadores y, al fondo, unas mesas vacías, en una de las cuales estaba Luca. En su placa ponía inspector en prácticas. Bruno entendió tanto servilismo.

Estaban las ventanas abiertas y entraba un olor a álamos en flor y a geranios que flotaba en el aire. Las ventanas daban al patio interior y permitían ver solo un edificio de viviendas que parecían de un cierto nivel económico.

—Siéntate, Bruno —dijo Gildo, indicando una silla—. ¿Qué has averiguado, Luca?

—He descubierto algún vídeo más en las redes sociales. Están apareciendo como setas, pero todos muy similares al que me has enviado.

—Enséñamelos.

—Claro, aquí los tenéis —dijo Luca, girando la pantalla.

Los vídeos eran exactamente iguales al que les había entregado el responsable del depósito. Desde otras perspectivas, pero poco más. No aportaban mucho.

—Mira, en este, el coche negro va por delante —dijo Bruno.

Los dos policías asintieron.

—¿Qué más has descubierto?

—OK, mirad esto. Este es el mapa de Roma. En este punto, empieza todo.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, desde aquí es el primer vídeo. El punto es el kilómetro 28, desde esas cámaras, que nos ha enviado Autostrade, a las 3:34 pasan los coches.

—¿A qué hora fue el accidente?

—Creemos que a las 3:44.

—Eso son solo diez minutos del punto A al punto B.

—¿Cuántos kilómetros son?

Bruno cogió móvil y calculadora mientras Luca buscaba en la web la distancia de la carretera.

—Cuarenta y nueve kilómetros.

Bruno levantó las cejas.

—Es una media de doscientos noventa kilómetros por hora.

Luca silbó de la misma manera que se hace cuando uno ve algo que le gusta.

—Eso es una burrada.

—¿No nos podemos equivocar? —preguntó Gildo.

—No, esos coches alcanzan puntas de velocidad de trescientos cincuenta kilómetros por hora.

—¡Por todos los santos! —exclamó Gildo.

—¿Tenemos imágenes del accidente? —preguntó Bruno.

Luca movió la cabeza.

—Solo dos puntos más. Uno en el medio y luego en el punto C.

—Espera, me estoy perdiendo entre tantos puntos —dijo Bruno—. ¿El punto A es la entrada?

—No, mira —dijo Luca—. El punto A es la primera imagen de la autopista, a las 3:30 por el peaje. El punto B es la segunda cámara, donde pasan a las 3:34. El punto C es el accidente, a las 3:44 en la siguiente recta. El punto D es la última imagen que tenemos, a las 3:53 en la salida.

Bruno lo había entendido.

—Pero nos dejamos lo más importante —dijo Bruno hacia Gildo—. ¿Cómo demonios entraron esos coches en la autopista?

—Claro, buena pregunta —dijo Luca—. Tenemos las cámaras de entrada y de salida de los peajes.

—Bien. ¿Y qué se ve? ¿Puedes ponerlos?

Luca abrió una pestaña en la pantalla y le dio al *play*.

—Este es precisamente el punto A, la primera imagen que tenemos de los coches. Aquí se ven los dos —indicó con el dedo—, aparecen en esta rotonda de vete a saber dónde, pasan por debajo de la barrera y se cuelan en la autopista.

—Claro, sería un poco extraño que cogieran el tique, ¿no? —precisó Gildo.

—¿Por qué nadie avisó de la presencia de estos coches a esa hora? ¿No hay nadie que trabaje en ese peaje?

—Claro, lo he preguntado a la gestora y dice que hace años que allí no hay operarios, solo máquinas automáticas. Ya sabes, te acercas, coges el tique y entras. Ídem al final: pagas y te vas. Esos en los que una persona te saludaba y te atendía son cosas del siglo pasado —dijo Luca, sintiéndose importante y feliz por explicarlo.

—OK, pero… ¿y a la salida? —preguntó Bruno—. Por algún lado tienen que haber salido estos coches.

—Querrás decir un coche, el otro se quedó —puntualizó Gildo.

Bruno puso los ojos en blanco.

—Pero si no se hubiese accidentado, habría tenido que salir por el mismo lugar que lo habrá hecho el Fórmula negro.

Luca miró la pantalla en un acto reflejo. No tenía ni idea de cómo responder, porque no tenía la respuesta.

—Maldita sea, es lógico. Tenemos la entrada, los bólidos entran en el punto A, como lo llamáis vosotros, y sale por algún lugar, seguramente, después del punto D, es decir, el último lugar que tenemos constancia de su paso, ¿no os parece?

—Pues por el peaje no pasó.

—Pero por algún lugar sí. O sigue dentro, y un coche de millones de euros yo no lo dejaría en cualquier sitio.

—Puede que hayan hecho un agujero por la valla de la autopista y lo hayan sacado.

Bruno se levantó y se fue delante de la ventana abierta. Se sentó en ella, mirando hacia dentro.

—No es… —dijo Luca, indicando la postura del hombre sentado en una posición peligrosa— seguro.

—Tranquilo, no tengo nada que perder —contestó Bruno.

Los tres se quedaron en silencio. Bruno se cruzó de brazos y de forma pensativa apuntó a la pantalla.

—Hay otro tema que se nos escapa. ¿Cómo demonios han llevado hasta allí dos Fórmulas?

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir, Gildo, que un coche de carreras tiene el fondo plano.

Los dos policías lo miraron con expresión perpleja, callados. De sus micromovimientos del rostro se podía entrever lo que pensaban: ¿qué diantre era un fondo plano?

Pero el silencio seguía.

—Sabéis qué es un fondo plano, ¿verdad?

Los dos negaron con la cabeza, agradeciendo la pregunta.

—Un Fórmula 1 tiene pocos centímetros de altura, es decir, las suspensiones son hiperbajas. Debajo pasan dos, tres dedos de aire nada más. Con un estudio complejo de aerodinámica, eso hace un efecto suelo que permite al vehículo ir más rápido en un circuito —dijo Bruno, ayudado por las manos—. Un Fórmula 1, al primer bache, se rompería.

—Entiendo que es un detalle importante, pero no veo la conexión —apuntó Gildo.

Bruno suspiró, desesperado. Luego, con un ejercicio de humildad, entendió que estaba hablando con gente que no había visto en su vida un coche de carreras o de *rally*.

—Vamos a ver… Tu coche —dijo Bruno a Gildo—. Bueno, tu coche no creo porque tienes una Vespa. ¿Tú tienes coche? —preguntó a Luca.

—Sí, un Mercedes —respondió Luca.

—OK, si tienes un problema en la carretera, llamas a una grúa, te lo remolca y te lo llevas, ¿sí? —dijo, mirándolo, y este asintió—. Si te pasa con un bólido como estos, necesitas un camión con plataforma. Hay que levantarlo. El coche se sube a la plataforma y esta se eleva hasta la altura del camión de forma vertical. Punto.

—OK, ¿entonces cómo han llegado hasta aquí?

Bruno subió las cejas, se levantó y cogió la chaqueta de cuero y se la volvió a poner.

—¿Qué haces?

—Nos vamos.

—¿Dónde? —preguntó Gildo.

—A hacer el mismo trayecto desde el punto A al punto D.

—¿En coche?

—En coche, claro, ¿quieres ir en Vespa, los dos?

Luca se levantó también.

—Esperad. Tengo el listado de las llamadas de Paolo Lazzaro —dijo con unas hojas en la mano.

Bruno se detuvo, luego miró a Gildo.

—Luca, controla los números más importantes y las últimas llamadas antes del accidente. Localiza e identifica de quiénes son. Todos los números. Necesitamos saberlo.

—Pero, sobre todo, busca en la familia Zuccoli. Mira si hay algún familiar que haya estado hablando con él últimamente.

Gildo asintió a lo que había dicho Bruno con un gesto que llegaba a ser lo más parecido a una confirmación.

Luca afirmó y los dos detectives se fueron en busca de lo que las cámaras no habían grabado. Había algo que se les escapaba y estaban dispuestos a encontrarlo.

12

Una aguja en un pajar.

Eso era lo que sentían que estaban buscando los dos detectives. Encontrar cómo habían llegado los Fórmula hasta la entrada de la autopista era misión imposible.

Bruno se sentía desorientado. No era por estar en unas tierras que no eran las suyas, sino más bien por la imposibilidad de crear el puzle de una forma concreta, real, nítida. Un juego arriesgado que costó muy caro a Paolo Lazzaro.

Pero en el fondo, Bruno sentía una envidia profunda por no haber hecho él algo así. Cuando fue director en el circuito Ascari de Marbella, sintió unas ganas tremendas de hacerlo; abrir el portón y salir de noche a dar una vuelta con los monoplazas que tenía de la escuela. Recorrer las carreteras de la costa a toda velocidad, sin que nadie le pudiera ver, sin que nadie se enterase.

Sueños prohibidos, fantasías, pero esa gente lo había hecho de verdad.

Increíble.

El sentimiento de envidia se desvanecía cuando consideraba las consecuencias.

Se lo hubiera dicho a Gildo, a su lado, de pie, al lado del Porsche, descifrando cómo podían haber aparecido allí los coches. Pero ese chico no lo habría entendido. Ni siquiera lo conocía bien. No lo creía, pero ciertos comentarios podrían ser malinterpretados y compartidos con el comisario Esposito.

Si hubiese estado Rita, su Rita, le habría dicho que estaba loco, pero lo habría entendido.

Gildo habría creído hasta que se podía colar, de forma gaseosa, en una cocina de tres estrellas Michelin y espiarla.

Los camiones y los coches pasaban por delante de ellos.

—¿Tienes alguna idea? —preguntó Gildo mientras mordisqueaba una barrita de color marrón.

Bruno lo miró. Estaban en el típico aparcamiento al lado de las entradas de las autopistas. Donde la gente se encuentra, se dejan coches y se realizan las más dispares actividades.

Bruno levantó la cabeza, el altísimo poste era el que había grabado la entrada de los Fórmula en la autopista.

—¿Se puede saber qué demonios chupas todo el rato? —preguntó Bruno con un tono casi molesto.

Gildo se sacó una rama de la boca y se la enseñó.

—Jengibre —contestó, y sacó otra rama del bolsillo—. ¿Quieres una?

Bruno arrugó la cara como si hubiese pisado un excremento caliente recién depositado en el asfalto.

—No, quédatelo tú.

Dicho eso, Bruno se sacó una pequeña botella y dio un corto trago al líquido. Luego lo cerró y se lo guardó en la chaqueta.

Gildo lo miró perplejo.

—Es Coca-Cola —afirmó Bruno.

Gildo, obviamente, hizo un gesto como que se lo había creído.

—¿Qué hacemos aquí entonces?

—Puede que tengan una nave industrial cerca y los coches salieran de aquí conduciendo.

—Puede ser. ¿Cuánto tardaríamos en registrar todas esas naves?

Gildo resopló.

—Tío, es un polígono industrial, ¿sabes de lo que hablas? Tardaríamos, con varias unidades, pues semanas —dijo, y se rio por lo disparatado de la hazaña —. Además, no tenemos personal.

—Bueno, entiendo que desde otra comisaría os podrían dar soporte, ¿no?

Gildo se encogió de hombros.

—En fin. Vayamos hacia la salida. Aquí no hay mucho más que ver.

Entraron en el coche.

—No te atrevas a comer esa guarrería en mi coche —ladró Bruno, indicando su rama de jengibre.

Al policía no le gustó el comentario, pero se lo guardó.

El Porsche entró en la autopista y fue recorriendo los varios puntos del tramo marcado. Pasaron por el punto B y aflojaron la velocidad para identificar el poste.

Siguieron por la campiña romana, dirección sur. El Porsche avanzaba en el carril de la derecha, siendo adelantado por los camiones.

Cuando se acercaban al punto C, Gildo se acercó al parabrisas.

—Dentro de poco veremos las marcas en el suelo —dijo Gildo.

Efectivamente, a los pocos metros, se distinguió una señal de reducir la velocidad de ciento treinta a cien kilómetros por hora. La autopista hacía una doble curva entre construcciones, una especie de S que estaba llena de marcas de neumáticos y agujeros. Señales de una lucha llevada a cabo por el piloto y el bólido que, según Bruno, había dejado de responder a los frenos. Al dar vueltas de campana, como un oso en un combate, dejó las secuelas de su paso en la superficie negra. Arañándola, marcándola, dejando a fuego las huellas del paso del bólido.

Ni Bruno, ni nadie, hubiera sabido el punto exacto tan solo pasando. Se entendía que por allí había habido un accidente importante.

Bruno se quedó callado, en una forma de luto.

Gildo no añadió nada más.

Pasaron por el punto C y vieron el poste.

Gildo, después de decírselo, se incorporó en el asiento de piel del coche alemán para ver mejor.

No añadieron nada más, sabían que desde ese punto era donde debían buscar la manera en la que ese maldito coche oscuro había salido de la autopista.

En el horizonte, solo granjas y más campo. Árboles que con sus balanceos demostraban una ligera brisa que provenía del Mediterráneo. Pero el resto eran coches y camiones que les pasaban.

—Con tan solo tocar la hierba, el coche se habría hundido —indicó a Gildo —. Tenemos que buscar un lugar a la altura de la autopista por el que hubiera podido salir.

Una abertura del tamaño de un coche no pasaba desapercibida.

Los kilómetros pasaban y cada vez estaban más cerca del peaje de salida, el punto D.

—Maldita sea, nada. ¿Y al otro lado? ¿Podría haber pasado al otro lado?

Bruno lo negó rotundamente.

Siguieron hasta llegar al peaje de Lucca.

Bruno pagó y se detuvieron en el aparcamiento justo después. Apagó el motor y salieron del vehículo.

Gildo se volvió a meter el jengibre en la boca.

—Pues creo que no nos queda mucho más que hacer. Esta pista está descartada —dijo Gildo, mirando el reloj—. Llegamos tarde. Tengo que volver a Roma antes de que abra el Porco Miseria o se me echarán encima los leones.

—¿Qué dices?

Gildo se sacó la rama.

—Ornella. Como llegue tarde, me tira cuchillos.

—Será porque te los mereces.

—¿Tú crees?

—Las mujeres son mucho más inteligentes que nosotros —espetó Bruno—. ¿Es tu pareja?

—No, exmujer.

Bruno subió las cejas.

—Ya te lo he dicho, son más inteligentes que nosotros. ¿A qué hora abrís el chiringuito?

—En media hora —dijo Gildo, tragando saliva.

Bruno miró la hora en su móvil.

—Estás como un cencerro, chaval —dijo, quejándose por el tiempo que les quedaba—. Sube, anda.

Bruno arrancó el motor del Porsche y se volvió a meter en la autopista. Aceleró apurando las marchas y haciendo las curvas de incorporación a la autopista rechinando los neumáticos.

Gildo, con los ojos salidos y agarrado a la maneta, se soltó lo justo para ver el contrarrevoluciones. Marcaba doscientos kilómetros por hora.

Se hizo el signo de la cruz.

—¡Qué pasa! ¿Tienes miedo?

Gildo tragó saliva y no contestó.

En menos del tiempo que Gildo necesitaba, entraron en Roma sorteando el tráfico.

Correr y apurar el tiempo estaba en el ADN de Bruno y de vez en cuando le gustaba apretar los caballos del motor alemán.

Cuando aparcaron delante de la comisaría del Trastevere, Gildo estaba más pálido que una hoja de papel.

—¿Te pasarás a comer algo por el Porco Miseria?

—No, gracias, tengo otros planes esta noche.

Gildo asintió y se fue con su Vespa Primavera roja.

Bruno se quedó en el coche y ojeó el móvil. Había recibido un mensaje. Era un conocido del mundillo del motor. Había averiguado dónde y cuándo se reunía de forma clandestina gente de Roma para carreras o apuestas ilegales.

El mensaje decía que esa misma noche habría una. Le dijo dónde y cuándo y, sobre todo, qué decir para entrar.

Bruno tenía una pista nueva; a pesar de la falta de fortuna en la autopista, se había procurado una nueva línea de investigación, mimetizándose en las carreras urbanas ilegales.

Eso prometía.

A él, eso hasta le gustaba.

13

Roma, zona Eur.

Un área de la ciudad construida por Mussolini. Edificios grandes al estilo socialista y avenidas de tamaño americano. Una zona de choques culturales y conceptuales.

En verano, la ciudad se reunía alrededor del circuito de la Fórmula 1 eléctrica. Esa noche, olía a derrape en el asfalto y gasolina quemada.

Bruno no tenía miedo, ya lo había perdido por la carretera de la vida. Desde Marbella hasta París, pasando por Hoznayo y la Costa Brava.

Salió tarde del hotelucho que le había conseguido la policía. Cruzó la ciudad, nocturna, diferente, silenciosa.

Llevaba el techo abierto para respirar la noche romana.

Conducía hacia lo desconocido, hacia los peores destinos que uno puede tener en la vida. Hacia un punto, con un destino pero sin rumbo.

En ese momento se sintió identificado con un famoso piloto italiano de los años cincuenta: Nuvolari, originario de la ciudad de Mantova.

En una entrevista le preguntaron cómo conseguía ganarlo todo, ser el más rápido.

Él, sin miramientos hacia el periodista ni al destino, contestó que su hijo había muerto de una enfermedad incurable. Ya no tenía nada que le importase en la Tierra. Eso lo hacía libre, eso lo hacía peligroso, eso lo hizo perder el miedo y apretar el acelerador más que ningún otro piloto.

Ese suceso lo convirtió en una persona que no tenía nada que perder.

Eso lo convirtió en el mejor piloto de esos años.

Y Bruno, desde Hoznayo, no tenía nada que perder.

Era peligroso, era libre.

El GPS indicó un parquin al final de la Zona Eur. En cuanto estuvo delante, surgió una congregación clandestina de coches tuneados. Su contacto no se había equivocado.

Cuando el Porsche apareció en las proximidades, se acercó un individuo a pie que regulaba el tráfico, impidiéndole avanzar.

Le clavó la linterna en la cara con la mano izquierda. El hombre parecía un guardián de las clandestinidades romanas.

Alto, fuerte como un segurata de discoteca y ojos saltones.

—¿Quién coño eres, tío?

A Bruno le molestó el haz de luz en la cara.

—Vengo de parte de Er Tarti.

—¿Qué has venido a hacer aquí, abuelo?

Bruno habría bajado y le habría partido la crisma, pero se mordió la lengua.

—Estoy de paso, vengo a jugar unos días.

—Date el piro, abuelo, con esa chatarra —espetó el hombre.

—Mira esto —dijo Bruno, y le enseñó el móvil.

En la pantalla había un símbolo.

—Espera un momento —claudicó, y se alejó para hablar por radio.

A los dos minutos, regresó y lo dejó pasar.

Bruno, aunque estaba advertido, no pudo esconder su sorpresa. El contacto le dijo que enseñara ese símbolo y que lo dejarían pasar.

Avanzó con su viejo Porsche hasta los primeros coches en la zona del parquin.

Aparcó en formación, como uno más. En el momento en que apagó el motor, apareció un chico y le pidió que abriera el capó.

Bruno pensó que se estaba equivocando, pero lo hizo igualmente.

Al desbloquear el capó, el chico se quedó decepcionado por no ver el motor del coche.

—¡Dónde está el motor, macho!

Entonces abrió el capó trasero y bajó.

—Este es un coche bien construido, hijo, lleva el motor detrás —respondió Bruno con voz de patriarca.

El chico cerró el capó delantero y dio la vuelta al coche para ver el trasero.

—Oye, ¿este buga se mueve con ese motorcito? —dijo el chico casi riéndose del coche.

Bruno se rascó la nuca, perplejo.

—Este coche corre mucho más de lo que crees —respondió, jactándose de su viejo compañero.

—¡Buah! —soltó el chico con un gesto de desestimación—. No me lo creo, abuelo.

Ya era la segunda vez que le decían eso. La verdad era que cuando levantó la mirada se dio cuenta de que tenían razón. Se habían congregado muchos chicos con sus respectivos coches de una edad no mucho mayor a la que a esa hora deberían estar en la cama.

Gente rara, vestida de todas maneras, reunida por tener algún estatus en una gran ciudad que la había deglutido en el anonimato. Ellos querían su trozo de pastel de notoriedad, por eso estaban allí.

—Me llamo Enrico —dijo el chaval que buscaba el motor en el capó delantero, estirando la mano.

—Bruno —respondió, y se la estrechó—. Encantado. ¿Qué se cuece esta noche, Enrico?

El chico llevaba gafas y una camiseta de tiras de un equipo de baloncesto americano. Pelo rubio de lado y aire de pocos amigos.

—Hoy está esto tranquilo —dijo, confiado, indicando el resto de coches.

Bruno había aparcado al final, con un simple vistazo, contó al menos unos cuarenta coches. Reconoció en medio de muchos coches pequeños y vistosos alguna pieza interesante. Máquinas de gama media, pero seguramente potenciados con alerones, adhesivos y tubos de escape enormes.

Los jóvenes fluían como aguas inquietas entre los coches, en una exposición de bíceps y de quién tenía el motor más grande.

—Menuda reliquia el coche este —dijo un chaval vestido con una camisa amplia y acompañado de un par de chicas, una a cada lado—. ¿No creéis que quedaría bien en mi colección?

Bruno no dijo nada.

Era flaco con el pelo moreno corto y los ojos saltones. Si se lo hubiese encontrado en una discoteca, habría dicho que era un salido en busca de pelea. En breves momentos, Bruno confirmaría que así era.

—¿Qué haces aquí, abuelo, y no en la cama? —insistió, quitando los brazos de las chicas y acercándose.

—No quiero contradecirte, pero en tu garaje no quedaría bien este coche —contestó Bruno, mordiéndose la lengua.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

Enrico le dio un golpe en el brazo que venía a ser algo como «no te pases con este tío».

—Porque este coche es elegante y de buen gusto. Desentonaría con un macarra como tú.

El chico de la camisa amplia se le encaró hasta que su nariz estuvo a un centímetro de la de Bruno.

Su aliento era una mezcla entre presunción y alcohol. Ese cóctel, con alguna droga sintética, podía ser una bomba de relojería.

—¿Por qué no compites conmigo? Cien metros, el primero que llegue. Tu chatarra contra mi coche.

—¿Y la apuesta?

—El coche —dijo, sin separarse—. El que gane se queda con el coche del otro.

El aparcamiento se sumió en un silencio sepulcral, el mismo que se produce antes de un terremoto o un tornado.

—¿Y se puede saber qué coche tienes?

—¿Qué más te da? Si crees que tu trasto corre, solo es cuestión del piloto, ¿no crees?

Bruno no dijo nada, tenía ganas de reventarle la cabeza con un puñetazo y mandarlo a dormir. Pero su misión era encubierta y no podía desechar una pista caliente.

—¿Que tienes miedo? ¿Eres un gallina? ¡Boh coh! —dijo imitando el sonido del ave, y se giró riendo hacia su séquito y sus dos chicas.

—¿Tú crees? ¿Por qué no te vuelves a casita y te metes en la cama? Mañana hay cole —espetó Bruno.

El chico se giró rápidamente y se acercó aún más.

—¿Por qué no te mando yo a la cama? Pero del hospital —dijo, apuntándole a la cabeza con la mano emulando una pistola.

—¡Gabriel! —gritó alguien desde el medio de la gente—. Déjalo y date el piro.

El chico, sin quitar esa expresión de ojos salidos, bajó la mano y se separó unos centímetros.

—Bienvenido, novato. Te has salvado por esta vez —dijo, abrazó a las dos chicas y se fue en la misma dirección por donde había venido.

Entre el público había aparecido un chico que transmitía autoridad. Se acercó a Bruno.

—No sé si te has dado cuenta, pero acabo de hacer que conserves tu coche —comentó, y le guiñó el ojo.

14

A Bruno no le sentó bien. Deber favores a un desconocido no era santo de su devoción.

Pero era verdad, no sabía nada de ese mundillo y, en cinco minutos allí dentro, podría haberse metido en un buen lio.

—¿Cómo te llamas? —dijo el chico.

—Bruno, Bruno Malatesta.

—Álvaro —dijo con un sutilísimo acento que Bruno conocía bien.

—¿Español? —dijo Bruno, alargando la mano.

—Argentino —contestó, y este se la apretó con firmeza, demostrando las horas que pasaba en el gimnasio.

Álvaro llevaba una camiseta blanca, sin marca, tan apretada que parecía que en cualquier momento estallaría como la camisa de Hulk.

Llevaba el pelo corto, cortado a lo militar, y un reloj caro pero discreto.

—¿Qué haces por aquí, Bruno? —dijo, moviendo el cuello indicando su coche.

—Estoy de paso, me dijeron que había esto y no me lo quería perder.

Álvaro levantó una ceja y miró dentro del coche.

—¿Y tú? ¿Eres el cabecilla de este circo?

Él hizo una mueca.

—Más o menos.

—¿Vienes de España con este Porsche? —preguntó, indicando la matrícula.

Bruno encogió los hombros.

—Digamos que sí.

—¿Quieres ver mi coche?

Bruno asintió y lo siguió.

Al pasar, Álvaro apartó a la multitud que se había congregado a ver el espectáculo. Se apartaban como si tuviera una especie de fuerza magnética, un imán invisible.

Se notaba la admiración que tenía la gente por ese chico.

Cruzaron el aparcamiento.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque si ese tío arranca el coche, te deja en la línea de salida; y ni siquiera te habrías enterado.

Eso no le gustó a Bruno.

—No sabes nada de mí.

Álvaro se detuvo y se quedó mirándolo.

—Es un Porsche 993 Targa, Carrera 2, del 1995, con doscientos ochenta y seis caballos de potencia originales. A juzgar por el sonido, no ha sido modificado. Gabriel tiene un Nissan GT-R totalmente modificado con una potencia inicial de trescientos caballos; lo ha llevado a casi mil —respondió mientras le indicaba el coche con la barbilla—. ¿Te he convencido?

Bruno se quedó perplejo. Desconocía ese mundillo, los coches *tuning* preparados, pero sabía que el chico tenía razón.

—Ven, te enseño mi coche.

Reanudaron la marcha hasta llegar al vehículo.

Era el que se veía menos desde lejos, camuflado entre los otros, no porque fuera el más discreto, sino por ser el más bajo. Era un Lamborghini Murciélago verde casi fosforito.

Una bandera tricolor italiana lo recorría desde la matrícula anterior hasta la posterior.

Bruno se quedó mudo unos instantes delante de la máquina que tenía el chico.

—Cuando yo tenía tu edad, tenía un Fiat Uno. Desde luego que los tiempos cambian.

—Bueno, digamos que me lo curro.

—Lamborghini —admiró Bruno el coche, y luego siguió mirando sus bíceps—. Estás en el gimnasio, ¿cuánto? ¿Una, dos horas al día?

—Tres al día.

Bruno se extrañó.

—¿A qué te dedicas?

—*Influencer* —respondió, pero su expresión ya era diferente a la que había tenido hasta ese momento.

Entonces, justo cuando Bruno estaba entrando en un terreno pantanoso y en el que era mejor que no se inmiscuyera, se oyó una voz femenina.

—¿Bruno? ¿Bruno Malatesta? —dijo una chica que se aproximaba—. ¡No me lo puedo creer! ¿Qué narices haces aquí?

Álvaro se extrañó.

—¡No fastidies! —dijo Bruno—. ¡Cristina, por todos los demonios!

La chica abrazó al hombre por tanto tiempo que incomodó a Álvaro. A pesar de haber pasado tantos años, reconoció a la rubia que había visto nacer en Stuttgart. Delgada y muy arreglada con ropa de firma, era ya una mujer con todos los atributos.

—¿De qué la conoces? —preguntó con cierto celo escondido.

—Es la hija de un buen amigo —respondió Bruno.

—Sí. Él y mi padre trabajaban juntos en Alemania.

—Sí, ¡qué tiempos! ¿Cómo está?

La sonrisa de la chica se entristeció.

—Hace tiempo que nos dejó.

—Lo siento.

—No pasa nada, ya está superado. Pero, dime, ¿qué haces aquí?

Bruno resopló para ganar tiempo.

—¿Dónde trabajas? —preguntó Álvaro, intentando incorporarse en la conversación.

La chica se apoyó en el hombro de Álvaro.

—Bruno y mi padre eran los mejores en reparar Porsche, mejores que los mismos alemanes. ¿A que sí?

—Te equivocas, Cristina, seguimos siendo los mejores —se jactó Bruno.

—Oye, ¿por qué no te vienes a casa? Te enseño mi garaje y te cuento una cosa.

Bruno no se lo creía. Estaba yendo viento en popa. No podía dejar escapar esa oportunidad.

—Claro. ¿Dónde vamos?

—Sígueme, bueno, si puedes —dijo, y se metió en el coche.

Cristina hizo lo mismo, abrió la puerta del Lamborghini y entró en el asiento del copiloto. Dijo algo a unas chicas, las mismas con las que estaba hablando justo antes de saludar a Bruno. Era un grupito de chicas jóvenes y muy bien vestidas. Ninguna pasaba de los veinte años, una rubia, una de rasgos asiáticos, una pelirroja y una morena con rizos.

Entre ellas, una le llamó la atención, sus ojos se quedaron mirándolo. Primero pensó que su atractivo de maduro podía tener aún su encanto, pero, al caminar hacia su coche, presintió que no era eso.

Arrancó el Porsche y siguió al Lamborghini verde.

El coche italiano sonaba a bólido de carreras por las calles de la capital. Los adoquines de las calles hacían sufrir las suspensiones rígidas del coche.

En el salpicadero marcaban las dos de la mañana.

Era tarde. Bruno acostumbraba a llevar ya muchas horas durmiendo. Pero esa noche era especial. Tenía delante una oportunidad y una vieja conocida que había encontrado en su camino.

Roma era un espectro. Solo los taxis y algún camión de la basura se atrevían a circular por la Ciudad Eterna a esas horas.

El bólido verde se detuvo delante de un portón metálico. Una luz naranja advirtió que se iba a abrir.

Cuando entró el Lamborghini, dejó que Bruno entrara con su coche.

El espacio era una vieja nave industrial en plena ciudad. Una antigua fábrica textil rehabilitada.

En el espacio inferior había por lo menos una veintena de coches de todos los colores y marcas.

—Esta es mi casa. Arriba tengo el dormitorio y la cocina, pero mi vida es el gimnasio y mi garaje. Ven —pidió Álvaro al bajarse del coche.

Cruzaron el garaje.

—Ferrari, Alfa Romeo, Maserati, Corvette, un poco de todo. No soy exclusivista en las marcas.

Bruno se quedó impresionado, pero aún no había entendido el porqué lo había llevado allí.

Mientras paseaban por ese pequeño museo, entró por el mismo portón un todoterreno con los cristales tintados. De soslayo, vio cómo las mismas chicas

que estaban en el aparcamiento bajaron y entraron en lo que era el domicilio de Álvaro.

—¿Por qué me has traído a tu casa? —preguntó Bruno.

Álvaro dio unos pasos más hasta llegar a un taller dentro del garaje. En las paredes colgaban todos los utensilios de un mecánico. En medio del espacio, un viejo Porsche de los años sesenta.

—*Vaccaboia*. Un Speedster. ¿Cómo tienes uno de estos?

—Se lo compré a un portugués. No sabía cómo arreglarlo. Invirtió mucha pasta y no consiguió hacerlo funcionar bien. ¡Escucha! —Entró en el coche y lo arrancó.

El motor borboteaba. La combustión fallaba y por el tubo de escape salían pequeñas explosiones.

—He probado de todo y no consigo arreglarlo. ¿Tienes alguna idea?

Bruno no dijo nada. Abrió el capó y miró. Se quedó en silencio con el motor enfrente. Él y el coche.

—¿Y Cristina? Ella lo sabría arreglar con los ojos cerrados.

Álvaro encogió los hombros.

—Lo ha probado varias veces y tampoco lo consigue.

Bruno arrugó el ceño. Luego se quitó la chaqueta de cuero marrón y la colgó.

Cogió unas herramientas y sacó los carburadores.

—¿Tienes algo para beber?

—¿Cerveza?

—Algo más…

—Ya, yo me ocupo.

El joven musculoso fue a buscar una silla y un carrito de licores al piso superior.

Abrió una cerveza para él y vertió un *whisky* para Bruno.

Álvaro se quedó sentado mirando cómo trabajaba el hombre.

Las cervezas vacías se iban acumulando.

Había pasado por lo menos tres horas enganchado a ese motor.

Cuando Álvaro llevaba un rato durmiendo y los rayos del sol ya estaban saliendo, el motor del viejo Porsche lo despertó. Cuando abrió los ojos, vio a

Bruno dentro del coche acelerando el motor. Funcionaba a la perfección. Las pequeñas explosiones habían desaparecido.

Álvaro se levantó con la misma expresión que un niño en la mañana de Reyes.

—¿Cómo demonios lo has hecho?

Bruno encogió los hombros mientras se limpiaba las manos.

—Experiencia. Ya no se hacen coches así.

—Ni hay mecánicos que los entiendan.

Bruno volvió a encogerse de hombros.

—Darte las gracias no es suficiente. ¿Hay algo que pueda hacer por ti, Bruno?

Bruno se lo pensó. Dudó en si decírselo o no. Pero la necesidad empuja a las personas a hacer cosas de forma precipitada.

—Sí. Ahora que lo dices… hay algo que puedes hacer por mí.

—Bien, dime…

—¿Conoces a alguien que le pueda interesar un Fórmula 1 que quema?

15

Entraron en una cafetería cerca de casa. El local acababa de abrir. Se respiraba olor a los primeros cafés y a pastas calientes.

Las calles aún estaban mojadas por la labor de los camiones de limpieza. Se colaba por la puerta una humedad placentera.

Las luces del fondo de la cafetería aún no estaban encendidas. Álvaro pidió que se quedaran apagadas.

—Esas son palabras mayores, tío —dijo con un cierto temor el joven corpulento recién sentado.

Bruno se mantuvo impasible, se quedó esperando una respuesta. Esa situación le estaba provocando la suficiente adrenalina como para quedarse despierto a pesar de no haber dormido.

—¿Qué me dices que tienes?

—Lo que has oído. Tengo un Fórmula 1 que no sé dónde colocarlo. No puedo ponerlo en Wallapop, es un exoficial.

Álvaro se pasó la mano por la barba.

Bruno entendió que quería decir algo, pero un pensamiento, un filtro o incluso la simple prudencia le hacían frenar.

—¿Eres de la pasma? —dijo bajando la voz—. ¿Eres un maldito soplón, tío?

Con esa pregunta, Bruno entendió que estaba en el momento propicio y con la persona adecuada.

Bruno se rio.

—¿Crees que un poli sabría arreglarte un Porsche de 1956? ¿Y va por ahí con uno que vale cien mil pavos? ¿En serio? ¿Sin contar que está matriculado en España? —dijo seguro de sí mismo—. ¿Dónde has visto eso? ¿Te crees que esto es una maldita película de Hollywood?

La mirada de Álvaro parecía un polígrafo apuntando a su cara en una búsqueda desesperada de una mentira.

Bruno se quedó callado.

Álvaro tampoco dijo nada, a la espera de una respuesta del otro hombre.

Bruno entendió que era una prueba de fuerza, un pulso silencioso. A la mínima reacción que Bruno hubiese hecho que no encajara con el contexto, todo se habría ido a la porra.

El silencio incomoda, pero es la mejor arma.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó, rompiendo el silencio.

—Es una larga historia.

Álvaro alzó las manos.

—Tengo tiempo.

Bruno tragó saliva y en ese momento llegó el camarero, les dejó unos cafés y unos pequeños cruasanes de chocolate abultados y calientes.

—Hace un tiempo pasó algo que no puedo decirte y un amigo se quedó con un Fórmula 1. No sabe qué hacer con él.

—¿Un amigo?

—Sí, un amigo.

Álvaro asintió. Cuando alguien habla de un amigo, es como si se exculpara de cosas y no se metiera en la cuestión.

—Sigue.

—Se quedó con este coche y no todo el mundo puede y quiere. Ya sabes —dijo Bruno, jugando con el lenguaje típico de los trapicheos, con muchas connotaciones de *chairoscuro* para dejar imaginar a la otra persona lo que no iba a explicar—. Pensaba que como tú estás en este mundo de los coches, a lo mejor te podía interesar o conocías a alguien.

—Yo con los Fórmula no hago nada, yo solo compro coches que puedo conducir por la carretera.

—Pero seguro que conoces a gente.

Álvaro se quedó pensando. No daba la impresión de buscar en sus contactos a alguien que pudiera interesarle, pero habló.

—Tengo un amigo que tiene un primo que conoce a alguien que podría estar interesado.

Bruno sintió un ligero alivio.

—Aunque seguramente querrá ver alguna foto, saber de dónde sale, pedigrí y… —dijo mientras se rozaba el índice con el pulgar—. ¡Cómo se llama!

Bruno sacó el móvil.

—Es este —afirmó, y buscó en su galería de fotos.

Bruno habría firmado un contrato para vender su alma al mismísimo diablo por llegar a ese punto en la primera noche de búsqueda. Así que se había preparado, había hecho los deberes. Antes de irse a la concentración, había hecho un par de llamadas.

—Estas son las fotos del coche —dijo, y le enseñó el móvil.

Álvaro se cogió un pequeño cruasán y entero se lo metió en la boca.

Y antes de mirar el móvil, se tragó de un suspiro el *espresso* junto a las últimas trazas de chocolate que tenía en la boca.

En el móvil había un Ferrari, un monoplaza de los años setenta. Reluciente. Álvaro subió una ceja. Cogió el móvil y amplió con los dedos.

—Parece bueno.

—Lo es. Ex de Gilles Villeneuve.

—¿Cómo es que lo tiene tu amigo?

—Eso no hace falta que lo sepas.

Álvaro asintió y luego sonrió.

—¿Hay más fotos?

—Claro, pasa.

Álvaro miró las siguientes, las cuales enseñaban varias particularidades del coche.

—Mándamelas a mi móvil y te digo algo más tarde.

Bruno subió las cejas.

—¿Qué?

—Nada, pensaba que tardaríamos más tiempo.

Álvaro se rio.

—No, esto es pim pam, o encaja o no se hace nada, pero no se hace esperar. ¿Cuánto quiere tu amigo por este juguetito?

—Dos millones —dijo sin ápice de vacilación.

Álvaro emitió un sonido extraño y le devolvió el móvil.

—Calcula que, si te lo vendo yo, me llevo un veinte por ciento, ¿estamos de acuerdo?

—Me parece justo.

Siguieron desayunando y luego se despidieron. Bruno acababa de dar un paso importante en toda esa situación.

Entró en el coche y justo Gildo lo llamó por teléfono.

—¿Estabas despierto? —preguntó el policía.

—Llevo rato despierto.

—Madrugador, muy bien.

Bruno no quiso decirle que no había dormido.

—¿Qué pasa, Gildo?

—Hemos identificado a personas importantes entre las llamadas de Paolo Lazzaro.

—¿Y?

—No te puedes imaginar a quién.

Bruno se quedó callado mientras arrancaba el Porsche Targa.

—¿Piensas decírmelo?

—Sí, Vittorio Zuccoli, el tío de la chica desaparecida.

—Vaya, ¿por qué no me resulta extraño? —espetó, y antes de colgar, dijo—: Voy para allá.

16

Ocho de la mañana.

Bruno pensó que el tráfico de Roma era como dispararse en un pie.

Le llevó casi una hora recorrer quince miserables kilómetros.

Los ojos se le cerraban.

A falta de horas de sueño, necesitaba café y un trago.

Aparcó delante de la comisaría, como si ese lugar ya fuese suyo.

Saludó a Lillo a distancia y sin darle demasiado protagonismo, porque ya se imaginaba lo que podía pasar con ese agente, que a la mínima se le enganchaba como una lapa.

Vio a Marzia. Levantó una mano con todos los dedos extendidos.

Ella lo saludó de la misma manera.

Él, al ver que no lo entendió, se acercó.

—*Buongiorno* —dijo ella.

—Ojalá.

—Has dormido poco.

Él asintió sin ganas de explicar nada.

—¿Hay alguna restricción absurda en esta ciudad para servir varios *espressos* en taza grande?

La mujer se extrañó, pero le hizo un gesto de que se lo llevaría fuera.

Bruno se sentó y esperó impaciente.

En un par de minutos llegó la camarera.

—Aquí tienes —dijo, y le colocó una taza más grande de lo habitual de un *cappuccino*—. Lo llamo el despertador líquido.

Bruno la miró extrañado.

—Tres partes de café, una de *whisky*, una de crema y azúcar de caña aliñado con café. Verás que en media hora me suplicarás que te dé la receta —dijo ella,

y se fue.

Bruno se bebió el embrujado líquido, que le quemó el esófago arrastrándole todo el cansancio hacia abajo.

Dejó la taza en la barra junto a un billete.

—Creo que será suficiente —dijo, y se fue mientras la mujer despachaba a otro cliente.

La secretaria los miraba de soslayo.

Gildo y Bruno se presentaron en el despacho del tío de Nina sin preaviso. Como tenía que ser.

Los dos policías se sentían observados, no tanto por la mirada indiscreta e intimidante de la secretaria, ácida como un limón verde, sino por la cámara que les estaba apuntando desde el techo.

El pasillo era angosto, dos personas de lado no habrían pasado con gente sentada en las sillas de espera.

Los minutos pasaban y la voz de un hombre al otro lado de la puerta no cesaba. Hablaba en un idioma eslavo, Bruno no conocía ninguno, pero ruso no le parecía, y lo descartó *a priori*.

Al cabo de unos cinco minutos, el hombre dejó de hablar y se abrió la puerta. De repente, con fuerza, casi asustado.

Apareció la figura de un hombre a contraluz. En traje y algo despeinado.

Se quedó de pie, observando a las personas que la secretaria le había indicado que lo estaban esperando.

—*Buongiorno* —dijo, acercándose.

Los dos policías se levantaron y se presentaron.

Se estrecharon las manos y los invitó a pasar a su oficina.

—No estoy para nadie —dijo el hombre a la asistenta.

Entraron en su despacho. Por las ventanas orientadas al sur, entraba la luz directa del mediodía.

El señor Zuccoli se sentó en una mesa alargada e invitó a que se sentaran.

—¿Quieren algo? Les puedo ofrecer agua, café.

—Sí, uno para mí, gracias —dijo Bruno.

Gildo pidió otro.

—Tres cafés, por favor —pidió por un interfono que estaba en la mesa.

Luego entrelazó los dedos y cruzó las piernas.

—Bien, ¿en qué puedo ayudarles?

—Señor Vittorio Zuccoli, hemos venido a verlo por la reciente muerte del abogado de su familia —dijo Gildo.

El hombre subió las cejas.

—Ya, ha sido una grave pérdida —dijo al mismo tiempo que su rostro se entristecía.

Desde esa perspectiva, Bruno pudo estudiar al hombre. Llevaba un traje gris y una camisa blanca. La corbata, abierta, como si la reunión más importante del día ya la hubiese tenido. Vittorio era pelirrojo, tenía el pelo algo largo y desmarañado. Ojos verdes y mirada de zorro.

—¿Cuánto hacía que no hablaba con él?

—Pues no sé, no me acuerdo. ¿Por qué?

—¿Qué relación tenía con Lazzaro?

—Pues, como tristemente es conocido, era el abogado de la familia, tanto personal como profesional —dijo, e indicó un cuadro que tenía detrás con una foto familiar: un hombre anciano en el medio sentado y tres chicos a su alrededor de pie; dos pelirrojos igual que el padre y uno moreno.

—¿Quiénes son?

—Es mi padre, que en paz descanse, y mis hermanos. Alberto y Mario.

—¿Gemelos? —preguntó Gildo.

—Con Alberto. Mario, pobre, es el que siempre hemos dicho que era adoptado.

—Nina, ¿de quién es hija?

Vittorio se giró.

—De mi hermano Alberto.

—¿Dónde está su hermano?

—A los dos años de no aparecer Nina, se tiró por la ventana de su despacho, la que está al lado —dijo, y se tomó unos segundos para seguir—. Paolo Lazzaro era el abogado de esta fábrica, solíamos estar comunicados.

—No se diría; en el resto del mes, no había llamadas apenas.

—Bueno, porque hablábamos desde los fijos, es más cómodo.

—No entiendo.

—Cuando quiero hablar con alguien, se lo pido a mi secretaria, ella lo localiza y me lo pasa.

Gildo asintió.

—Claro —dijo, y se lo anotó en una libreta negra—. Señor Zuccoli, ¿el señor Lazzaro tenía enemigos, personas que lo quisieran muerto o cualquier cosa parecida?

El empresario se acomodó en la silla.

—Que yo sepa no, ¿por qué? —quiso saber, algo desconcertado.

—Porque estamos investigando, nada más.

Gildo subió la vista y se percató de que la pregunta había hecho mella en el hombre.

—¿Qué es lo que le está incomodando?

—Agente, no me…

—Inspector, gracias.

—Claro. Inspector, que yo haya leído en los periódicos, ha sido un accidente, ¿no?

—Claro, pero mis superiores quieren que indaguemos igualmente, ¿sabe? —dijo, dando poco peso a lo que estaba diciendo—. Yo creo que es una pérdida de tiempo, pero los de arriba quieren un informe y toda la pesca, ya sabe. ¡Bah! —dijo al mismo tiempo que hacía el gesto con una mano—. Es todo burocracia, en fin, me decía, ¿tenía enemigos?

—No, creo que no, tampoco sé bien su vida, podría preguntar en su entorno.

—Sí, lo estamos haciendo.

—¿Sabe qué pasa? Yo creo que el caso de Nina lo hizo saltar a la fama.

—Claro. Que usted sepa, ¿a Paolo le gustaban mucho los coches?

Vittorio hizo un gesto con la mano.

—Era un enfermo. Su garaje era, bueno, es un museo de los Ferrari. Siempre me he preguntado cómo podía un abogado conseguir tanto dinero para comprar tantos coches.

En ese momento, la secretaria se comunicó por el interfono.

—Señor, la máquina de café se ha averiado, lo siento, he llamado al servicio técnico. Le recuerdo que está aquí la visita de las doce.

—Entendido —respondió a la secretaria—. Señores, les tengo que dejar. Cualquier cosa, me encuentran aquí.

—Una última pregunta, señor Zuccoli —dijo Bruno—. ¿Estaba usted al corriente de la afición de Paolo por actividades nocturnas?

17

Primero, Vittorio miró con sorpresa a Bruno y luego a Gildo, contestándole.

—No. ¿Algo más?

—Gracias, señor Zuccoli —dijo Gildo, y le estrechó la mano.

Bruno se la estrechó después del policía y este evitó cruzar su mirada.

Cuando ya estaban fuera de la fábrica, Bruno desbloqueó el coche y cogió un frasco metálico con *whisky* dentro. Gildo se metió una rama de jengibre en la boca.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Gildo.

—Algo tiene ese hombre —respondió Bruno.

—Ya…

—Me quedo con la expresión que ha puesto cuando le he preguntado por la «actividad nocturna».

Gildo se rio.

—Ese tío no me gusta…

—¿Ha descubierto Luca algo más de las cámaras? —preguntó Bruno.

—No, no mucho. No conseguimos entender cómo salió o desapareció el coche de la autopista.

Bruno dio otro trago al *whisky*. En ese momento recibió un mensaje de Álvaro.

Desbloqueó el móvil.

Era un audio de pocos segundos:

—Mi amigo te quiere conocer esta misma tarde. ¡No me falles! Este tío no da citas tan fácilmente. Nos vemos a las ocho en el lugar que te mandaré en un rato. No hace falta decírtelo, ven solo.

A Bruno se le escapó una sonrisa.

—¿Qué pasa?

—Tengo una pista.

—¿Cuál?

—Si es buena, te lo diré mañana.

Gildo se le acercó y lo apuntó con el dedo.

—Aquí, o vamos juntos o estás fuera del caso —espetó Gildo, sacando el carácter que hasta el momento no había hecho.

—Vaya, al final, el cachorro es un perrazo.

Gildo se quedó inmóvil, esperando una respuesta que no acababa de llegar.

—Lo siento, mañana te lo explicaré.

—Si no me lo dices, te buscarás a otro compañero.

—Te equivocas, Gildo, me estoy acercando a esa gente más que tú en meses. Sin mí, estaríais en alta mar. Me deberíais dar las gracias.

—Oye, tío, pero ¿qué te pasa? Si estás enfadado con el mundo, no es problema mío, sino tuyo, y no tienes que pagarlo con la gente —gritó Gildo en medio del aparcamiento de la industria Zuccoli—. ¿Piensas que al ir por ahí con un Porsche y con cara de duro tienes el permiso de ir perdonando la vida a la gente?

Bruno no contestaba.

—¿Te crees superior? ¿Porque no tienes una placa crees que puedes hacer lo que te salga de la punta del pie? ¡Eres un infeliz y un amargado, Bruno! Eso es lo que eres. Lo supe el primer día que te vi. La primera noche pasaste delante de mi quiosco y no dijiste nada. Quedamos para desayunar y me ignoraste, pasaste de mí, fuiste directo a hablar con mi jefe. Vas por libre y vete a saber en qué fregado te has metido esta noche. ¡Joder! ¿Es que no te ves?

Bruno arrugó el ceño.

—Pareces un tipo duro, uno de esos de las películas de gánsteres y detectives baratos que solo saben hablar con frases de bastardos y de duros. Yo soy una persona antes que policía y me estás tratando como un secretario, como un empleado tuyo. ¿Sabes qué? —espetó a la cara de Bruno—. ¡Vete a la mierda, Bruno Malatesta! —dijo Gildo, se dio la vuelta y se fue.

Comenzó a caminar hacia la salida del parquin. A los pocos pasos, Bruno entendió que estaba decidido a no volver.

Bruno le hizo un gesto con la mano.

«Vete a tomar viento fresco», pensó, y se sentó en el Porsche.

Cuando introdujo la llave en el contacto, en su cabeza surgió una voz, la de Rita. Como en una visualización, una presencia generada por los recuerdos y por un sentido de arrepentimiento.

Si hubiera estado allí, le habría dado una colleja; moral, desde luego; ¿física?, probablemente.

Resopló y estuvo a punto de dar un manotazo al volante de piel, pero se aguantó.

Rita le hubiera dicho que era un cabronazo y un testarudo y muchas cosas más.

Resopló de nuevo.

Se giró y miró a Gildo, que justo salía del portón del parquin de la fábrica.

—Maldita sea —gruñó.

Bajó del coche y lo persiguió. Al atraparlo, Gildo estaba sentado en la marquesina del autobús.

En cuanto lo vio, separó los brazos del torso unos segundos.

—Lo siento —susurró.

—¿Qué dices? —preguntó Gildo.

—Que lo siento —susurró de nuevo Bruno.

—No te oigo —repitió Gildo mintiendo como un villano.

Bruno se sulfuró y fue adquiriendo una tonalidad primero rojiza y luego lila.

—¡Lo siento! —gritó Bruno a pleno pulmón, llamando la atención de las otras personas que esperaban el transporte público.

Gildo no habló, solo se quedó mirándolo.

—Por favor, ven, volvamos en coche a la comisaría —dijo Bruno con un tono que jamás había utilizado con el inspector hasta el momento—. Por favor.

Gildo bajó la cabeza.

—Hay cosas que no sabes… Lo siento —insistió Bruno—. ¿Vienes?

Gildo siguió callado por unos instantes hasta que la abuela que tenía sentada al lado en el banco le dio un codazo.

—Ve, se merece una segunda oportunidad —dijo la abuela, guiñándole el ojo.

Gildo bajó la vista y luego entendió a qué se refería el guiño.

—¡Que no es mi novio! —espetó Gildo a la señora—. ¿En qué piensa, señora? Soy policía.

—Siempre hay una primera vez, hijo. Que no te importe lo que piense la gente —insistió.

—¡Que no es mi novio! —insistió Gildo a la señora—. No se meta donde no la llaman.

La abuela se encogió de hombros.

Luego Gildo se levantó y se fue hacia Bruno.

Se sentaron en el Porsche y Bruno intentó justificarse.

Ninguna historia pasada podía hacer plausible un comportamiento como el de Bruno a Gildo, pero intentó explicárselo.

Le contó que estaba en casa, en Italia, para recuperarse de lo que le había pasado. La muerte de Rita fue un mazazo muy duro y le costaba seguir adelante. Rita era la mujer de su vida y, una vez perdida, todo dejó de tener sentido.

—Ya pero, tío, la gente normal tiene un funeral, unos días, semanas de luto, pero luego vuelve a trabajar. Llevas meses sin trabajar —espetó Gildo con la misma actitud de una madre—. Espabila.

A Bruno eso le sentó como sal en una herida.

Su móvil vibró, era Álvaro.

Llegó la ubicación del encuentro y unas indicaciones más.

—Me tengo que ir.

—¿Me lo vas a explicar?

Bruno bufó.

—Es una larga historia… —dijo Bruno mientras se ponía el cinturón de seguridad.

—De aquí a la comisaría del Trastevere hay una media hora, creo que me lo podrás resumir —respondió Gildo.

Bruno arrancó el coche y salieron del aparcamiento de la fábrica Zuccoli, dirección Roma.

18

Iglesia de San Silvestre In Capite.

Si pasabas por delante, era un iglesia bonita pero sin más, como muchas en Roma. Altas columnas en la fachada y estatuas de santos. Un campanario en el fondo, que se erguía como una antena de otros tiempos.

Bruno aparcó lejos, por momentos entendía más a Gildo y la elección de su medio de transporte con dos ruedas.

Recorrió varias manzanas, con el móvil indicando la dirección, hasta llegar a ese punto, una vieja iglesia cerca de Montecitorio.

En la puerta, un cartel marcaba las horas de visita a la iglesia. El horario para los turistas se había acabado hacía más de una hora y las misas habían terminado.

Empujó la puerta. Cerrada.

¿Álvaro lo había hecho perder el tiempo? No se había llevado esa impresión.

Lo comprobó y esa era la iglesia, no había pérdida.

Probó la otra puerta, la secundaria, la de la izquierda. Esa estaba abierta.

Entró con recelo, inspeccionando todo lo que tenía delante. Una gran nave se abría enfrente. Frescos y estatuas. Cúpulas doradas y mármoles por todas partes.

¿Quién podía abrir una iglesia fuera del horario oficial?

Escuchó unos ruidos, un crepitar de madera. A la derecha estaba Álvaro, levantó un poco la barbilla para que se aproximara, como si eso hubiese sido la mejor manera de llamarlo.

Bruno se fue acercando, quebrantando el silencio que ese lugar sagrado guardaba celosamente.

El hombre musculoso le indicó que se arrodillara a un lado del confesionario.

Bruno arrugó el ceño y fue a preguntar. Entonces le enseñó la palma de la mano, gesto para que no lo hiciera.

—Lo entenderás —susurró Álvaro.

Bruno no estaba muy seguro de lo que pasaba, pero lo aceptó, se dejó llevar. Al arrodillarse, se escuchó otra vez el mismo crepitar de cuando entró.

Esperó a que pasara algo.

A los pocos instantes, en el interior del confesionario una puerta de madera se abrió. La persona que estaba dentro quedaba oscurecida por la sombra del anonimato. Bruno miraba a través de una reja. Del otro lado del mueble, se entreveía la figura de Álvaro, también detrás de una reja.

—En el nombre del Padre… —dijo una voz metálica desde el interior y esperó a que Bruno se hiciese el signo de la cruz mientras Álvaro, del otro lado, ya lo había hecho—, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Hubo silencio. Bruno pensó que eso era muy raro. El hombre utilizaba un distorsionador de voz para que no lo reconociera.

¿Había un cura en ese vetusto mueble? ¿En serio? Eso traspasaba el nivel de imaginación para conseguir privacidad.

—Bruno Malatesta —dijo el hombre que no se veía, y se aclaró la voz.

—¿Con quién estoy hablando? —dijo Bruno.

—Shhhh —dijo la voz en el interior—. Baja la voz, estás en la casa del Señor.

Bruno cerró los ojos y se pasó una mano por el rostro. Le pasó por la cabeza que lo mejor que podía hacer era irse de esa farsa.

Respiró.

—Álvaro me ha dicho que tienes algo interesante.

—No pienso seguir hablando con alguien a quien no veo la cara ni sé su nombre —espetó en voz baja.

Del interior se escuchó como el individuo se acomodaba en el asiento.

—No hace falta que sepas quién soy, solo que estoy interesado en tu coche.

—¿Y cómo te llamas? —dijo Bruno, acercándose a la reja para intentar ver el rostro de ese hombre.

Este lo vio y se echó hacia atrás para que no lo consiguiera.

—Puedes llamarme el Sacerdote.

Bruno arrugó el ceño.

—¿Cómo? ¿El Sacerdote? Esto es una broma.

Hubo un silencio incómodo en el confesionario.

—Estamos aquí para *business*, Bruno, no para bromear. Para eso buscaríamos chistes en internet —dijo Álvaro al otro lado.

—Lo último que yo quiero es perder el tiempo, así que, Bruno, si no quieres vender el coche, me entretendré contigo. Y eso sería muy malo para ti.

Eso no sonó a reproche, sino a amenaza. A pesar de la humedad y el fresco del edificio eclesiástico, la situación se estaba calentando.

Bruno no dijo nada, se quedó a escuchar.

—Álvaro me ha enseñado unas fotos…

—Sí, ¿y? —respondió Bruno, algo mosqueado.

—Quiero saber dónde has conseguido eso.

—Es una larga historia, no te hace falta saberla.

—Aquí las preguntas las hago yo y tú las respondes.

Bruno apretó los puños.

—¿De dónde sale ese coche?

—¿Te refieres al Fórmula 1?

—Claro, ¿a cuál si no?

—Te lo repito, es de un amigo. Se quiere deshacer de su colección.

—¿Por qué?

Bruno se encogió de hombros, pero el Sacerdote no podía verlo.

—Yo qué sé, se quiere comprar un helicóptero, o una casa en Grecia o, simplemente, ya no le caben coches en casa. No se lo pregunté. Solo sé que mi amigo quiere vender, también tiene más coches, ¿quieres verlos?

—¿Monoplazas?

—No.

—Entonces no me interesan. Solo Fórmula y si tienen pedigrí, mejor.

—Pues solo tiene ese, ¿estás interesado?

—Puede, si hay un precio más adecuado.

—¿Por ejemplo? —preguntó Bruno.

En el interior del confesionario hubo silencio por unos instantes.

—Medio millón de euros en efectivo.

Bruno se rio, su carcajada se escuchó en toda la iglesia.

—Shhh. Ten respeto en la casa del Señor.

—El precio es dos millones de euros, ¡Sacerdote!

—No pienso pagar esa cantidad.

—Pues nada —dijo Bruno, y se incorporó del escalón de madera.

Ese hombre había propuesto una cantidad que era un veinticinco por ciento de lo que se pedía.

—Espera —dijo el Sacerdote—. Siéntate.

Bruno levantó una ceja, acompañada de una mueca.

—¡Qué! —espetó Bruno.

—Puedo llegar a un millón.

—Eso es más razonable…, pero estamos muy lejos de lo que quiere mi amigo.

—Es todo lo que puedo ofrecer. Ni un euro más. Todo en efectivo, en un maletín, se entrega el coche y aquí nadie ha visto ni sabe nada.

Bruno entendió dos cosas: la primera, que el hombre que estaba dentro de ese mueble tenía que estar relacionado con las carreras clandestinas de algún modo. La segunda, que había un factor de urgencia que nadie había comentado, pero que se respiraba en el aire.

—Es un descuento muy importante, yo no puedo tomar esa decisión.

El Sacerdote bufó en la oscuridad de ese mueble que estaba siendo utilizado para todo menos para confesar los pecados de los fieles.

—No te voy a dar más tiempo que hasta esta noche.

—¿Esta noche? ¿Pero qué dices!

—Esta noche o mañana la oferta puede cambiar.

—¿Qué eres, la maldita Cenicienta?

—Como si soy el pato Donald.

Bruno se tomó unos instantes para pensar, eso era un buen paso, pero necesitaba algo más. Su plan no era vender un coche y hacer dinero, en absoluto. Su plan era infiltrarse, y eso estaba mucho más lejos de lo que creía.

—Necesito más tiempo.

—No lo tienes. Ni tú ni tu amigo.

Bruno resopló.

—OK, intentaré mediar por esa cantidad. Pero quiero algo.

—¿Tú quieres algo? —preguntó el Sacerdote con un tono de incredulidad.

—Quiero verlas… —respondió Bruno sonando a disparo.

—¿Verlas? ¿A qué demonios te refieres?

—Sí, las competiciones o apuestas, o lo que diablos sea.

—No sé de qué me hablas.

Bruno rio sutilmente, lo justo para que se oyera.

—Pocas horas, dinero al contado, nada de otros coches, solo monoplazas, tiempo límite. Me lleváis a una iglesia donde nadie buscaría a un tío que hace estos tratos. Vaya, blanco y en botella. ¿Crees que no leo los periódicos? Yo hablo con mi amigo, pero quiero ver una de vuestras famosas carreras. U os aseguro que no hay trato ya, ahora. No hace falta que llame a mi amigo y que lo convenza de vender un coche de dos millones por uno —se mofó Bruno, creando un silencio incómodo de meditación.

El silencio se alargó. Al otro lado del mueble, Bruno podía ver a Álvaro. Su rostro acababa de hacer unas muecas poco recomendables.

—¿Quién coño es este tío, Álvaro? ¿Un poli? —espetó el Sacerdote hacia la dirección del otro hombre—. ¿Me has traído a un puto poli?

—No, lo he controlado, no es poli. ¿Crees que soy un pardillo? Está limpio.

Bruno observaba como si estuviera en una película y sintiendo el dominio de la situación, que se estaba desmoronando bajo los pies de los otros dos.

—¿Confirmáis que son para las carreras? —dijo Bruno, apostando el todo por el todo, lo mismo que haría una jugador de la ruleta que siente una corazonada, depositando todo lo que tiene en un solo número y a un solo color —. Intentaré rebajar el precio del coche a lo que dices, como si tengo que quedarme sin mi comisión, pero solo con una condición… —acabó Bruno, y se calló.

El silencio es la mejor respuesta en una negociación. El primero que lo rompe sabe que se acerca al maldito abismo de la cesión hacia el otro.

—¿Qué coño quieres, Malatesta? —espetó el Sacerdote.

Bruno rio en sus adentros.

—Quiero estar presente.

—¿Cómo? —ladró el Sacerdote.

Bruno ya no se pudo contener e hizo una mueca sarcástica.

—Quiero ver una carrera.

19

Bruno se alejaba caminando de la iglesia.

Roma era la sala de juegos de estos individuos y él quería verla para entender lo que había sucedido y cerrar ese caso. Cuanto antes lo cerrara, antes volvería a casa.

Pero para ello necesitaba ayuda. Tenía una idea, pero no podía llevarla a cabo él solo, necesitaba a otra persona.

Luego estaba el tema del coche. Tenía que coordinar cómo hacerlo y convencer de que era la única manera para acercarse a esa maldita organización clandestina con un Sacerdote en la cúpula.

Bruno entró en el Porsche y arrancó el coche. Mientras conducía por las calles ya oscuras de Roma, la pregunta que insistía en sus pensamientos era quién demonios era ese individuo, el hombre que se escondía detrás del anonimato de un confesionario.

Aparcó el coche cerca del Circo Máximo y fue a la manzana de la comida. Igual que la noche anterior, el chiringuito de Gildo, el Porco Miseria, estaba hasta la bandera de clientes.

Se puso en la cola con la expectativa de ver el espectáculo.

La espera fue de más de veinte minutos.

—Orni, dame patatas, venga. De trufa.

—Y tú, un Porchettaro. Te he visto más rápido, venga, mueve el culete —respondió la mujer.

Cuando llegó su momento, los dos hombres se quedaron quietos, observándose por un instante. A Gildo le costó unos segundos reconocerlo, como cuando ves a alguien fuera de contexto.

—¿Qué bocadillo me recomienda, inspector? —preguntó Bruno.

Gildo juntó los dedos hacia arriba, en forma de piña y moviendo las manos en el característico movimiento italiano.

—*Porca miseria*, Bruno. *Ecco*. ¿Qué hace usted por aquí?

Bruno se giró, pero, viendo la cola, se ahorró la explicación.

—Venga, que tengo hambre.

—Yo me ocupo.

Gildo comenzó con el espectáculo que entretenía a los turistas, enseñando los bíceps y cantando de vez en cuando, tirando por detrás un bote de alguna salsa y seguido por una espátula.

Llevaba el pelo recogido con un peinado de samurái y una bandana japonesa en la frente. Debajo de un delantal tejano, una camiseta negra que daba forma a un cuerpo trabajado en el gimnasio.

Se movía con habilidad y velocidad en la cocina. Después de un rato, le pasó una bolsa de papel con varias cosas dentro.

—Bruno, este es el mejor bocadillo que has probado jamás —dijo Gildo mientras el otro cogía el botín.

—¿Qué te debo?

—Nada, invita la casa —respondió el cocinero, y levantó la mirada hacia Ornella; esta le guiñó el ojo.

Bruno fue a hablar y lo interrumpió.

—No insistas, no te vamos a dejar pagar.

—Me voy a sentar en ese banco, cuando acabes, ven, necesito hablar contigo —dijo, resignado, Bruno, y el inspector chef asintió.

Apoyó la bolsa y sacó todo lo que llevaba. Un rechoncho bocadillo, una caja de patatas chips con sal de trufa y una cerveza muy fría.

El banquete desapareció rápidamente, casi sin que Bruno se diera cuenta. No era por el hambre, sino por lo sabroso que estaba lo que salió de ese *food truck* por el que no hubiera dado ni un duro.

Esperó un rato hasta que Gildo se pudo acercar al banco.

—¿Qué? —dijo Gildo mientras se quitaba la bandana—. ¿Qué te ha parecido?

Bruno bufó.

—¡No es para tanto!

—¿Perdona?

—Sí, está bueno, pero no entiendo cómo tanta gente puede hacer media hora de cola para esto… —dijo, indicando la bolsa vacía.

Gildo rio.

—Eres un embustero, se te ve desde lejos que mientes, eso de los faroles te va muy mal… —dijo, y se sentó a su lado.

El inspector vio cómo la compañera seguía en el chiringuito, tomándose una cerveza fresca y contestando mensajes del móvil.

—¿Por qué has venido? —preguntó Gildo.

—Necesito que me eches una mano con un tema.

—¿Qué tema?

—¿Tienes una máquina de fotos?

—¿Cómo? —preguntó Gildo sin acabar de entender.

—Necesito que vengas conmigo.

—Claro, ¿mañana a primera hora?

Bruno se giró hacia el inspector.

—No, ahora.

—¿Ahora? —preguntó, extrañado.

Bruno subió una ceja.

—¿No querías que compartiera la información y que hiciéramos esto los dos? Pues ahora tienes una oportunidad, tenemos que irnos ahora y, sobre todo, con una cámara de fotos.

Gildo sonrió.

—¡Ahora! —respondió, ilusionado, luego se giró hacia la compañera—. No creo que Ornella se ponga muy contenta.

Entonces Gildo se levantó y se acercó al chiringuito. Entró por la puerta trasera.

—Bien, limpias tú la plancha y yo hago la freidora, ¿OK? —ordenó la compañera.

—Orni de mi corazón…

Ella se giró.

—¡No! —dijo al mirarlo—. ¿Te vas?

Gildo se rascó la nuca.

—Una cosa, ¿aún tienes la cámara con la que nos fuimos a Chipre juntos?

—¡Sí! ¿Por qué? —espetó, ya oliendo por dónde iba el tema.

—Es muy importante… La necesito —añadió mientras se quitaba el delantal y lo dejaba en el clavo de la pared.

—En serio me vas a dejar así… ¿con todo esto para limpiar? —dijo en un tono indignado.

Él le dio un beso en la frente.

—Es importante, si no, no me iría —dijo, y rápidamente cogió el casco y salió.

Mientras Gildo se marchaba, Ornella cogió un cuchillo y lo tiró a la tabla de cortar que estaba enganchada al lado de la puerta.

—¡Ahhh! —gritó Ornella para desahogarse.

Gildo asomó de nuevo la cabeza y miró el cuchillo.

—Caray, Orni, cada día más cerca. Ya lo dicen, la distancia del amor al odio… es solo un suspiro.

20

El Porsche llegó al aparcamiento. Los coches estacionados estaban iluminados por los faros de los otros.

Rugidos, derrape y música estremecían el distrito financiero del Eur. De día, centro de negocios. De noche, invadido por coches de jóvenes que buscaban un lugar en un mundo hecho de billetes y caballos de potencia.

Bruno se acercó al individuo que dejaba pasar. Lo reconoció del otro día.

Los dos se miraron con recelo.

—No digas nada —susurró Bruno a Gildo.

Bruno miró de soslayo al tipo.

—¿Otra vez tú? —dijo el hombre que parecía más un injerto entre un vikingo y un roble que un hombre.

—¿Algún problema? —respondió Bruno.

—No me gusta tu cara.

—A mí tampoco la tuya, pero me aguanto —espetó Bruno—. Déjame pasar y no me hagas perder tiempo.

—Pues no te voy a dejar pasar, payaso.

—¿Y por qué? —preguntó Bruno.

—Porque lo digo yo —dijo, y señaló con el dedo—. ¿Qué llevas ahí?

El hombre indicó una manta que había en el asiento del copiloto. Debajo, parecía que llevaba algo que escondía.

—A una cierta edad uno tiene frío en las piernas —mintió.

—Levanta eso. ¿Qué hay debajo?

—Es una mochila, déjalo estar.

El hombre de seguridad insistió.

—Baja del coche y enséñamelo.

—Te digo que no es nada, es mi equipaje, maldito burro —dijo Bruno mientras levantaba la manta, descubriendo una maleta de deporte—. ¿Contento?

El hombre gruñó.

—Llama a Álvaro, dile que soy Bruno Malatesta. Él te dirá que puedo entrar. Así no perderemos más tiempo. Llama, anda.

El hombre afinó la vista y lo dejó pasar a regañadientes.

—Menudo tío —dijo Gildo desde el auricular que Bruno llevaba puesto para hablar por teléfono con él.

—Es un troglodita este tío, esteroides y poca masa cerebral —dijo Bruno mientras el Porsche entraba en la congregación clandestina de coches—. Necesito que hagas fotos a los tíos que están alrededor de Álvaro, el tío que te he enseñado antes.

—Sí, estoy en posición. Te sigo con el teleobjetivo. También he hecho fotos del energúmeno, a ver si tiene un historial delictivo.

—Estate atento.

Después de llamar la atención de los jóvenes, Bruno aparcó el viejo Porsche. Desentonaba y llamaba la atención por ser una reliquia, el hombre y su coche. Una vez dejado el vehículo se fue acercando al centro de esa clandestinidad nocturna.

—Tengo que dejarte, Gildo, me voy a quitar el auricular. Te llamaré cuando esté fuera de nuevo.

—OK, suerte.

—¿Suerte? —dijo Bruno, ya con el auricular a punto de quitárselo—. La suerte es para los perdedores —espetó, y cerró la comunicación.

Álvaro estaba hablando con su gente. Cristina seguía a un lado sentada sobre un *pick-up* abierto, rodeada de otras chicas. En cuanto el jefe lo vio, se levantó de su Lamborghini verde.

Fue a darle la mano.

Bruno, con una expresión de pocos amigos, se la estrechó de vuelta.

—¿Hay novedades? —preguntó Bruno.

Álvaro, antes de contestar, lo observó asintiendo. Luego cruzó los brazos.

—El Sacerdote quiere saber qué quieres hacer.

Bruno se pasó la mano por la barbilla y miró involuntariamente hacia Gildo, donde tenía que estar fotografiándolo todo.

—Mi amigo me ha dicho que un millón es demasiado poco.

Álvaro arrugó el ceño.

—¿Cómo?

Bruno lo repitió.

—¿Y entonces? El Sacerdote no quiere pagar ni un euro más. Y cuando él dice una cosa, no cambia. Una oferta firme es una oferta firme para él.

Bruno se encogió de hombros.

—Lo conozco y no va a moverse de esa cifra, ni aunque venga el Señor en sueños.

—Mi amigo tiene razón. Esa cantidad es escandalosamente baja, pero…

—¿Pero?

—Pero lo he convencido. He eliminado mi parte.

—¿Tu parte?

—Mi comisión —especificó Bruno.

—Mi comisión no pienso quitarla, yo no trabajo gratis.

—Eso es cuestión tuya y del tal Sacerdote. Yo solo quiero estar presente en una carrera. Solo eso.

Álvaro se apoyó las manos en los costados y se acercó a Bruno. Tanto que Bruno podía adivinar por el aliento qué había cenado Álvaro.

—¿Por qué quieres estar en una carrera?

Bruno sintió el peso de la investigación en sus hombros. Si en ese momento hubiese hecho una postura o una mueca diferente, todo se habría ido al carajo y no habría salido vivo de esa congregación.

Se quedó en silencio, serio, mirando fijamente a Álvaro en el fondo de sus pupilas, intimidado por su presencia.

—Soy mecánico, un apasionado de los coches y de las carreras. Es el sueño de todos correr por una autopista con un Fórmula, sin restricciones, sin impedimentos. ¿Acaso tú no lo has hecho nunca?

Álvaro se quedó en silencio, analizando, sin pestañear, calculando qué decir.

—Sí, lo he hecho.

—¿Y?

—Es lo más. Ni Lambos ni Ferrari ni nada. Es lo más de lo más.

Bruno asintió y Álvaro dio medio paso hacia atrás.

—Por eso quiero por lo menos verlo —contestó Bruno, y esperó una respuesta.

—Pues tienes que considerar que verás una, pero necesito aquí el coche lo antes posible…

—¿Para cuándo?

—Para ayer, amigo. El sacerdote tiene una en unos días y lo necesita aquí para probarlo, modificarlo y todo lo que se tenga que hacer.

—¿Para cuándo la próxima?

—Ya te avisaré. No me has contestado. ¿Cuándo lo puedes tener aquí?

—Creo que entre mañana y pasado.

—Mejor si es mañana.

Bruno se encogió de hombros.

—No depende de mí, pero cuenta con ello, lo tendrás aquí cuanto antes.

Álvaro asintió y esbozó la primera sonrisa de la noche. Luego, le pasó el brazo por el hombro y se lo llevó hacia el *pick-up* donde estaban Cristina y las demás chicas esperándolo.

Bruno lo siguió, pero enseguida se detuvo.

—Álvaro, hoy me tengo que ir.

—¿En serio? Nos vamos a casa de un amigo que tiene muchos coches. A una fiesta.

—¡En serio! ¡Otra noche! Me tengo que ir —contestó mientras miraba a su alrededor a todos los tíos que lo rodeaban.

El jefe levantó los brazos al mismo tiempo que movía la cabeza. Un gesto más propio de una película americana de raperos.

—Lo que tú digas, amigo, tú te lo pierdes.

—Otra noche —contestó definitivamente Bruno, y le estrechó la mano.

Luego se dirigió hacia su coche, a los pocos pasos, se giró.

—Oye, Álvaro, el armario ese que tienes en la puerta, ya le vale que todas las noches me registre, ¿no?

Álvaro rio.

—Tranquilo, hablo yo con él. Matteo es buen tío. Ya sabes, perro que ladra…

Bruno entró en el Porsche y se fue del parquin. Recogió a Gildo y se marcharon.

—¿Las tienes?

—Las tengo todas, tengo fotos de todos los individuos de esa reunión. Mañana las miramos. Si tenemos a alguien con antecedentes, lo vamos a pillar.

Bruno dio un suspiro y aceleró. La noche romana era joven para algunos, pero él tenía que dormir y estar fresco al día siguiente. En tan solo veinticuatro horas de investigación, ya habían descubierto muchas pistas para seguir.

21

El primer café es el más importante. La mañana puede empezar bien o mal en Italia tan solo con un buen o un mal café.

La humedad de las calles adoquinadas se comenzaba a notar en el aire. El sol aparecía entre los viejos edificios de Roma. El calor mañanero delataba que ese día iba a ser caluroso.

Bruno estaba sentado en la mesa donde habitualmente se sentaba Gildo.

El primer café que Marzia le había llevado había sido sublime. El Lettere Caffè era un oasis de cafeína.

A Bruno le dio tiempo de repasar todo lo que había sucedido esos días hasta que, al segundo *espresso* de Marzia, el sonido de una vieja Vespa se adentró por las angostas calles del Trastevere.

Gildo aparcó en el lugar habitual y se quitó el casco.

Se acercó a la mesa donde lo esperaba Bruno, que le indicó que se sentara.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

El inspector se presentó con una camisa de flores debajo de una chaquetilla de color azul. Tenía un estampado de color naranja con unos arcoíris enormes y unas palmeras verdes. Al cuello, una cadena con la placa colgada y unas ojeras que podían despertar la envidia de un panda.

—Molido —respondió Gildo mientras le hacía un gesto a Marzia.

—¿Molido? ¿Ya de buena mañana?

—Anoche me quedé hasta casi la madrugada.

—¿Y eso?

—Busqué a todos los tipos de las fotos.

Bruno subió las cejas.

—¿En serio?

Gildo agradeció que la camarera le llevase enseguida su desayuno, un *cappuccino* cargado y un cruasán de mermelada, humeante, recién sacado del horno.

Gildo lo introdujo en la taza y se quedó impregnado de la dulce crema de leche.

—¿Cuándo llega el coche? —preguntó el inspector justo antes de meterse el bollo en la boca.

—Esta noche.

Gildo abrió los ojos de par en par.

—¿Ya? —preguntó, asombrado.

—Nosotros, los del norte, trabajamos rápido. ¿Qué te crees?

El policía puso los ojos en blanco.

—Muy simpático, Bruno.

—Sí, rápidos y cabezas cuadradas, como los nórdicos.

Acabaron de desayunar y se fueron a la oficina de Gildo.

En cuanto pisaron el pasillo, el comisario Esposito les gritó desde su despacho. Gildo abrió la puerta, un olor a tabaco insoportable flotaba en el ambiente y no era un viejo olor, sino reciente.

—A Erme, A Bruno, pasad.

Las ventanas estaban abiertas, intentando disimular la costumbre del comisario.

—Buenos días, comisario —respondió Gildo.

—¿Cómo van las investigaciones?

Gildo le explicó lo que habían descubierto y los nuevos pasos.

—Ya me habían dicho que eras un *crack*, Bruno —dijo el comisario, mirando a Gildo—. Tienes que aprender de personas así, Gildo.

Bruno arrugó el ceño y esperó a que el comisario acabase.

—Gildo, la gente como Malatesta son un orgullo para el cuerpo de policía y para Italia entera. ¿Conoces el caso Ferrari?

—Comisario, me lo explicó durante una mañana entera hace dos días. Por favor, tenemos trabajo —dijo con recelo.

—Pues sí, tienes que aprender de él. Y de su padre. Aunque no haya venido, sin ellos…

—Comisario —interrumpió Bruno, llamando la atención del superior—. Gildo es un excelente inspector y se lo va a demostrar. Sin él, no estaríamos a este nivel de la investigación. Solemos valorar más lo que viene de fuera que lo que tenemos en casa. Se lo digo con el debido respeto —dijo, y se levantó.

—¿Dónde va? —preguntó el comisario—. No he terminado.

—Yo sí, y Gildo también. Nos vamos a trabajar. Le dejamos fumando, sin problemas, si hay más novedades, ya le informaremos.

El comisario se quedó unos instantes sin palabras, el tiempo justo para que los dos se levantasen.

—Pero, Gildo…

—Tiene razón, jefe, tenemos mucho trabajo. Estamos al otro lado —dijo Gildo, y Bruno cerró la puerta.

Cruzaron el pasillo y se sentaron frente al escritorio de Gildo. El investigador abrió un cajón y sacó una carpeta.

—Anoche descubrí que el tal Álvaro no tiene antecedentes. Álvaro Mendoza, argentino, vive en Italia desde hace unos cinco años. *Influencer* y negocios varios. Hostelería, venta en internet de productos… —dijo mientras sacaba los informes—. Nada del otro mundo.

—Pero con estos números no te compras un Lamborghini último modelo, y menos, el parque de coches que tiene en su casa —puntualizó Bruno—. Este tío tiene más de lo que declara.

Se quedaron los dos mirando los papeles y las fotos que Gildo, desde la distancia, había realizado mientras Bruno hablaba con él.

—Bueno, seguimos.

Gildo apartó lo que acababan de ver y sacó el siguiente. Un hombre que estaba hablando con Álvaro justo antes de que apareciera Bruno.

—Davide Termine. Una pieza. Un tío con un historial tan largo como su barba —dijo Gildo mientras indicaba la foto en la que aparecía un hombre joven, motero, algo hípster, barba larga y bigotes finos hacia arriba, camiseta oscura con un dibujo de unos pistones cruzados—. Treinta años, con delitos menores pero plurirreincidente. Hurtos, allanamientos de morada, atraco a una gasolinera a mano armada, etc.

Bruno miraba los papeles de los delitos.

—A este tío lo he visto, es uno que sigue a Álvaro. Es uno de su séquito. El día que fui a su casa estaba allí también —comentó Bruno, y dejó las fotos—. ¿Qué más?

—Cristina Garza —dijo Gildo, y le dio las fotos.

Al cogerlas, Bruno se echó hacia atrás. Gildo lo vio.

—¿Qué? —preguntó el inspector.

—No me esperaba que le hicieras fotos a ella.

—¿Por qué?

—Da igual, sigue.

Gildo arrugó las cejas.

—Cristina Garza. Sin trabajo, sigue empadronada en casa de sus padres en Milán y sin nada. Solo algún pequeño delito de hurto, poca cosa. La verdad es que la chica no está nada mal… —dijo Gildo, mirando las fotos.

—Por eso es la chica del jefe, supongo —dijo Bruno—. Pero…

—¿Pero?

—Que Cristina es mucho más inteligente de lo que crees.

—¿La conoces?

—Es la hija de un amigo.

—¿Amigo?

—Un amigo que conocí en Stuttgart, éramos compañeros en la academia de Porsche. Allí nos conocimos, fui su padrino de bodas y luego llegó Cristina. Guapa e inteligente. Pero les perdí la pista y de ella no supe nada más hasta la otra noche.

—Pues ya ves, aquí la tienes. La novia de un cabecilla de poca monta.

Bruno se quedó en silencio mirando fijamente a la chica rubia. Una belleza que no dejaba indiferente. Los recuerdos le pasaron por delante, como un carrusel de imágenes y voces que venían de algún lugar recóndito de la mente.

Al cabo de unos instantes, las dejó en la mesa.

—¿Qué más? —preguntó Bruno.

El policía ya tenía listos los siguientes informes. Le enseñó lo demás que había preparado. Otros chicos que había a su alrededor: Mario Tarro, un exconvicto, por lo que parecía, rehabilitado; Alberto Dado y Roberto Boscolotto. Todos piezas de poca monta, hombres que satelizaban alrededor de Álvaro, pero que en el olfato investigativo resaltaban con poca importancia.

Hasta que llegaron a una foto que llamó la atención de Bruno. Clavó el dedo en la foto.

—Este —espetó—. ¿Este quién es?

Gildo sonrió.

—Aquí viene la purria de la estela de nuestro amigo Álvaro. Matteo Martini, mecánico y con muchos antecedentes.

Bruno cogió la foto y lo miró de cerca.

—Este puede ser nuestro hombre.

22

Bruno reconoció al hombre que aparecía en la foto. Lo conocía muy bien. Matteo Martini era el troglodita de la entrada.

No había pensado en él. Gildo había tenido olfato, intuición, eso que solo los policías tienen. No inteligencia, ni siquiera inexperiencia fruto del azar, no. Olfato. Un verdadero sabueso hace lo que le parece, que suele ser más de lo que le indican. Se sale de los cánones y de los raíles de lo establecido.

Gildo tenía la orden de hacer fotos a los que estaban alrededor de Álvaro, no al portero de discoteca que no dejaba pasar a todo el mundo.

En la foto aparecía el hombre apoyado en el techo del Porsche mientras le hablaba la noche anterior.

—Mecánico de escuela. Realizó los cursos profesionales y se metió en una banda de atracadores. Era el conductor. Luego pasó por varias cárceles de la región y, en cuanto salía, volvía dentro por hurtos o venta de material robado. Un buen chico —especificó Gildo.

—Ya, un buen chico. Un armario de esteroides en el séquito de Álvaro. Este puede ser nuestro hombre. El mecánico de las carreras y que cortó los frenos de Lazzaro.

—¿Tú crees?

—Es lo que podemos creer. Un mecánico sabe qué hacer con un coche y que parezca un accidente. Tendremos que seguirlo de cerca.

—Ya. Podríamos poner una patrulla a seguirlo.

Bruno se lo pensó.

—¿El comisario lo aprobaría? —preguntó Bruno.

Gildo pensó un rato.

—Se lo podemos preguntar. Pero… ¿y si se percata?

—Si se percata, es un marrón, se nos puede caer la operación —respondió Bruno, y se apoyó en el respaldo de la silla; luego, subió los brazos—. Creo que no hará falta.

—¿No? ¿En serio?

—Si es nuestro hombre, estará en la carrera clandestina. Lo pillaremos allí o ya veremos.

Gildo asintió.

—¿Alguien más? —preguntó de nuevo Bruno, incorporándose.

Gildo le enseñó un par de personas más de las que no había encontrado nada.

—Te has currado un montón este trabajo. Me puedo imaginar la búsqueda y el tiempo que le has dedicado.

—Bueno, ahora nuestros ordenadores con reconocimiento facial están cada día más avanzados. La inteligencia artificial nos inunda, tanto para el bien como para el mal…

Bruno dejó los papeles y se levantó. Miró por la ventana, se veía el patio interior donde se aparcaban los coches. La ligera brisa le llevaba olores diversos: azahar, salitre y muchos más. Una mezcla efervescente de finales de la primavera.

—Lo que sí deberíamos pedir al jefe es que nos pinchen el teléfono de Álvaro Mendoza. Eso sería muy importante —dijo Bruno—. ¿Crees que lo permitirá?

Gildo se encogió de hombros.

—Creo, habrá que probarlo.

—¿Te ocupas tú? —preguntó Bruno.

Gildo dio un golpe a la mesa con los nudillos. Cogió toda la información sobre Álvaro y se fue hacia el despacho del jefe.

Bruno se sentó en la ventana. Sacó el móvil. En el protector de pantalla estaba ella. La foto de la mujer que había amado y que el destino le había arrebatado: Rita. Era una foto de Málaga, en una excursión de fin de semana. Aparecía de espaldas y girándose. Bruno recordaba ese momento como si hubiese sido el día anterior. Se giraba en la foto porque él la había llamado. La pelirroja estaba iluminada por la luz cálida del atardecer, en un fondo de casas blancas cerca del mar Mediterráneo.

Buscó el contacto de su padre y lo llamó.

—Papá, ¿cómo estás?

—Aquí, con tu madre —dijo él—. ¿Y tú, cómo va la caza por Roma?

—Va avanzando. ¿Has hecho eso?

—Sí, ya está de camino. No sabes lo que nos ha costado sacarlo de la aduana.

—Me lo imagino, pero sin eso no podíamos avanzar.

—Prométeme que no lo vas a conducir.

—¡Qué dices! Jamás lo haría. Yo estuve allí, ni se me ocurriría. —Del otro lado del aparato no se escuchó nada, solo respirar—. Cuenta con ello, papá.

—Gracias. Eso es un ataúd con ruedas. Yo creo que en unas horas ya estará por Roma, te avisarán. Tienen tu teléfono.

—Gracias, ahora te tengo que dejar. Se me está haciendo tarde.

—OK, ve informándome —concluyó el excomisario Malatesta, y colgó.

A los pocos minutos, Gildo regresó al despacho.

—¿Y bien? —preguntó Bruno.

—Parece que lo pedirá al juez, en unos días lo tendremos.

Bruno se pasó la mano por la cabeza.

—¿En serio? ¿En unos días?

Gildo se encogió de hombros.

—Es la praxis, dice Er Bufa. No podemos hacer nada, el juez tiene mucho trabajo y tiene que seguir unos protocolos.

«Me los pasaría por dónde sé yo los protocolos», pensó Bruno. Luego suspiró.

—Esta noche llega a Roma.

—¿En serio? ¿Confirmado?

—Parece que sí —asintió Bruno, y su estómago emitió un sonido que parecía un cuerno de guerra—. Creo que tengo hambre.

—Justo eso te quería preguntar.

—¿Qué pasa?

—He quedado con una persona para comer…

Bruno arrugó el ceño.

—Ah, claro, claro, vete, sin problemas. Me voy aquí abajo a comerme un bocadillo —dijo, haciendo un gesto con la mano.

—No, he quedado para comer con mi madre y me ha dicho que, si quieres, estás invitado.

A Bruno le costó entenderlo y sentirse invitado por la madre del investigador.

—¿Yo? ¿En serio?

Gildo asintió.

—No es nada del otro mundo, no es un restaurante tres estrellas Michelin, pero se come muy bien.

Bruno se quedó unos segundos en silencio.

—Si no quieres, no pasa nada, de verdad —añadió Gildo.

—Sí, claro, será un placer.

Los dos bajaron y se fueron al Porsche. Cuando Bruno fue a abrirlo, Gildo le acercó un casco.

—¿Cómo? —preguntó Bruno, mirando el chisme.

—Póntelo, vamos con mi Vespa.

—¿Perdona?

—Sí. Donde vamos, no hay aparcamiento, con tu coche, no llegaríamos donde vive mi madre.

Bruno se extrañó, pero se puso el casco y subió a la vieja Vespa, dejándose llevar por esa aventura gastronómica romana.

23

«Roma, *la città eterna*», pensaba Bruno.

El zumbido del pequeño motor y el olor de la mala combustión de la Vespa despertaban en Bruno recuerdos de su infancia cuando se detenían en los semáforos.

Hacía décadas que no iba de «paquete» en una Vespa 125 Primavera.

Solía ir con los amigos por la campiña de Módena. Ese amasijo de mecánica barata y rueditas había sido en su momento símbolo de estatus y emblema de la independencia.

Entre bache y bache recordaba anécdotas de cuando en su lejana juventud también él tuvo una. Las carreras con amigos. Las citas con las amigas especiales. Las vacaciones.

¿Cómo podía olvidar esa ocasión en la que se fue con unos amigos en pleno agosto, desde Módena hasta la costa del Adriático?

Bruno sonrió mientras cruzaban el puente del Trastevere.

¿Cómo podía haber olvidado aquella aventura? Pues se dio cuenta de que lo había hecho.

Casi habían fundido el motor en esa excursión de más de ciento cincuenta kilómetros. Querían llegar a toda costa a Rimini, la ciudad de moda, de la noche, de la diversión.

La moto pasó por delante del monumento a Vittorio Emmanuele II, un edificio blanco con una gran escalera que llegaba hasta la parte más alta, donde se guarda una llama que nunca se apaga.

Dieron la vuelta por la plaza y regresaron los adoquines, y con ellos, la Via del Corso.

—¿Todo bien? —preguntó Gildo.

—El culo.

—¿Qué le pasa?

—Estas malditas calles. Qué pasa, ¿no podéis asfaltarlas como el resto de las calles de Italia?

—¿Qué dices? —se sorprendió Gildo mientras con la mano izquierda juntaba los dedos hacia arriba, haciendo el típico movimiento italiano—. Es lo bonito de esta ciudad, los turistas —indicó a la masa de extranjeros por esa calle—, las calles, los monumentos, la comida. Todo hace Roma.

—Creo que lo dices porque nunca has ido de paquete en esta moto. Este sillín es más duro que un maldito bloque de mármol.

—Exagerado.

—¿Sí? A la vuelta, te vienes tú aquí detrás —contestó Bruno.

—Nada, no es para tanto, ya estamos llegando —dijo Gildo, reduciendo la velocidad y metiéndose por un callejón a la derecha.

El pequeño ciclomotor recorría una calle peatonal. El ruido de la moto avanzaba a bajas revoluciones entre las personas que, en parte, no se extrañaban por ser esa ciudad.

—Roma es esto. Como la frase de *El Gatopardo*: «Cambiar todo para que nada cambie». Así es Roma —concluyó Gildo, y apagó el motor—. Listo, baja.

Bruno bajó del sillín y miró a su alrededor. Una calle como muchas, del centro. Por el lado que habían llegado, se veía la Via del Corso, por el otro, el Panteón, la iglesia pagana de la Roma Imperial.

—Aquí vive mi madre —indicó Gildo, levantando la barbilla.

Luego cerró la Vespa y se dirigió a la puerta del edificio.

—¿No tienes miedo de que te la roben o se la lleve la policía?

Gildo rio y le puso una mano en el hombro.

—Bruno, estamos en Roma. Ningún policía llamaría a la grúa para el vehículo de un compañero —dijo, indicando una pegatina con el símbolo de la policía—. Y ningún chorizo se atrevería, se iría directo a la prisión, aunque fuera solo por mi moto.

Bruno pensó que el discurso era más apropiado de un mafioso que de un inspector.

Subieron las escaleras hasta el tercer piso. Gildo abrió la puerta.

Bruno sintió que entraba en un mundo paralelo. El inspector dejó los dos cascos y las llaves en un silloncito del recibidor.

—Cierra la puerta —gritó Gildo para que Bruno lo pudiera escuchar; en el interior, la música estaba altísima.

Sonaba una ópera de Pavarotti, *La Tosca*.

Al segundo paso, el olor a tomate y albahaca penetró en las narices de Bruno. Recordó el aroma a hogar, a su abuela, a los guisos de la *mamma* de su madre.

Bruno, sin muchas palabras, se sintió en casa a pesar de estar a setecientos kilómetros de su tierra.

Las cortinas de la sala de estar bailaban al son de la música. Del otro lado, un edifico de centenares de años miraba dentro, a distancia pero expectante.

Gildo había desaparecido en la cocina y Bruno se quedó quieto.

Del otro lado del sofá, estaba la RAI, la televisión nacional. El telediario enunciaba las noticias más importantes en vano, sin espectadores, sin audio.

Teresa apareció detrás de Gildo con dos vasos de vino.

—Bruno, *¿cóme stai?* —preguntó la mujer, risueña, como si fuera un compañero de colegio del hijo o un viejo amigo mientras le acercaba una copa de vino tinto—. Dame un abrazo.

Bruno no se sintió incómodo. Abrazó a la señora con aires de haber sido siempre la *mamma* de todos.

—Encantado, señora.

—Señora nada —dijo, e hizo un ademán como que acababa de decir una tontería—. Llámame Teresa.

Su copa encontró la suya y tintinearon para brindar. La mujer bebió y el invitado también.

A través del cristal teñido de rojo, vio a la señora que transmitía el calor de una familia italiana, feliz, alegre, a lo mejor ayudada por la botella de vino. Llevaba un moño de pelo casi blanco. Un delantal que cubría una camisa y un tejano anchos para esconder una silueta que ya difería mucho de la que tenía en las fotos colgadas en la pared.

—Bruno, ¿tienes hambre? —preguntó ella.

—Bueno…

—Perfecto, espero que sí, porque te he preparado muchas cosas buenas.

Bruno se abrumó cuando entró en la cocina. Una olla con agua hirviendo y una sartén enorme que contenía una burbujeante salsa de tomate.

En la ventana de la cocina se veían unas plantitas. Bruno se acercó. Era un microhuerto urbano apoyado en el alféizar. Donde los demás tenían geranios y margaritas, Teresa Falcone tenía su huertito.

—Es mi pasión, Bruno, la cocina y la cultura —dijo mientras olía una hoja de romero del tiesto.

—Yo me acuerdo que mi madre se quedaba embobada cuando usted salía en la televisión. Cuando he visto las fotos, no me lo podía imaginar. Ahora sé quién es usted.

La mujer volvió a hacer el mismo gesto con la mano.

—Bobadas, eso fue hace tanto tiempo que ya ni me acuerdo. Ahora soy esto, un ama de casa que solo desea abrir una botella de vino, leer un buen libro y esperar a que venga Gildo a comer.

—A pesar de que olvidemos nuestro pasado, él no se olvida de nosotros. Esas fotos lo acreditan —dijo, indicándolas con la copa.

—La verdad es que mi madre fue una de las presentadoras de la vieja guardia.

—Ahora entiendo de quién has heredado la pasión por la cocina —dijo Bruno, y Gildo abrazó a su madre—. ¿Ha probado sus bocadillos? Son tremendos y la cola de gente que quiere comerlos…

—Eso no es cocina, bobadas. Esto sí lo es —interrumpió, acercándose a la sartén y oliendo la salsa que esperaba a que se acabaran de hacer los espagueti —. Esto sí, el resto es prostitución culinaria. *Food truck*, bocadillos y no sé qué cosas…

Entonces el temporizador sonó.

—Venga, todos fuera de mi cocina, la pasta está lista —dijo Teresa, y con un gesto rápido, los echó de su reino—. Sentaos, que saco la pasta. Hoy he cocinado un experimento, una vieja receta de mi padre.

24

Una gota de salsa de tomarte cayó en la camiseta de Bruno.

No le importó, la pasta estaba demasiado buena.

Hacía mucho tiempo que no probaba algo tan sublime. No dio más enhorabuenas por no parecer un pelota, pero eso era digno de una chef Michelin.

Los espagueti con pulpo y salsa de tomate eran de los mejores que había probado.

—¿Qué hacían tus padres? —preguntó ella entre bocado y bocado.

Bruno explicó que su padre era el comisario de Módena y que uno de sus casos más sonados fue la liberación en el secuestro Ferrari.

Teresa se acordaba perfectamente, Italia estuvo compungida hasta que lo liberaron.

—Tu padre es un hombre de ley, seguro que a Gildo le habría gustado conocerlo —dijo la madre—. Tiene que ser un gran hombre.

—Sí lo es.

—¿Ahora sigue ejerciendo?

—Algo hace, ayuda desde fuera. Hubiera venido él para un tema que tenemos, pero tengo a mi madre no muy fina…

Teresa se entristeció.

—Cosas que pasan —añadió Bruno—. Pero cada día más, mi padre está en contra de este gobierno que está politizando a la policía. Antes la policía era libre, ahora depende cada día más de la política y de una dirección, sobre todo, en los últimos gobiernos.

—Es una vergüenza, este país se va a la deriva —dijo la madre, y Gildo se pasó la mano por la cara; había tocado el único tema intocable—. Cada día hay

más delincuentes por las calles y cada día hay más delitos. No se puede vivir así, y la policía no puede hacer nada, los cogen y los tienen que soltar.

—¿Podemos cambiar de tema? —preguntó Gildo.

—Estoy indignada. Este mundo es una vergüenza. Esta Italia no es como la de los años ochenta. Esa sí que lo era. Esta es un espectro tricolor que no vale nada.

—*Mamma*, no empieces.

—No me digas lo que tengo que hacer. Estoy en mi casa y vas a escuchar lo que digo —espetó la madre mientras Bruno reía por dentro porque eran los mismos discursos de su abuelo—. La señora del segundo y yo pensamos igual, esto se va a la mierda.

En ese momento sonó otra vez un temporizador en la cocina.

—En fin, luego sigo explicándote, Bruno —dijo ella, acabó un dedo de vino que quedaba en la copa y se levantó.

—¿Adónde va? —preguntó Bruno.

—A buscar el segundo plato.

Bruno abrió los ojos de par en par, sin dar crédito a lo que escuchaba.

—Pero si la cantidad de espagueti de uno era para dos personas.

Entonces Teresa entró con una bandeja de horno humeante. En el comedor se difundió un olor a pescado y patatas.

—Atún rojo a la siciliana —dijo con un tono orgulloso y con los ojos llenos de alegría por cómo le había salido—. Dame el plato, Bruno.

El invitado obedeció, levantando una ceja con recelo.

—Un buen trozo de este *meraviglioso* atún que he ido a comprar yo misma al mercado —canturreó mientras le ponía una abundante porción.

Después cogió el plato de Gildo y le puso la misma cantidad.

—Para ti un poquito más pequeño, pero con un poco más de patatas, que estás en los huesos, hijo.

Gildo se tapó con la mano, como si se estuviera escondiendo y avergonzando de la situación. Luego, cuando ya tuvo de nuevo delante de sí mismo el plato, miró de reojo al compañero.

Al final, Teresa se puso un trozo microscópico de atún en su plato.

—¿Y tú, mama? —preguntó Gildo—. Tú casi no tienes, coge del mío.

—No, no —dijo, alargando una mano e impidiendo que se acercara con el plato—. Yo no tengo hambre, yo cocino y no tengo hambre.

—Claro, porque vas bebiendo vino.

—Yo voy probando para que todo esté bueno y así se me va el hambre —respondió, algo molesta.

—Señora Teresa…

—Teresa, por favor.

Bruno hizo un sonido gutural.

—Teresa, ¿quién más viene a comer? Ha hecho para un equipo de fútbol —dijo con un tono que rozaba el temor para que no se lo tomara mal.

—Pero qué dices, Bruno, solo para vosotros. ¿No os veis? Estáis demacrados. Tenéis que comer más. Los jóvenes de hoy en día no coméis, es que no os entiendo —dijo la señora.

Bruno partió el atún, en el centro aún estaba tierno. Probó la guarnición, patatas, romero, aceitunas negras y tomatitos cherri. Su expresión ya lo decía todo.

—¿Un poco más de vino, Bruno? —preguntó la mujer.

—No, gracias, ahora nos volvemos a trabajar, si fuera un sábado, con mucho gusto.

El invitado levantó la cabeza mientras disfrutaba del plato. El piso, en pleno centro, era un museo de fotos de la mujer, la mayoría en blanco y negro y alguna en color. Algunas también con Gildo de niño y el que debía ser su exmarido.

La música, que venía de la cocina de algún altavoz, daba un sentido de teatralidad a la comida. Los muebles estaban pasados de moda, pero en el ambiente no desentonaban. Un apartamento como aquel, en esa calle, tenía que valer una fortuna.

—¿Se vive bien aquí? —preguntó Bruno.

—Sí, pero cada día somos menos.

—¿A qué se refiere?

—Pues que cada día se va muriendo más gente como yo y los pisos los heredan y los convierten en pisos turísticos —dijo la mujer, y bebió un trago de vino—. Arriba tengo uno, uno abajo. Casi nos hemos quedado solo la mujer del segundo piso y yo.

—Sí, creo que es la condena de nuestras ciudades.

—Puede ser, pero es una vergüenza, estamos perdiendo el espíritu de nuestra nación.

Gildo encogió los hombros.

—*Mamma*, me has puesto demasiado. No puedo más —se quejó, ya comiendo el último trozo.

—Pues deja espacio, que falta el dulce.

—No, señora, no puedo más, después de esto, no puedo más —dijo Bruno.

—¿Cómo te vas a ir sin probar mi *pannacotta*? —exclamó ella, y se levantó de la mesa.

Regresó con unos cuencos con el postre.

Las miradas de Bruno a Gildo parecían las de una rana, con los ojos a punto de salir por lo llenos que estaban.

Bruno, por educación, comió hasta el último pedazo de postre. Luego se replegó en la silla, apoyando las manos en la barriga.

—No puedo más —dijo Bruno.

—No me lo puedo creer, hombres como vosotros y no coméis nada.

—En fin, *mamma*, nos vamos.

—Un placer, señora.

—Gracias por ayudar a mi hijo.

—Un placer. Gracias a él.

—¡Ya! Es una lástima —dijo ella.

—¿Lástima? —preguntó Bruno.

—Sí, que se haya metido a agente de policía y no hubiera seguido de chef.

—Inspector, *mamma*, no agente.

—Eso, lo que sea —dijo ella ya delante de la puerta—. Es una lástima igualmente. Escúchame, —insistió, cogiéndolo por las solapas de la chaquetilla cortaviento que se ponía para ir en moto—. ¿Quieres un túper para cenar? Que seguro que comes cualquier cosa, o barritas energéticas de esas.

—No, gracias, *mamma*, nos tenemos que ir.

—Pero, hijo, ¿no llevas la camiseta imperio debajo? —espetó con tono de sorpresa y angustia—. Vas a coger un catarro.

—El catarro es un virus, *mamma*, lo puedo pillar con o sin la camiseta debajo de mi camisa —dijo, le dio un beso en la frente y salió.

Bruno la saludó y le dio las gracias.

Fueron bajando por las escaleras.

—He comido tanto que necesitaría caminar hasta la comisaría —dijo Bruno.

—Ya, yo también lo necesitaría.

Llegaron al portal. Gildo abrió y Bruno dio el primer paso fuera, vio cómo un hombre de negro le apuntaba con un arma.

Dio un paso hacia atrás al mismo tiempo que cogía a Gildo y se tiraba al suelo.

Se escuchó el estruendo de varias detonaciones de pistola, rompiendo la tranquilidad del barrio. Después, el ruido de una moto que se iba a toda velocidad.

25

El ruido de la motocicleta de gran cilindrada se esfumó por las calles del centro.

En la estrecha calle solo quedó el miedo y la consternación de los turistas que corrían en direcciones confusas, como electrones dispersos.

Bruno se levantó y asomó la cabeza. La moto negra con los dos ocupantes ya se había esfumado. El ruido del motor ya se estaba disipando entre las calles. Era tarde para pedir refuerzos.

—¿Estás bien? —preguntó Bruno, buscando los impactos de las balas.

Gildo se miró, sin entender aún lo que había pasado.

—Sí. Creo que sí, creo que estoy bien —dijo, mirándose el cuerpo—. ¿Y tú, estás bien? —preguntó a su vez.

Los dos se levantaron.

Un señor salió de una ventana del edificio de enfrente, asustado.

—¡Llamad a la policía! —gritó.

Gildo le enseñó la placa.

—La policía ya está aquí. No hace falta llamarla. Entre en su casa, no ha pasado nada —mintió Gildo.

—Mira lo que nos han dejado —dijo Bruno, indicando en la puerta una bala enganchada con celo.

Gildo, después de verla, miró su Vespa. Las ruedas estaban sin aire, tocando el suelo, rajadas con un visible corte de navaja.

—Menuda mierda —dijo, señalando los neumáticos.

Bruno salió, su expresión era visiblemente preocupada. No tanto por todo lo que había sucedido en segundos, sino buscando los impactos de las balas.

—Gildo, aquí no hay rastro, eran disparos de fogueo… —dijo Bruno.

Gildo se rio.

—Era una advertencia.

—Si hubiesen querido, nos habrían matado. Así que será mejor que tengamos precaución.

—Eso solo tiene una explicación.

Gildo arqueó las cejas.

—Que estamos en la dirección correcta.

—Ya, ¿pero quién nos ha descubierto?

Bruno miró la bala que estaba enganchada en la puerta al más puro estilo mafioso. Un aviso en toda regla.

—¿Crees que la operación está en peligro?

—Da igual —dijo Bruno—. Hay que seguir. No tenemos tiempo de hacernos preguntas.

Esperaron a que llegaran los compañeros de la científica y se llevaron a un taller la Vespa para arreglarla. Cuando pudieron marcharse, optaron por ir caminando hasta la comisaría, al final, solo era un paseo de casi cuarenta minutos.

Bajaron por Via Torre Argentina y siguieron caminando por el centro, por la Via Arenula, hasta llegar al río Tevere y seguir por el camino que lo bordeaba.

Hablaron de posibilidades y a quién habían pisado los pies.

—¿Ves?, ¿no querías caminar? Alguien de allí arriba te ha escuchado y te ha concedido tu deseo.

—Bueno, de una forma algo diferente a como pensaba yo.

—Ya, pero no especificaste cómo, así que lo hicieron de la manera que han sabido.

—He comido demasiado.

—Es normal, tranquilo. Así es mi madre. Espero que las ruedas de tu coche no estén en el suelo como las de mi Vespa.

—Ojalá, eso querría decir que tendríamos una imagen del tipo que lo ha hecho.

—Y la matrícula de la moto.

—Bueno, la buscarán, pero seguro que es falsa o inventada o vete a saber… —se lamentó Bruno.

—Esos ya están en Nápoles, ya no los pillaremos. Seguro.

—No son los problemas más importantes, sino quien los envió —dijo Bruno mientras miraba el lecho del río que recorría la ciudad.

El sol caía a plomo a esa hora. Gildo se quitó la chaquetilla y la sujetó encima de un hombro.

El paseo se hizo caluroso, pero ayudó a digerir y a esclarecer las ideas que, como en una pizarra, fueron desplegando hasta llegar a la comisaría del Trastevere.

El Porsche estaba intacto, las ruedas estaban tal y como las habían dejado. Entraron en el bar a por un refrigerio.

Cuando estaban explicando a Marzia el motivo del paseo forzado, Bruno recibió un mensaje.

El coche había llegado.

Bruno se lo dijo al investigador, que seguía perplejo y desconcertado por el plan.

Subieron en el coche de Bruno y se fueron directos al depósito de coches que le habían indicado. El Fórmula 1, o mejor dicho, el cebo, los estaba esperando.

26

El Porsche entró en una zona industrial de las afueras de Roma.

El GPS indicaba una nave cerrada vallada por una zanja. En cuanto paró delante, envió un mensaje. Entonces salió un señor que Bruno nunca había visto y le abrió sacando la llave de un enorme llavero repleto.

Metió el coche por un portón del edificio abandonado. Al entrar, vio un camión en su interior. Aparcó y bajaron.

A Gildo no se lo veía acostumbrado a esas cosas. Era normal, no hacía mucho que había salido de la academia y esos chanchullos, tratos y temas raros eran extraños para él y casi un tabú.

Bruno se acercó al hombre que le había abierto y le estrechó la mano.

—¿Bruno Malatesta? Soy el contacto.

Bruno no preguntó, solo recordó lo que le habían dicho su padre y el comisario en una llamada anterior: «El hombre que irá nunca habrá ido, ni el coche habrá estado nunca en Roma». Recordó también que el coche debía volver a casa o tendrían un problema. Pero ese era la última de sus preocupaciones.

—Bruno Malatesta y el inspector Falcone —se presentó Bruno.

—Venid —ordenó sin más miramientos.

Los dos lo siguieron al centro del espacio. En el suelo, las marcas de los neumáticos del camión de gran tonelaje en medio de tanto polvo demostraban que el inmueble estaba abandonado desde hacía mucho tiempo.

Los pasos retumbaban en las paredes y en el techo. El olor a cerrado, polvo y humedad combinaban en el aire.

El hombre se detuvo a un lado del camión de una empresa de mudanzas: Traslochi Loschi. Varese.

—¿Varese? ¿Viene usted de la ciudad de Varese? —preguntó el inspector, rompiendo las reglas del anonimato.

Bruno puso los ojos en blanco.

El hombre se giró dejando lo que hacía.

—Shhh —dijo con el índice delante de la boca.

Entonces accionó unos mandos en una consola y la plancha posterior se desplegó hacia abajo, en un movimiento horario. Cuando estuvo en posición vertical, llegó hasta el suelo. Los hombres se subieron en ella y, con unos mandos inalámbricos, el contacto subió de nuevo la plataforma. De repente, a los tres hombres se les presentó la bestia, el monoplaza que necesitaban.

—Madre mía, es precioso —admiró Bruno.

Gildo no acabó de entender nada de todo eso.

Bruno se acercó al coche. Lo tocó, lo sintió, lo acarició como se acaricia a un felino de dimensiones bíblicas.

—Está a punto de correr, lo podrías meter ahora mismo en un circuito y correr como si no hubiese un mañana —dijo el transportista—. Solo falta gasolina.

—¿Alguien piensa decirme qué narices pasa aquí? —espetó Gildo, algo enfadado porque no entendía nada.

Bruno se levantó y fue hacia el compañero.

—Este coche fue confiscado por la policía en la frontera con Suiza. Es un Fórmula 1, Ferrari de Gilles Villeneuve del 1981 —explicó Bruno, y al mirar al chófer, se aclaró la voz—. Bueno, quiero decir, es una réplica.

—¿Una réplica? ¿Qué narices dices? Se ve superbién.

Bruno suspiró.

—Verás, no lo sabemos con certeza, pero este coche se le atribuye a Fulvio Volta. Antes de morir y que volara por los aires su taller de falsificación, creemos que salió este coche. Yo recuerdo haberlo visto unos momentos antes de que explotara.

—¿Cómo? ¿Que has visto este coche? Pero si el taller explotó, ¿cómo viste este coche?

—Sí, verás. Lo que hacía Fulvio Volta era coger un coche y serrarlo en dos. Luego reconstruía una mitad igual del otro lado. Así, por el precio de un coche histórico, tenía dos.

—¿Y este?

—Pues este, seguramente una parte, desde el centro a la derecha o a la izquierda es falso, pero la otra parte es la original.

Gildo sacudió la cabeza.

—No entiendo.

—Da igual. Este coche es falso y lo tenemos como cebo para pillar a la banda de las carreras ilegales —concluyó Bruno.

Gildo, que observaba el coche, levantó la mirada hacia el hombre, que aún no había dicho una sola palabra.

—¿Comprendes?

—Pero se ve perfecto —dijo Gildo, señalando el monoplaza, y se agachó para ver el habitáculo.

—Lo es, es perfecto. Por eso sé que este coche es el único coche falsificado, réplica, que esa gente se tragará sin problemas. Porque este coche ni existe ni ellos saben de su existencia.

El inspector se levantó asintiendo, pero sus ojos delataban que no lo acababa de entender muy bien.

—Tengo una pregunta —dijo Bruno al chófer—. ¿Dónde me lo dejas?

El hombre señaló fuera de su camión.

—¿Pero este sitio qué es? —preguntó Bruno.

—Es una nave industrial confiscada y embargada.

Bruno pensó en la estrategia. Cruzó los brazos y se puso a reflexionar en las posibles opciones.

—Si lo dejamos aquí, los tíos sabrán que somos polis, que es una trampa, ¿no?

El chófer sorprendió entonces con sus primeras explicaciones.

—No sabrán nada. Está embargado, pero no es público. Tranquilo, Bruno —dijo con una voz grave.

Bruno asintió y ayudó a empujar el monoplaza sobre la plataforma. Luego la bajaron y dejaron el coche en medio de la polvorienta superficie.

Cogieron del asiento una tela y lo cubrieron.

—¿Y las llaves? —preguntó Bruno.

—Cuando estés, dejas las llaves en el buzón y las vendrán a recoger —dijo el chófer—. Olvidaba tu revista —dijo al dársela y, acto seguido, replegó la

plataforma y se fue sin decir nada más.

Al salir el camión, Bruno cerró el portón principal. Al girarse, quedó el bulto plano en medio de ese espacio industrial, al estilo de una fotografía de alguna cuenta de una red social. Esa lona era un vestido sexi que insinuaba unas figuras y una silueta de un cuerpo hecho para el combate, para la competición, para ganar.

Esperó que le pudiera traer a él también la misma suerte que a Gilles Villeneuve en el Gran Premio de F1 del 1981. Solo faltaba una cosa.

—¿Y la revista? —preguntó Gildo.

—Ya verás, todo es parte del *show* —respondió Bruno con un guiño.

—¿Y ahora? —preguntó de nuevo.

—Ahora llamaremos a nuestro cliente —dijo Bruno, y sacó el móvil.

27

A las pocas horas, surgió un coche en la distancia a la hora exacta en que se le había convocado. Ni un minuto antes ni uno después.

Era un Rolls Royce negro. Cuando Bruno lo tuvo delante, vio que tenía los cristales tintados.

Hizo un gesto para que lo viera, abrió el portón y la limusina entró en el espacio industrial.

Bruno sintió que allí estaba el Sacerdote; a pesar de llamar a Álvaro, allí estaba él.

El coche bajó la velocidad hasta detenerse al lado del bulto cubierto. Esperaron un momento y de una puerta bajó Álvaro, el argentino.

Se fue acercando a Bruno y se saludaron como viejos amigos.

—Aquí lo tienes —dijo Bruno, señalándolo.

Mientras, Gildo observaba escondido desde un piso superior.

Bruno lo destapó, enseñando el monoplaza en toda su hermosura. Al verlo, Álvaro quedó deslumbrado, como si hubiese visto el diamante más grande que jamás había tenido delante.

—¿Es él? —preguntó Álvaro.

Bruno tragó saliva.

—Claro. Claro que es él —espetó, mosqueado.

—Tranqui, amigo, era una pregunta de sorpresa, nada más. Es que de estos no se ven todos los días —respondió Álvaro con un tono casi excusándose.

—No te preocupes, es normal —dijo Bruno también él suavizando el tono de la conversación—. Ven a ver esto —le pidió que lo ayudara.

Abrieron unos tornillos que simplemente a mano se podían desmontar y levantaron la tapa del motor, dejándolo al descubierto.

Entonces Bruno sacó la revista que había traído el chófer.

—¿Ves?, el número del motor coincide —dijo Bruno, indicando que el número de serie del motor era igual que el que aparecía en la revista—. Y el chasis es el mismo —dijo, comprobando que los dos salían.

Álvaro asintió. Volvieron a cubrir a la bestia y Álvaro miró hacia el Rolls Royce, asintiendo.

—¿Él no quiere verlo? —preguntó Bruno, señalando la limusina y dando por hecho que en ella iba el Sacerdote.

—Confía en mí…

—¿Hay trato?

Desde la limusina se emitió un doble golpe de bocina.

Entonces Álvaro se giró hacia Bruno y le estrechó la mano.

—Hay trato. Un millón.

—¿Y lo de asistir? —dijo Bruno, aún sujetando la mano de Álvaro.

El argentino se extrañó y lo miró fijamente.

Esperó unos segundos antes de que el hombre siguiera hablando.

—Es mañana por la noche. Te mandaré lugar y hora —anunció, y soltó la mano.

Álvaro dio la vuelta a la limusina y, cuando estuvo delante del maletero, este se abrió. Bruno entendió que la había abierto el conductor, que tampoco se veía porque incluso el parabrisas estaba tintado, creando un efecto negro y de caja de zapatos al coche entero.

Álvaro sacó un maletín.

—Un millón para ti —dijo el hombre, y Bruno lo cogió con la misma soltura que se coge una bolsa de la compra.

La apoyó en el suelo y la abrió. Nunca había visto tanto dinero junto. Cogió el primer paquete de billetes lila y los controló. Luego comprobó el que estaba abajo, como si el dinero le importase de verdad. Eran tan nuevos que, al pasar el pulgar, crujían y olían a tinta, a banco.

Cerró la maleta y la agarró fuerte. A pesar de estar en una operación policial y tener al acecho a un inspector que controlaba, e ir sin armas, no le molestaba ni le asustaba.

—Espero tus noticias —insistió Bruno.

A los segundos, apareció un camión por detrás.

—¿Y eso? —preguntó Bruno.

—Nuestro camión, ¿pensabas que lo dejábamos aquí? Nos lo llevamos enseguida —dijo Álvaro, dejando con la boca abierta a Bruno—. ¿Algún problema? —acabó con un retintín casi buscando en el otro hombre alguna condición que no habían dicho o no se esperaba.

—Claro —confirmó Bruno, apartándose y enseñando el coche con la mano —. Es vuestro, ya es vuestro.

—Bien —dijo Álvaro, y silbó al camión para que entrara.

El camión aparcó delante del monoplaza.

Era un camión más grande que el que lo había traído y completamente negro. La cabina y la caja en un negro brillante, sin ningún rótulo. El único texto era la matrícula. Bruno confió que Gildo le estuviera haciendo una foto para rastrear el vehículo.

Mientras subía el coche con la plataforma, Álvaro se acercó a Bruno.

—Llega justo a tiempo.

—¿El camión?

—No, el coche. Si está en condiciones, mañana correrá su primera carrera urbana —dijo riéndose.

Bruno también se rio, sin decir nada, sin que el argentino lo viera.

Sintió que se acercaba a la solución. El bólido rojo desapareció en el interior del camión.

En el Rolls Royce no hubo ni un movimiento, como si no hubiese nadie dentro.

El camión cerró la puerta y se fue. Cuando atravesó el portón, el conductor de la limusina arrancó el potente motor inglés y se puso al lado del argentino.

—Muy bien, Bruno, vamos hablando —se despidió, y le dio la mano.

El otro se la sujetó.

—Confío en ti… —dijo Bruno en un tono que sonaba más a amenaza que a otra cosa.

El argentino sonrió con malicia. Su expresión había cambiado.

—No te queda otra, ahora tienes que hacerlo —replicó, y se metió en el coche.

La expresión de Bruno cambió en el acto. La sonrisa quedó sin fuerza, casi congelada por las pocas palabras de Álvaro.

Sintió un vacío que lo invadió. ¿Le había tomado el pelo?

El dinero era real, pero… ¿la oferta de ir a ver una de esas carreras era de verdad?

Al cerrarse la puerta de la berlina inglesa, intentó ver quién había dentro, pero fue torpe, no fue lo suficientemente rápido. Vio una figura, sin ver el rostro. Una persona que podía ser el Sacerdote o Cristina, la novia de Álvaro, o incluso la madre de Gildo.

Fue todo rápido, demasiado.

El elegante coche salió de la nave abandonada y al momento Bruno se preguntó si todo eso era una triste y miserable farsa.

¿Podía haber sido el Sacerdote quien había enviado esa moto con disparos de fogueo?

Si era así, no quiso matarlo, solo asustarlo, pero no tenía sentido porque si no, no le habría vendido el Ferrari.

En la mente de Bruno solo había una nebulosa de piezas del rompecabezas que no tomaban forma de ninguna de las maneras.

Llamó por teléfono.

—Gildo, ya puedes venir —dijo, levantando una mano—. ¿Tienes las matrículas?

—Las tenemos. A ver si podemos descubrir algo sobre nuestros amigos.

28

Al día siguiente, Roma se despertó bajo un manto de nubes finas.

El aire del Mediterráneo no consiguió despejarlas hasta la tarde. Bruno y Gildo estuvieron todo el día en la oficina, intentando descifrar el entramado societario al que pertenecían esas dos matrículas. El camión y el Rolls Royce pertenecían a un *holding* internacional. Empresas *off-shore* y pantalla cuyo hilo se perdía en el extranjero. Lo que podía ser una pista de la que tirar se quedó en una frustración, en un callejón sin salida.

Bruno había hecho suyo el alféizar de la ventana. Se sentaba mirando fuera, el perfil romano de techos que se dibuja en el horizonte.

Esa ciudad cada día le gustaba más a pesar de su compleja estructura y red de criminalidad.

Las cámaras de la carrera que habían estudiado no habían aportado nada. Martini era otro callejón sin salida, solo era un estúpido y un cretino.

Las matrículas de los coches del Sacerdote no resultaron de gran ayuda.

Bruno y Gildo estaban en la cuerda floja.

Sin ánimos, sin hilos por donde tirar, solo un maletín lleno de billetes de quinientos euros.

Bruno miraba el móvil por si recibía un mensaje de Álvaro, el único punto por donde podían seguir.

Lo movía como si buscara mejor conexión, en vano, porque no era un problema de conexión, seguramente, Álvaro le había tomado el pelo. O eso sentía Bruno.

—¿Y si lo activamos? —preguntó Gildo, rompiendo un momento de silencio casi de meditación.

Bruno se giró hacia el inspector sentado en el escritorio.

—¿Cómo dices?

—El GPS, nos queda el GPS —dijo Gildo—. Si lo activamos, es nuestra única esperanza.

—Sí, es nuestra única opción, pero si lo hacemos, lo más seguro es que lo pillen y todo se irá al traste.

—Ya, pero si no avanzamos, ¿cómo hacemos?

—Esperar, solo nos queda esperar. Si no recibimos un mensaje, entonces mañana valoramos encenderlo.

—Escúchame, que ya los tenemos, solo es certificar la presencia de ese chisme y los trincamos —lo animó Gildo.

—Hablas como un policía de alguna serie americana. No podemos hacerlo, solo pillaríamos el almacén, o incluso a los mecánicos. Necesitamos saber quién demonios es el Sacerdote, necesitamos pruebas, saber si está detrás de esta organización.

—¿Y Álvaro?

Bruno bufó.

—Es un mindundi. Es el títere de alguien más poderoso —respondió, sacudiendo la cabeza.

Gildo se levantó y se acercó a Bruno.

—Oye, ¿dónde lo has puesto?

—¿Qué?

—El GPS.

Bruno sonrió.

—En un lugar que no adivinarían nunca.

Entonces entró Luca con una bandeja de cafés. La apoyó en la mesa antes de que se derramara alguna taza.

—A Gi, te he traído los cafés.

—Lo sé, Luca, lo veo.

Y al girarse, se enredó el pie en un cable de un ordenador y cayó arrastrando una pantalla. El estruendo fue tan grande que el comisario salió a ver qué sucedía. Y los compañeros de la sala se levantaron asustados.

—¡Luca! ¿Qué narices haces?

Gildo y Bruno se acercaron para ayudarlo.

—Estoy bien, estoy bien. No ha pasado nada. Estoy bien, lo aseguro —dijo el joven inspector.

El comisario se pasó la mano por la cara y, sin decir nada más, se volvió a su despacho.

—Suerte que no te has roto la cabeza —dijo Bruno.

—Suerte por los cafés… —intervino Gildo, negando y con una expresión casi de compasión—. ¿Te has hecho daño?

—Estoy bien —repitió, poniéndose de pie de nuevo y sacudiéndose el polvo de los pantalones y la americana—. Está todo organizado.

—Siéntate y tómate el café tranquilo —dijo Gildo.

—Sí, señor —respondió, y se sentó en su escritorio, el que estaba frente al de Gildo.

Luego cogieron los tres el café y saborearon el brebaje de Marzia.

—¡Repasemos! —dijo Bruno—. No sabemos a qué hora nos llamarán y tenemos que estar listos.

—Ya he dado orden de controlar la autopista de Roma a Lucca.

—Bien, pero la probabilidad de que usen de nuevo esa autopista es de una entre un billón. Demasiados controles, aunque sea a las tres de la mañana.

—Si es en otro lugar, nosotros te seguiremos —dijo Gildo.

Bruno se sentó de nuevo en la ventana.

—Creo que esto va a ser más difícil de lo que pensamos.

—¿Tú crees? —preguntó Luca.

—Si no, ya los habríamos pillado.

—Creo que deberíamos pasar un comunicado a todas las comisarías, informando de que esta noche habrá otra carrera clandestina.

—Es una muy buena idea y seguro que nos ayudaría, pero solo conseguiríamos dos cosas —dijo Bruno, y bebió el último trago del café—. Que pondríamos sobre aviso a la organización, porque seguro que tienen gente sobornada y comprada…

—¿Y segunda?

—Delataría mi posición.

—Ya… —contestó Gildo, y se reclinó en la silla.

Se quedaron en silencio media hora. Bruno intercalaba la vista entre el horizonte en la ventana y comprobar el móvil. Gildo controlaba papeles por si se le había escapado algún detalle. Luca iba pasando publicaciones en redes

sociales, viendo chorradas que lo estaban entreteniendo y no pensando en lo que estaban.

—La espera me mata… —dijo Gildo.

Esa frase fue premonitoria.

De repente, el móvil de Bruno sonó. Era un mensaje de Álvaro. Bruno desbloqueó el teléfono y leyó el mensaje.

—¿Entonces? —preguntó Gildo.

Bruno levantó la vista con una sonrisa.

—Tenemos lugar y hora, es esta noche —respondió con una sonrisa maliciosa y los ojos encendidos.

29

Por la cabeza de Bruno pasaba de todo. El Porsche aceleraba por las calles de Roma.

Había quedado a las dos en el lugar donde se habían conocido, el parque del Eur. Eso le daba una cierta tranquilidad y al mismo tiempo mucha incertidumbre.

¿Cómo podía ser que en medio de tanta gente se pudiera presenciar algo tan peligroso y radical? Algo no le convencía. Le tranquilizaba porque había mucha gente, pero eso no era una señal indiscutible de seguridad.

Cien metros detrás había un Alfa Romeo gris conducido por Luca, que seguía a distancia el Porsche de Bruno. Como un fantasma de la noche que sobrevolaba silencioso.

El Porsche entró en el aparcamiento y se acercó al tío que lo presidía. No era el energúmeno, Matteo Martini, el mecánico que había conseguido identificar Gildo con el reconocimiento facial. Eso no le gustó, no era como siempre. Lo hizo pasar, sabía que tenía que llegar.

En los primeros metros que hizo, vio más diferencias, no había toda la gente que de costumbre. Algo había cambiado.

Aparcó en el puesto de siempre y enseguida se aproximó el Lamborghini verde de Álvaro. Bajó la ventanilla y Bruno se apoyó en el hueco.

—¿Llevas un móvil? —preguntó el argentino.

Bruno arrugó el ceño.

—Claro.

—¿Algo más?

Bruno hizo como que se extrañaba, pero sabía perfectamente qué quería decir.

—¿A qué te refieres?

—A cualquier objeto electrónico —dijo Álvaro desde el deportivo asiento de su coche—. Ya sabes…

El argentino se refería a un micrófono, un GPS o cualquier cosa que pudiera llevar. Bruno no se extrañó. Eso no era malo, todo lo contrario, era perfecto. Significaba que a donde iban era un lugar importante.

—Nada —afirmó Bruno, y giró sobre sí mismo delante de él.

Bruno dejó el móvil en el coche y cerró el Porsche 993 Targa.

—Pero… —dudó Bruno.

—Tranquilo, nadie tocará tu coche —aseguró el argentino—. Sube.

Bruno levantó la puerta que se abría como un ala de gaviota y la cerró tras de sí.

—Abróchate el cinturón. Estamos a punto de despegar —dijo, y dio un golpe seco al acelerador.

Las ruedas comenzaron a patinar. Los neumáticos desprendieron una gran cantidad de humo y el culo del coche se desplazó lateralmente antes de avanzar.

El Lamborghini verde despertó todos sus caballos. Se acercó a la salida y el encargado lo dejó pasar.

A pocos centenares de metros, el bólido verde se detuvo y el argentino apretó el acelerador hasta el fondo de nuevo. Esta vez con maestría en el volante, hizo que el vehículo diera dos vueltas sobre sí mismo.

—Lo hago para que se calienten las ruedas —gritó Álvaro.

Bruno se agarró aún más fuerte a la maneta y maldijo en su fuero interno haber subido a ese coche.

Completado el segundo giro, salió del parquin del Eur y cogió la carretera principal hacia las afueras. Se metió en una rotonda y la pasó chirriando los neumáticos.

—Ya están calientes —gritó de nuevo.

Luego se fue directo a la carretera que llevaba hasta la autovía de la ciudad y entró como un cohete.

Bruno intentaba mirar por el retrovisor si el Alfa Romeo que conducía Luca con el otro inspector podía seguir ese coche. Pero la noche y el pequeño formato del retrovisor de competición se lo impedían y desistió.

Álvaro hablaba a Bruno mientras adelantaba a toda velocidad otros coches. Sujetando el volante con una sola mano y la otra gesticulando. A pesar del poco tráfico que había a esa hora por la carretera, no le transmitía seguridad la manera de conducir del chico musculoso.

Hicieron varios kilómetros en dirección a la autopista donde hubo el accidente unas noches antes. Pero eso no quería decir nada. La policía los esperaba, todo estaba preparado, pero un chirrido en el interior de Bruno cobraba cada vez más sentido.

A los diez minutos de correr hacia esa dirección, de repente, Álvaro redujo la velocidad. Bruno se extrañó. El coche continuó por el carril izquierdo y a velocidad lenta, y Álvaro dio un volantazo en el momento más propicio.

El coche experimentó una fortísima fuerza G lateral al pasar la mediana, un pequeño agujero entre los carriles, y encontrarse en el sentido contrario.

Avanzó unos metros y se detuvo en un pequeño espacio fuera de la calzada. Allí, sin entorpecer el tráfico, el piloto apagó luces y motor.

Álvaro miró a su alrededor.

Bruno arrugó el ceño. La autovía de Roma no era el lugar más seguro para hacer una carrera ilegal.

—¿Aquí? —dijo Bruno, rompiendo el silencio.

Álvaro movió la cabeza en una negación lenta y llena de sorpresa.

—Aquí no, desde luego que no.

—¿Entonces, qué esperamos?

Álvaro se rio como si supiera que el hombre tenía un cortejo de gente que lo seguía, consciente o no.

El argentino empezó a explicarle que en su tierra los asados eran más buenos, que la carne argentina era la mejor del mundo. Luego siguió hablando del café y de las tradiciones. Siempre controlando el reloj.

Los coches seguían recorriendo la carretera en el mismo sentido del Lamborghini.

Cuando pasó el tiempo justo que Álvaro consideró, conectó las luces y arrancó el coche. Luego abrió la guantera y sacó un trozo de tela negra. Se la dio a Bruno.

—¿Qué es esto? —espetó Bruno.

—Es un pasamontañas. Póntelo —ordenó.

—¿Por qué?

—Porque no podemos correr el riesgo de que sepas dónde vamos, esto es muy secreto. El Sacerdote ha accedido a dejarte venir, pero solo con estas condiciones.

Bruno bufó.

—Me voy a marear.

—Ni se te ocurra ensuciar la piel de mi Lambo.

Bruno gruñó y se lo colocó.

Al ponérselo, Álvaro no dijo nada, solo aceleró.

El mundo se convirtió en negro, no por la noche, sino por el misterio que envolvía esa organización que tenía que descubrir y desmantelar.

Pasaron los minutos y, después de muchos kilómetros recorridos hacia el ignoto, finalmente el bólido verde aflojó la velocidad. Cuando se detuvo, Álvaro le quitó la capucha y Bruno vio lo que estaba anhelando encontrar.

Delante de él estaba todo a punto que comenzar.

Lo había conseguido.

30

Eran las tres de la mañana. Habían dado vueltas por la ciudad más tiempo de lo que creía.

Delante de Bruno se había presentado un escenario inesperado. Un aparcamiento abandonado donde estaban solo dos camiones y pocos coches. Nada de ruido, nada de generadores nocturnos o música.

El silencio antes de la tempestad.

Bruno avanzó hacia el lugar, siguió a Álvaro.

Dos camiones negros, iguales al que había retirado el Fórmula el día anterior, estaban aparcados uno enfrente del otro, casi tocándose las cabinas. Al principio no entendió por qué, pero luego Bruno lo comprendió. Esos dos vehículos creaban una barrera visual hacia los pocos coches que podían pasar.

Detrás, lo que parecía un campamento improvisado de una carrera. En el centro, los dos protagonistas, dos monoplazas, uno negro y uno rojo: el Ferrari que había vendido Bruno. Y dos personas en mono de carreras con un casco cada uno.

Entre ellos estaba solo Matteo Martini, el hombre que presidía normalmente el parquin del Eur. Algo le decía que esperaba encontrárselo allí. Mecánico y hombre de confianza de Álvaro y de la organización.

Estaba controlando los últimos detalles de los coches.

Detrás, poco lejos, el Rolls Royce del Sacerdote vigilaba que todo fuera bien.

—Pues aquí lo tienes, nada más, ya lo conseguiste, Bruno —dijo Álvaro—. Esto es lo más radical que puedes encontrar por ahí.

—¿Esos dos hombres son los que apuestan dinero?

—¿Apuestan? Aquí no hay apuestas, solo experiencias.

—¿Experiencias?

Álvaro lo miró extrañado.

—Estos dos hombres pagan una cantidad desorbitada de dinero para poder conducir así. Son gente que de día no dirías nunca que estarían aquí hoy, ni siquiera sus amigos o familiares lo saben. Están de viaje, en teoría.

—¿Y entre ellos no hay apuestas?

Álvaro negó.

—Ni se conocen ni saben quién es el otro piloto hasta el momento que bajan del camión.

—¿Cómo baja del camión? —preguntó Bruno, mirando a uno de ellos; le pareció reconocerlo, era alguien de la tele, lo había visto en el telediario, a lo mejor un político o un hombre de negocios.

—El camión los recoge en un punto y les tapan la cabeza como a ti. Llegan aquí, un lugar que solo sabemos pocos, y bajan. Hacen el recorrido que les decimos, se lo estudian rápidamente y comienza la fiesta.

—Esto, si no fuera ilegal, lo debería patrocinar Red Bull.

—Es lo más radical sí, nunca me lo había planteado, pero podría ser —concluyó, y se echó a reír.

Bruno se percató que encima del Rolls Royce había una cámara que los observaba. Una redonda como los que tienen en los bancos o en los hoteles. Giraba un objetivo que se podía accionar a distancia. Quizá, el Sacerdote no estaba esa noche en esa limusina. Podría estar en casa, disfrutando de su negocio en el sofá.

El mecánico dio un aviso y los dos pilotos se pusieron el casco. Luego entraron cada uno en su monoplaza y esperaron el OK.

Bruno se acercó. Había muchas incógnitas alrededor de esa carrera y todas se estaban clarificando en ese momento. Los monoplazas no estaban hechos para la noche, así que estaban modificados con unos faros de luces led colocados en el frontal.

¿Si no conocían la carretera, cómo podían recordar adónde ir? No era lo mismo circular a ciento veinte que a trescientos kilómetros de velocidad. Al lado del cuentarrevoluciones, tenían un pequeño GPS que les indicaba la dirección. El mecánico los activó y Bruno los vio en el habitáculo.

El mecánico sacó una lanzadera de arranque del camión. Un pequeño motor que giraba a toda velocidad y trasladaba su tracción en un eje largo. Este

se colocaba en la parte trasera del coche para que se pusiera en marcha, ya que los monoplazas carecían de ese sistema.

El ligero silbido del artilugio dio paso a que el monoplaza arrancara el potentísimo motor. El estruendo era tan ensordecedor que Bruno se giró, mirando la distancia de los edificios por si podía llamar la atención de los vecinos.

—Tranquilo, en un minuto estos ya no están. Nadie se va a enterar de nada —dijo el argentino mientras el mecánico arrancaba el motor del otro monoplaza.

—¿Qué cuesta? —gritó Bruno al oído de Álvaro.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué cuesta esta experiencia?

—¿Te han entrado ganas? —gritó sonriendo el argentino.

—Esto es el sueño de todo amante de los coches.

Álvaro rio, pero no se oyó la risa por el estruendo.

—Más de lo que tienes en tu maletín —afirmó con una cierta soberbia.

Bruno asintió mientras el primer monoplaza se movía. Cuando salió de la barrera visual que los dos camiones proporcionaban, comenzó a acelerar y a salir del parquin. El segundo, el rojo, el que había vendido Bruno, lo siguió. En pocos segundos, se metieron en la autopista.

El escándalo que generaban esos viejos motores de Fórmula 1 era tremendo. A Bruno no le hacía falta averiguar dónde estaban, ni verlos. Con tan solo escucharlos, sabía perfectamente dónde estaban y a qué distancia.

El ruido se intensificó y los dos coches dieron todo lo que podían. Pasaron las barreras de entrada a la autopista, dieron una vuelta, dirección oeste, y aceleraron, entraron en la larga recta que llevaba al aeropuerto de Fiumicino.

Los motores comenzaron a escucharse lejos. Cada segundo más. La carrera había comenzado y la noche para Bruno se estaba acabando.

Álvaro miró el reloj.

—En unos quince minutos estarán en el punto final y los recogerán.

—¿Cómo?

Álvaro levantó las cejas.

—Solo si compras esta «experiencia» —dijo, haciendo el gesto de las comillas—, sabrás el resto de la prueba.

Bruno entendió que Álvaro estaba mucho más cerca de ser una serpiente que de un colega. En su red tenían que haber caído muchos hombres con mucho dinero y con adicción a la adrenalina, como un ludópata en un casino.

—¿Pero cómo hacéis para que nadie se estrelle con monoplazas así de potentes?

—Bueno… —dijo Álvaro, mirando al suelo—. Hay excepciones.

—Ya, pero seguro que lleváis así con este negocio desde hace años y habéis tenido pocos accidentes.

Álvaro lo miró, afinando la vista.

—Más o menos —replicó, se encaminó hacia el Lamborghini y lanzó una mirada al Rolls Royce—. Vámonos, te acompaño a tu coche.

Bruno ya no escuchaba el ruido de los monoplazas, diluidos en el silencio de la noche. Las ganas de saber y entender cómo desaparecían los coches eran más fuertes, pero esa noche ya había hecho lo que tenía que hacer.

Subió al coche y regresaron al parquin del Eur con la promesa de que hablarían al día siguiente. De camino, Álvaro recibió un mensaje de su organización diciendo que habían llegado bien los coches.

En el parquin ya no había rastro de la reunión clandestina. Solo quedaba el Porsche en medio de la nada, pero Álvaro tenía razón, nadie lo había tocado.

Al subir a su Porsche, esperó a que el bólido verde desapareciera y entonces mandó un mensaje a Gildo. Le dijo que estaba bien y que tenía más información, pero, sobre todo, un plan en su mente. Al día siguiente, se lo explicaría.

31

También esa mañana el despacho del comisario olía a tabaco. A pesar del aire fresco que entraba, todas las cosas de ese espacio se sabían ahumadas, como las longanizas o los quesos *scamorza*.

—Tenemos que esperar, no tienes nada, Bruno —dijo el comisario.

—¿Cómo que no tenemos nada? —espetó Bruno—. ¿Pero es que no ve que he conseguido infiltrarme en la organización?

—Eso da igual, Bruno, no tienes pruebas.

Bruno abrió los ojos de par en par.

—¿Que no tengo pruebas? ¡Perdone, comisario! ¡Pero de qué bando está! —espetó Bruno de pie, y comenzó a contar con la mano—. Tenemos una organización ilícita de carreras de ricos. Un tío que ha muerto en uno de esos monoplazas. Nos han comprado uno y Gildo ha fotografiado todo. Tenemos un coche estampado y con los frenos manipulados… ¿Qué más? —preguntó a Gildo, sentado.

Este se giró hacia él.

—Tenemos un entramado societario de los coches —respondió.

—Eso no sirve para nada —desechó la respuesta el inspector.

—Todo sirve, comisario. Estamos tan cerca que lo huelo.

—No sabemos quién es el tal… —dijo el comisario Esposito, inclinándose y leyendo el informe que estaba en su mesa—. ¿El cura?

—El Sacerdote —corrigió Gildo.

—Eso, el cura este. Sabemos que el tal Álvaro Mendoza está limpio, solo podemos trincarlo por un par de multas por exceso de velocidad. Nada más —dijo el comisario, y dio un pequeño empujón a la carpeta del informe hacia el otro lado de la mesa, donde estaban los dos detectives.

Luego se quedaron en silencio.

—Hemos pinchado los teléfonos del Álvaro este y no habéis descubierto nada.

—No puede ser —insistió Bruno.

—Anoche, según sus triangulaciones, no se movió de casa —dijo el comisario, y levantó las manos—. ¿Entonces? —insistió con retintín.

—¿Qué quiere decir, comisario, que no es verdad lo que le decimos?

—Yo no digo nada, solo miro los hechos y aquí pruebas no hay, no hay nada. ¿Qué le cuento al juez? Que queremos intervenir por la intuición de un hombre. Entonces me preguntará: Comisario, ¿a qué hombre se refiere? Y yo responderé: un civil. ¿No es ni siquiera un policía? No, bueno, es el hijo de un excomisario. ¿Y sabes qué me dirá el juez?

Bruno lo observaba a punto de reventar como una olla a presión.

—¡Que si me he vuelto loco! —gritó, y cerró la carpeta.

Bruno se acercó al comisario y lo apuntó con el índice.

—Como consiga una orden de detención preventiva para esa persona, me voy y que os den por el c…

—¡Bruno! —dijo Gildo, cogiéndole el brazo y sin que se le pudiera escapar la palabra de la boca.

—He venido para ayudar, a la comisaría de Módena y a mi padre, porque tiene una espina clavada que es este maldito caso. He venido a ayudar a un hombre que ha defendido la causa de una muchacha desaparecida.

—Era un delincuente. Contrató a una organización criminal para un carrera ilegal, ¿hace falta que te lo recuerde, Bruno?

La presión de la olla se iba incrementando.

—Pero murió a causa de la manipulación del coche. Hay demasiada mierda en esta historia y demasiados involucrados que se merecen estar entre rejas, joder. Empezando por el hombre que tiene ahí.

En la carpeta estaba el pósit con un nombre escrito a mano.

—Como lo trinquemos y le preguntemos, todo se puede ir a la mierda en menos que canta un gallo. ¿Y si fallamos? ¿Y si nos equivocamos y no sabe nada?

Bruno se puso las manos a la cabeza.

—¿Cómo que no sabe nada? ¡Por el amor de Dios, es el mecánico de la carrera clandestina! —gritó hacia el comisario, y se giró hacia el techo, primero

de un lado y luego del otro—. ¿Es que esto es una broma? ¿Hay cámaras y me estáis grabando? —dijo, sarcástico, como si se sintiera en una broma televisiva parecida a un Gran Hermano.

El comisario negó con la cabeza.

—Tenemos pocas pruebas.

Bruno se quedó callado, esperando qué más iba a decir el comisario.

—¿Sabéis lo que quiero decir? Dejad que lo piense.

Bruno dio un paso adelante.

—Tiene media hora, el tiempo de un café en el bar de enfrente, como en media hora no tengamos esa orden, me voy —dijo, enrabietado—. Usted mismo.

Dicho esto, Bruno se fue y bajó a tomarse un café donde Marzia, esperando el siguiente paso de un problema que se le estaba escapando de las manos y convirtiéndose en algo personal.

Marzia le apoyó el café en la barra, intentando animar el careto de pena que tenía el hombre.

Habían pasado cinco minutos desde que había entrado en el Lettere Caffè cuando le llegó un mensaje de Gildo, preguntando dónde estaba y diciéndole lo que había decidido el comisario.

32

Dicen que cuando uno duerme poco, el frío de las esposas es más intenso.

Esa noche, Matteo Martini, el mecánico, había dormido poco. Estaba arrestado y sentado en la mesa de interrogatorios de la comisaría de Trastevere.

El café de máquina que se le permitía a un preso se le había acabado hacía un buen rato. El hombre bostezaba y esperaba a ver quién entraba por la puerta.

Bruno, al otro lado del cristal, estaba decidido a hacerlo.

Conocía a ese hombre y tenía pensado hacerlo hablar. En su mente apareció un instante Rita, ella era mucho mejor que él en eso. Pero solo le quedaba la posibilidad de demostrar que había aprendido algo de ella.

Miró el vaso y dio el último sorbo al café.

«Por Rita, por Lazzaro y por mi padre», pensó Bruno.

Tiró el vaso y Gildo le cogió el brazo, impidiendo que saliera.

—¿Estás seguro? —preguntó Gildo casi en el oído.

—Tengo que hacerlo.

—Se te va a ir al carajo la cobertura en cuanto traspases esa puerta, la organización sabrá quién eres… —susurró Gildo.

Bruno se lo volvió a pensar.

—Lo sé, pero ¿qué sería la vida sin riesgo? —respondió Bruno—. El comisario tiene razón, no tenemos nada. Si no le sacamos algo, nos habrán ganado la partida.

Los dos hombres se miraron a los ojos en silencio.

—¿Entonces estás seguro? —insistió Gildo, y el otro afirmó.

Le costó un par de respiraciones entrar en la sala de interrogatorios.

El mecánico lo reconoció enseguida. Sus ojos no mentían. Se le abrieron los ojos de par en par, como si hubiera visto un fantasma.

No dijo nada, pero Bruno sintió como si su energía le hubiera hecho cualquier cosa. Sus ojos reflejaban unos pensamientos que no podían quedar grabados, pero que Bruno sí sentía.

—Hola, Matteo.

Las venas del mecánico estaban hinchadas y los nudillos, blancos por la presión de sus manos.

—¿Quieres más café? —preguntó Bruno.

El hombre asintió.

—Lo siento, no hay más. Te acuerdas de mí, ¿verdad?

El hombre, aún con los ojos salidos, negó con la cabeza.

—¿Cómo que no? Si nos vemos ya todas las noches, parecemos novios casi. En la entrada del parquin del Eur, en casa de Álvaro, ¿no?

El mecánico seguía quieto, sin decir nada.

—A lo mejor te falla la memoria. Pero te acordarás de anoche, ¿verdad? Estábamos con los Fórmula 1. Allí, en el parquin de la entrada de la autopista, ¿no?

El hombre aguantó sin decir nada, estoico.

—¿No te acuerdas? Estaba allí, con tu jefe, Álvaro. ¿No te acuerdas? ¿Eres su perrito faldero? ¿Haces todo lo que te dice que hagas? Sube, baja, gírate, date una vuelta, ahora una pirueta, ¿no?

Entonces el mecánico se acercó y le dijo susurrando con una inesperada capacidad de ventrílocuo.

—Te voy a arrancar la cabeza —susurró Matteo—. Tenlo por seguro, con mis propias manos.

Dicho eso, se volvió a apoyar en el respaldo de la silla.

Bruno se giró hacia el cristal como si mirara a Gildo. Esa frase, aunque el micro la hubiese grabado, no servía para nada.

—No creo que me hagas nada, Matteo, porque te voy a enviar una buena temporada a la trena —dijo Bruno, mirándolo de nuevo—. ¿Crees que te va a proteger aquí dentro el Sacerdote?

—Te haces el duro y no sabes ni tienes nada. ¡Gilipollas! —espetó el mecánico, tocando la fibra del otro hombre.

El historial del mecánico confirmaba que había pasado varios años en la cárcel y, seguramente, también varias veces por esa misma situación. La experiencia en la criminalidad era un activo importante en un currículum. Sabía y podía intuir que Bruno se estaba tirando un farol y que no tenía nada. Sí, lo había visto, pero eso no era nada. Antes o después lo pillarían, quizá, pero no ese día, no había pruebas en la mesa. No había nada. Solo intuición y palabras.

—Te puedes despedir de tu organización, te vas a quedar un buen tiempo entre rejas. La muerte de Paolo Lazzaro no es un accidente, es un delito y tú eres partícipe. Sin contar muchas más cosas —dijo Bruno, y el otro se quedó en silencio.

Bruno suspiró, sin que lo viera. A cada pregunta, su cargador de interrogantes se quedaba por momentos más vacío.

—Y Álvaro Mendoza, ¿qué me dices de él? No es lo que parece, ¿verdad?

El silencio siguió.

—¿No tienes nada que decir? —dijo Bruno.

Silencio.

—Escúchame —dijo Bruno, cambiando el tono y adoptando la actitud de un negociador del FBI—. Dinos todo lo que sabes y hablaremos con el juez para aliviarte la pena, si no colaboras, te pudrirás en la cárcel.

El mecánico entonces asintió.

—Álvaro, ¿qué me dices de él?

Bruno pensó que quizá no traicionaría al Sacerdote, pero a Álvaro, al argentino, lo podría delatar.

—¿Qué me dices? —preguntó de nuevo Bruno.

—Quiero a mi abogado —espetó el mecánico, luego se cruzó de brazos.

Bruno siguió preguntando una hora más, pero sin tener más resultados. No era su día de suerte. Todo se estaba desmoronando bajo sus pies. Todo el trabajo de los últimos días, la venta del Fórmula 1, la confianza de su padre y del comisario. Todo se estaba yendo al garete.

Las agujas del reloj de la justicia corrían ante los ojos impotentes de Bruno.

Gildo tenía una expresión de circunstancia. No conocía a Bruno lo suficiente como para saber lo que realmente estaba pensando. A pesar de sus palabras, lo que sentía era una profunda insatisfacción. La mochila de la

responsabilidad de ser el hijo del excomisario Malatesta y no haber estado a la altura a la primera oportunidad. La primera y la última.

Un Mercedes Berlina se detuvo delante de la comisaría del Trastevere. Bajó de la puerta trasera un hombre trajeado. Elegante y con el pelo canoso engominado hacia atrás. Llevaba un maletín.

Gildo y Bruno lo vieron llegar desde una ventana del despacho.

—¿Sabes quién es ese hombre? —preguntó, asombrado, Gildo.

Bruno negó. En ese momento salió Lillo diciendo que tenían que quitar de allí el coche. Acto seguido, el Mercedes se fue.

—Ni idea —dijo Bruno sobre el letrado.

—Es Gilberto Russo, lo llaman el príncipe del foro. El mejor abogado de Roma, el más caro. Una hora de ese hombre tiene que valer una fortuna —explicó Gildo.

—Eso es una señal, Gildo, tenemos que decírselo al comisario. ¡Por Dios! ¿Cómo se permite un mecánico el mejor abogado de Roma? —dijo Bruno—. ¿Vienes?

Gildo lo siguió de mala gana.

En cuanto llegaron al despacho del comisario, este abría la puerta haciendo una reverencia al abogado, como si estuviera cortejando a una doncella de otros tiempos.

El hombre trajeado se detuvo delante de Bruno. El letrado lo miró perdonándole la vida. Iba perfumado, mucho, demasiado según los gustos de Bruno. El olor de ese perfume era puntiagudo, como su presencia.

—Disculpe —dijo con extrema educación, casi repugnante.

Bruno se apartó y el letrado se fue.

—Me llevo al señor Martini. Adiós.

—Contigo tengo que hablar ahora mismo —ladró el comisario en la cara de Bruno—. Lamento mucho el mal entendido, señor —dijo, y antes que bajara por las escaleras, se giró de nuevo hacia Gildo y Bruno—. Meteos en mi despacho ahora mismo.

El comisario estaba enfurecido.

A Bruno le dio igual, se fue al bar de Marzia.

Cuando salieron el letrado y el mecánico, se quedó observándolos. El abogado llamó gritando al chófer.

—¿Se puede saber dónde estás? ¡Maldita sea! ¿Para qué tengo un maldito chófer! —gritó, furibundo—. Te veo, no te muevas, joder —dijo, y, al colgar, le indicó al mecánico que lo siguiera.

Fueron caminando hacia el Mercedes. Bruno los perseguía en contra de la orden del comisario.

El Viale di Trastevere es una arteria importante. El Mercedes estaba aparcado en doble fila al otro lado de la carretera. El letrado, cuando lo vio, le dijo algo al chófer, que se encogió de hombros.

El abogado y el mecánico esperaban a que el semáforo se pusiera en verde cuando un hombre de negro y con un casco del mismo color se acercó por detrás del mecánico. Bruno lo reconoció, era el mismo que le disparó las balas de fogueo.

Bruno estaba a punto de gritar cuando el hombre del casco empujó al mecánico justo cuando pasaba un camión de la basura del ayuntamiento de Roma.

El mecánico, desprevenido, no tuvo tiempo de reaccionar y, al caer al asfalto, fue arrollado por el camión, haciendo de él añicos y desviando la trayectoria de los otros vehículos que circulaban. El abogado dio un paso hacia atrás al ver el cuerpo chafado del mecánico. Se colocó la corbata delante de la boca. Bruno siguió la vista del hombre con el casco. Este subió encima de la misma moto negra del día anterior, conducida por un hombre que era un clon. La moto aceleró y su perdió su rastro en medio del tráfico.

Habían matado al mecánico. Una pieza del puzle se acababa de disipar del mismo modo que lo hacía la esperanza de Bruno para resolver ese rompecabezas.

33

Los restos del cadáver se los llevaron delante de Bruno.

Se quedó a mirarlo a distancia, sin que lo viera nadie. Escondido detrás de un periódico en una cafetería cercana.

No tenía intención de volver a la comisaría. Ya se podía imaginar lo que pasaría. No hacía falta que el comisario Esposito, alias Er Bufa, le dijera que la había cagado.

La policía desviaba el tráfico de la arteria cerca del Tevere. La ambulancia subió la camilla con el cadáver en una bolsa negra.

Sabía que antes o después pasaría por allí bien la limusina negra del Sacerdote o Álvaro con alguno de sus coches. Y eso no tardó mucho en cumplirse.

En cuanto cerraron las puertas de la ambulancia, un ruido lejano anunciaba que venía un coche potente. Ese sonido lo conocía bien.

Al minuto, el Lamborghini verde pasó lento, mirando la escena. Esperó al semáforo, que se pusiera en rojo, y se detuvo. El coche llamaba la atención de los transeúntes, pero también de los policías.

Álvaro observó la zona, como si buscara algo o a alguien.

Bruno estaba lo suficientemente escondido como para que no lo viera.

Se puso en verde el semáforo y arrancó. Cuando desapareció, Bruno se levantó y fue hacia la comisaría. Envió un mensaje a Gildo para que saliera, no tenía ganas de cruzarse con el comisario.

Pidieron un café cada uno. Marzia se los llevó enseguida, esa mañana la cafetería estaba vacía, algo inusual.

—La hemos cagado. ¿Te puedes imaginar cómo está el comisario?

—Sí, pero ese no es el punto, Gildo. El punto es este —dijo Bruno, y le explicó lo que había visto—. La moto es la misma. Los chicos son los mismos.

Esta gente no bromea. Pero la pregunta que me hago es, ¿por qué no nos mataron? Total, era solo poner en el arma balas auténticas y no las de fogueo.

—Quizá a alguien le interesaba que siguiéramos investigando.

—Es a lo que le doy vueltas, creo exactamente eso. Pero…

—¿Pero?

—¿Por qué han matado al mecánico?

Gildo no contestó.

—Quiero decir, ¿quién envía a los de la moto? ¿Podría ser el Sacerdote? —preguntó Bruno.

Gildo pensó un momento, dio el primer sorbo al café y lanzó una mirada furtiva a Marzia. Para su sorpresa, ella, detrás de la barra, también lo estaba mirando.

Bruno lo intuyó, pero no dijo nada.

El inspector giró la cabeza, como disimulando.

—¿Qué piensas? —preguntó Bruno.

—Si fueran ellos, entonces, ¿cómo explicarías que te dejaran ver la carrera? Te habrían enviado directamente a freír espárragos —concluyó Gildo.

—Tienes razón. Por lo tanto, ¿quiénes son?

—Quizá son sicarios de alguien que aún no hemos descubierto, alguien más, yo qué sé… Alguien que no quiere que esto deje huella en la ciudad, que no sea noticia, que no vayamos en la dirección que estamos tomando. Nos acercamos, pero no quieren que vayamos en esa dirección.

—Creo que te equivocas en parte, ningún benefactor empuja a un hombre bajo un camión en plena calle. Pero creo que has dado en la clave, he tenido una idea.

Gildo volvió a mirar a la mujer y se dio cuenta.

—A ver, inspector —dijo Bruno, llamando la atención de Gildo, que se estaba desconcentrando con la camarera—. ¿Adónde llevarán el cuerpo del mecánico?

—No lo sé, tengo que verlo en el sistema.

—¿No puede mirártelo Luca y así nos vamos?

—¿Por qué?

—Nos pillará el comisario seguro.

—Luca está fuera y los otros también. Por cierto —añadió Gildo—, te buscaba.

—¿Luca?

—No, adivina.

Bruno se pasó una mano por el rostro y se rascó la barba.

—Antes vamos, antes salimos. Mientras yo hablo con tu jefe, tú averigua adónde —dijo Bruno, y acabó con el último sorbo de café—. En cuanto lo tengas, mándame un mensaje.

34

—Habéis tirado por la borda la investigación —dijo el comisario.

Bruno estaba sentado en la silla.

El comisario hablaba delante de Bruno, dando rienda suelta a todo lo que pensaba. Para él era un simple trámite, como en una película muda de los años veinte. El comisario estaba intentando explicar lo que se estaba jugando al haber accedido a detener al mecánico.

Al hombre le dolía más haber quedado mal delante del príncipe del foro que delante de sus superiores. Bruno no lo entendía, pero lo único que sabía era que al final Roma no era tan grande y que se regía por leyes no escritas que a él no le importaban.

Ese suplicio duró lo justo y necesario hasta que Gildo le envió un mensaje. Entonces Bruno se levantó.

—Me voy.

—¡¿Cómo que te vas?! Malatesta, estoy hablando contigo. ¿Qué dices?

—Lo siento, comisario. Me he acordado de una cosa urgente.

—Malatesta, estás fuera del caso, ¿me escuchas? —gritó a Bruno, que ya había salido del despacho—. ¡Estás fuera! ¿Me oyes?

Bruno corrió por las escaleras. Abajo estaba Gildo.

Los dos entraron en el Porsche y se fueron derrapando. El GPS les marcaba la dirección del depósito municipal de cadáveres. Cruzaron el río Trastevere y tomaron dirección al centro, pasaron por los Foros Imperiales, luego el Coliseo y siguieron hacia el este de la ciudad. Entraron en la Via Tiburtina y siguieron unos kilómetros entre el tráfico, a toda velocidad.

—No te dejarán entrar —advirtió Gildo.

—¿Por qué?

—Porque el comisario te ha sacado del caso.

—*Vaccaboia,* Gildo, a ver, que no soy un fugitivo. No tengo una orden de búsqueda y captura de la Interpol. Por favor, ya verás cómo me dejan entrar, claro que sí.

—Confiemos en que sí.

—No digas ni una palabra, como si fuéramos dos inspectores de policía.

—Bien, la verdad es que yo sí lo soy.

Bruno se giró hacia el policía y lo miró con una expresión de obviedad.

—Claro, tienes razón. Tú lo eres, pues entonces como si lo fuéramos los dos —dijo, regresó la vista a la carretera y esquivó un camión que adelantaba a otro—. Tenemos que hacer el *show*, el teatrillo, ¿OK?

Gildo, que se había asustado por la frenada y había empalidecido, asintió.

Se metieron en un polígono industrial, en un amplio aparcamiento.

El coche alemán llamó la atención de los trabajadores que estaban fuera fumando.

Salieron del coche y se apresuraron al interior del depósito. Buscaron al médico forense de turno y se presentaron.

—¿Qué buscáis? —preguntó el hombre mientras los acompañaba.

Bruno y Gildo se miraron.

—Buscamos la huella de la mano izquierda —dijo Bruno.

El forense se detuvo de inmediato y los miró.

—Bueno, si la encontramos.

Gildo no lo entendió, pero Bruno sí, porque vio el accidente.

Reanudó la marcha por el pasillo con los dos detectives detrás.

Entraron en un lugar frío y gris. El acero inoxidable abundaba por todas partes.

El forense ojeó los papeles que estaban en las neveras hasta encontrar el cadáver que buscaban.

Abrió el nicho refrigerado y salió una niebla fría que conservaba los restos humanos acumulados en esa cámara.

Estiró la camilla y tiró de la cremallera de la bolsa.

En cuanto los dos lados se abrieron, Gildo entendió el comentario del forense.

El mecánico, el mismo que había visto esa misma mañana al otro lado del cristal de la sala de interrogatorios, en ese momento, estaba ahí muerto y con

varias extremidades seccionadas.

Le sobrevinieron unas ganas inaguantables de vomitar, pero pudo contenerse.

El forense cogió el brazo separado y lo levantó.

—Aquí lo tenemos, habéis tenido suerte —dijo con retintín.

Bruno lo miró de soslayo.

—Nos llevaremos las huellas de la izquierda, pero de la derecha también, nunca se sabe —dijo Bruno, como si eso fuera un supermercado y estuviera haciendo el pedido de la compra.

El forense arrugó el ceño.

—¿Seguro que eres policía? —preguntó con recelo el forense.

Bruno tensó los músculos de la cara.

—¿Que si somos policías? —espetó Bruno—. Gildo, enséñale la placa, que yo la tengo en el coche.

Gildo obedeció y la sacó de dentro de la camisa, que ese día era naranja chillón con islas flotantes y una palmera encima.

El forense la vio y asintió, pero su rostro no quedó del todo satisfecho.

—¿Piensa dárnoslas para hoy o es demasiado pedir? —espetó Bruno.

El forense asintió y las preparó. Se las enganchó en un folleto de huellas y los inspectores se fueron enseguida.

—¿Y ahora? —preguntó Gildo una vez subidos en el Porsche.

Bruno arrancó el motor y metió la marcha atrás. Hizo varios metros y se detuvo. Alzó la vista y le dijo:

—Tenemos que volver al Fórmula 1 accidentado de Lazzaro. Nos dejamos un detalle importante que se nos ha escapado —espetó Bruno, y aceleró.

35

Cuando entraron en el depósito de coches, el bólido seguía allí. Sellado por la policía.

El responsable del depósito los dejó pasar, pero no los acompañó, ya se le acababa el turno y prefirió irse a casa.

Bruno destapó el coche y volvió al punto que desde un principio le llamó la atención: el tubo de los frenos.

El elemento más importante y que nadie mentaba en el informe de la inspección pericial.

¿Al perito se le pasó o no lo quiso ver?

Eso solo lo podían averiguar preguntándoselo, pero para eso no tenían tiempo.

Cogieron un pincel lleno de grafito y espolvorearon el tubo. Cuando estuvo lleno del polvo de contraste, pasaron un celo especial y quedó pegada una huella.

Bruno la estudió a contraluz.

—¿Cómo no se me ha ocurrido antes? —preguntó Gildo.

—Porque no teníamos toda la información. Si alguien ha manipulado el tubo, lo tiene que haber agarrado con fuerza y no por los laterales, en el punto donde lo cortó —respondió Bruno.

—Puede haber usado guantes.

—Sería lo lógico, pero, por favor, destino, ayúdanos un poco. Por favor. ¡Ya nos toca un poco de suerte! Yo tampoco había caído en esto. Lo que nos faltaba por saber era, entre otras muchas cosas, claro, quién era el mecánico de la competición —reflexionó Bruno mientras apoyaba el celo en el papel—. Ahora lo sabemos, pero de no haberme infiltrado, hubiéramos estado haciendo intentos hasta el infinito.

—Desde luego, pero, Bruno, aquí he fallado yo.

Bruno se extrañó y lo miró de reojo.

—¿A qué te refieres?

Gildo movió la cabeza algo desconsolado.

—Tengo que mejorar como inspector, estas huellas del mecánico están en nuestra base, es un exconvicto. Las hubiéramos encontrado —dijo Gildo con desasosiego.

—Y falló el perito que no se quedó con este corte. Esto lo hemos visto, pero lamento decirte que te has equivocado nuevamente.

Gildo volvió a sacudir la cabeza.

—¿Por qué? ¿Qué pasa ahora?

—Pues que las huellas no coinciden —dijo Bruno, y se las enseñó al compañero.

Gildo no entendía.

—Quien cortó el tubo de los frenos del Fórmula 1 no fue Matteo Martini, no fue nuestro mecánico.

—No me lo puedo creer —espetó Gildo—. ¿Entonces quién?

Bruno se pasó la mano por la barba.

—Pues la verdad es que ahora me quedo sin ninguna opción.

—Espera, espera —dijo Gildo, moviendo las manos como si tuviera que detener algo que se le acercaba a toda velocidad—. ¿No había nadie más en la carrera de monoplazas del otro día?

Bruno no contestó por unos instantes mientras rebobinaba la escena.

—¡No! Solo estábamos los pilotos, Matteo el mecánico, Álvaro y yo —respondió, y continuó enseguida—. Bueno, también estaban los chóferes de los camiones.

—Puede haber sido Álvaro.

Bruno valoró la opción.

—Puede ser. Puede que fuera Álvaro, pero ese tío al final no es nadie. Es un mindundi. Este no sería nada sin el Sacerdote. Es un perro fiel, creo, a lo mejor me equivoco, pero me parece que no haría nada ni movería un dedo contra su jefe.

—¿Y los chóferes? —preguntó Gildo.

—Podría ser, pero también que los Fórmula estén en una nave o garaje durante el día y los tíos que les hacen el mantenimiento hayan cortado el conducto neumático de los frenos —vaticinó Bruno.

—Hay tantas opciones como variedades de aceitunas…

Bruno arrugó el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, que hay muchas opciones, igual que hay variedades de aceitunas y aceite. En lugar de decir que hay tantas opciones como colores. Diferente, ¿no crees?

Bruno aguantó la risa.

—¿Es una típica expresión romana?

—No, me la acabo de inventar.

Bruno asintió.

—¿Todo lo relaciones con la comida?

—Casi todo. En fin, tenemos que meter lo antes posible esas huellas en el programa y ver si tienen coincidencias —respondió Gildo—. Pero antes…

—¿Pero antes?

—Pasamos por algún sitio a comer, tengo un hambre que no me aguanto.

En ese momento, Bruno también se dio cuenta de que tenía hambre. El caso le había cegado y aislado del mundo y de sus necesidades básicas.

Volvieron al Porsche y regresaron a la comisaría. Justo entrando en Roma, se detuvieron en un lugar típico para los romanos, un puesto de *pizza* al corte.

Gildo cogió dos porciones de jamón york con queso gorgonzola y otra con mortadela de trufa y queso burrata.

Bruno cogió dos de sabor Capricciosa.

Se apoyaron en las mesas altas justo fuera del establecimiento con dos cervezas.

—¿En qué piensas, Bruno?

—En cómo desaparecen los coches de las autopistas. La noche anterior estábamos preparados y nos la jugaron.

—Ayer íbamos detrás del Lamborghini verde, pero el tío sabía lo que hacía. Primero pareció que iba a conducir normal, pero luego hizo la jugarreta de cambiar de dirección en medio de la autovía. Eso no lo vimos venir y os

perdimos. Con Luca dimos vueltas como auténticos idiotas, pero no supimos encontraros.

—Era imposible. Encima sin teléfono. Álvaro es un esbirro del Sacerdote, pero no es tonto —dijo Bruno, y dio un mordisco a la *pizza*.

Se quedaron en silencio un rato mientras miraban el tráfico de la calle. Un camión de reparto de cerveza pasó alzando el polvo y las hojas que estaban en los márgenes.

—¿Y si tuvieran cuatro camiones iguales? —preguntó Gildo.

Bruno no entendió.

—Quiero decir, Bruno, ¿y si los camiones que dejan los Fórmula 1 en la entrada de la autopista son los mismos que los recogen al final de la carrera? —preguntó Gildo.

—Imposible, eso querría decir que los camiones corren más rápido que los bólidos, o volar o teletransportarse.

—Ya, pero las cámaras que tenemos no muestran que los monoplazas pasaran por los peajes de la autopista. Por lo tanto o salieron volando o no salieron o… —sugirió Gildo, y el otro siguió con la frase.

—Había otros dos camiones iguales que los esperaban al final del trayecto —afirmó Bruno, y se dio cuenta de que era la mejor teoría del día—. ¡Claro! Los camiones los dejan al principio del trayecto programado de la carrera y dos más los cargan al final. Los meten con las plataformas y desaparecen. Hay cuatro camiones negros, no dos. ¡Es genial! Eres un genio, Gildo.

—No es para tanto —respondió Gildo con la boca llena.

Bruno comió rápido lo que le quedaba de *pizza* y se fue hacia el coche.

—Vamos, Gildo.

El inspector lo imitó y dejó la cerveza en la mesa.

—Dejar a mitad un cerveza es un sacrilegio —espetó el policía entrando en el Porsche—. ¿Y ahora? —preguntó Gildo.

—Ahora solo nos queda una bola y tenemos que gastarla.

Gildo no acabó de entender.

—Solo nos queda una opción y jugar el todo por el todo, amigo. Activar el GPS y que sea lo que el destino nos tenga reservado —dijo Bruno, metió la primera y arrancó el coche.

36

La comisaría tenía que estar vacía.

Bruno aparcó su coche alemán al lado de la puerta de entrada, como siempre.

Roma, esa noche, olía a geranios y a venganza.

El sol estaba bajando detrás de los edificios de la capital, tintándolos de la luz del atardecer.

El Lettere Caffè ya estaba cerrado y la calle parecía otra sin su vida, sin sus clientes y sin las mesas de su terraza.

Al primer paso, Lillo, el agente de la garita, salió casi dando un susto a los dos hombres.

—Gi, *buongiorno* —gritó desde la garita.

—Lillo, casi me has matado del susto.

—No quería asustarte.

—¿Aún estás aquí? ¿Por qué no te vas a casa?

—Mi mujer se ha ido a casa de su hermana y yo prefiero estar aquí antes que estar en casa sin hacer nada.

De la garita se escuchaba una voz extraña, Bruno se acercó.

—¿Te has traído una televisión? —dijo, indicando el electrodoméstico del tamaño de un microondas y con la imagen en la pantalla en tonos azulados.

—Sí, sí. Es que así se me pasa más rápido el tiempo. A veces leo o hago tareas, pero si no, se me va el tiempo y no sé qué hacer —contó el agente.

—¿Está arriba el jefe? —preguntó Gildo.

—No, ya se ha marchado. ¿Quieres que lo llame? Tardo un segundo, tengo una lista de los contactos, incluso tengo el número de casa del jefe.

—No, ni se te ocurra —espetó Gildo—. Nos vamos arriba. Por favor, no lo llames.

Dicho eso, Gildo y Bruno subieron por las escaleras y entraron en el despacho.

Al entrar, se percataron de que estaba Luca aún en su escritorio.

—¿Solo quedas tú? —preguntó Gildo.

—Sí, estaba contestando unos *mails,* ya me iba.

—¿Qué tienes que hacer esta noche, Luca? —preguntó Bruno, y Gildo se giró con el ceño fruncido.

—Nada, absolutamente nada.

Bruno rio.

—Bien, puede que nos tengas que echar una mano.

El rostro del agente Luca se iluminó y se levantó al instante haciendo el saludo militar.

—Claro que sí, a disponer.

—Siéntate, aún no tenemos nada que hacer. Sigue con tus cosas —replicó, y luego indicó el ordenador.

Se sentó y Gildo, a su lado de pie, introdujo la clave.

—Bien, si esto funciona, que me han asegurado los de la policía de Módena que funcionará, deberíamos ir bien.

Abrió una página web. La pantalla era completamente negra, solo con un pequeño recuadro en el medio. En ese espacio cabía una palabra, una contraseña, un código alfanumérico.

Buscó un mensaje del móvil para ver una contraseña larguísima que Gildo le tuvo que dictar.

Una vez escrita, le dio al intro.

Gildo y Bruno se miraron mientras un reloj de arena se movía en la pantalla.

Se quedó un buen rato así, pensando.

Apareció solo un mapa de Italia.

El mapa fue focalizando el centro del país.

Luego, enfocó la región del Lazio.

Roma.

En concreto, la zona oeste de Roma.

Y, por último, el aeropuerto de Fiumicino.

—¿El aeropuerto? —preguntó Gildo.

Bruno no dijo nada, se quedó pensando.

—¿Conoces ese lugar?

—Allí hay unas naves industriales de almacenaje para los aviones de transporte internacional de mercaderías.

—Claro, un lugar de entrada y salida de camiones, a todas horas, donde nadie pregunta y nadie se extraña que camiones entren y salgan a horas que en cualquier otro lugar levantarían sospechas.

—Vamos allí a ver qué hay, pero no tenemos refuerzos —dijo Gildo, indicando a Luca, que estaba trabajando en su ordenador.

Bruno encogió los hombros.

—Será suficiente.

—¿Nos la jugamos?

—Desde que he venido a Roma me la estoy jugando.

Gildo le tendió la mano, Bruno la miró y se la estrechó.

—Hacemos un buen equipo.

—No te acostumbres demasiado, Gildo, yo en nada estaré fuera de este lugar.

Gildo encorvó la boca.

—A lo mejor te gusta y te quedas.

Bruno cogió la chaqueta del respaldo de la silla.

—Roma es muy bonita, pero no es lo mismo visitarla que vivirla. Y yo estoy hecho para otras cosas —respondió Bruno—. Ahora vamos, a ver si este asunto se acaba esta noche y mañana, a otra cosa mariposa.

—Luca, *andiamo*, nos espera una misión especial —dijo Gildo mientras sacaba un revólver del cajón de su escritorio. Luca se levantó de golpe haciendo caer la silla al suelo.

—Empezamos bien —dijo Bruno con tono sarcástico, y salieron los tres por la puerta.

37

El GPS marcaba que el coche estaba quieto en una nave logística de la zona del aeropuerto.

Bruno, seguido por Luca con un Alfa Romeo gris camuflado, aparcó en la misma calle, a distancia, estudiando la zona, la situación.

Bruno no había activado el GPS por precaución hasta cuando ya no era más que necesario, cuando ya no tenía otra opción. Por un impulso del satélite, se podía activar, pero desde ese instante emitiría una señal que podía ser interceptada. Si la organización la localizaba, lo entenderían todo.

Activar ese dispositivo era la última carta que tenía que sacar Bruno y ese momento había llegado.

De la misma forma que los cazadores de la sabana se colocan en la dirección contraria al viento para que las presas no los huelan, Bruno había hecho igual. La calle de la nave que marcaba el GPS era sin salida, así que ellos se colocaron al fondo, donde era imposible que, si salían, los vieran.

Luca preguntó por qué se habían puesto allí y Bruno se lo explicó. Era improbable que salieran o llegaran, pero el azar era caprichoso, como la *pizza* que se acababa de comer.

—Ayer hubo carrera, hoy seguro que no habrá. Puede que incluso podamos entrar y registrar sin que nadie se entere —dijo Bruno, sentado en el asiento trasero del Alfa Romeo.

—¿Cómo dices? —pregunto, desconcertado, Luca, girándose en el asiento del conductor—. ¿Entrar? ¿Tienes el permiso del juez?

Bruno sonrió maliciosamente.

—Eso es para novatos, no me fastidies —espetó Bruno.

Gildo miró hacia otro lado.

—Luca, puede que nos expulsen del cuerpo, si quieres irte, lo entenderemos. No quiero que tu carrera sea más rápida que hacer una tortilla francesa.

—¿Qué decís? Llevo varios meses en esta comisaría y esto es lo más divertido que he hecho en mi vida. Vigilar —dijo, agarrando el volante a dos manos mientras miraba por el parabrisas el horizonte—, perseguir, disparar, correr, arrestar. No deseo nada más.

—Tranqui, gringo, no hace falta que pase todo eso… —se rio Bruno.

—En esa nave no parece que haya ninguna actividad —dijo Gildo, sentado en el asiento del copiloto—. En Google no sale nada. ¿Qué dominios hacen allí dentro?

Bruno bufó.

—Vete a saber —respondió.

—¿Seguro que está allí dentro el coche? —preguntó Luca.

—Seguro solo hay dos cosas, la muerte y la *mamma*. El resto es caos —respondió Gildo.

Luca lo miró.

—¿No era Hacienda?

—¿Hacienda? Pregúntaselo a los residentes del Principado de Montecarlo si pagan impuestos.

Bruno miró el reloj del salpicadero del Alfa Romeo, marcaba las diez de la noche.

—¿Os parece que esperemos un par de horas y miramos si entrar? —dijo Bruno—. Creo que a partir de las doce esto estará aún más tranquilo.

Los otros dos callaron, no era lo mejor esperar allí dos horas, pero era lo que tenían que hacer.

Cada cinco minutos un avión pasaba por encima de la cabeza de los agentes. La pista de aterrizaje del aeropuerto nacía a unos pocos kilómetros desde esa carretera.

Desde el cristal trasero, se podían ver cómo las luces rojas y naranjas de la pista estaban escondidas entre la maleza y los árboles.

La espera se hizo más larga de lo que esperaba Bruno, pero, al final, las doce llegaron.

A las doce en punto, Gildo y Luca se giraron hacia Bruno y este asintió.

Gildo pasó dos radios *walkie-talkie* con pinganillo.

—¿Dónde las tenías? —preguntó Bruno.

—Estaban en la guantera —dijo Gildo—. Creo que podrán servir.

Los tres se los colocaron.

—Esperad. Apagad la luz —dijo Bruno, y pulsó la consola del techo—. Si se enciende y alguien pasa, nos puede ver. Ahora sí, ¡vamos!

Los dos policías y Bruno salieron del Alfa Romeo gris. Distanciaban unos doscientos metros de la nave donde estaba el coche.

Se metieron en los hierbajos que anticipaban la nave. Fueron hasta el fondo y luego, hasta la parte trasera. Gildo y Luca habían sacado la pistola, pero la empuñaban apuntando al suelo.

Encontraron una verja y una puerta que daban al perímetro del establecimiento.

—¿Qué hacemos? —dijo Luca.

Gildo y Bruno se miraron alrededor, como si buscaran algo. Gildo advirtió que en las paredes de la nave industrial misteriosa había cámaras. Eso era un problema.

«Mierda», pensó Bruno.

Era como un gatillo en su cabeza. Si pasaban la valla, estarían vendidos y habrían perdido en un instante toda la ventaja que tenían.

—¿Qué hacemos? —preguntó Luca de nuevo.

Bruno se agachó y miró hacia la dirección contraria de la nave.

—¿Alguna idea? —preguntó a Gildo.

No le dio tiempo a contestar cuando un ruido extraño se comenzó a percibir desde la carretera. Los tres hombres se miraron perplejos. El ruido seguía constante y metálico. Bruno fue a la esquina que daba a la calle. Miró y no había nada.

Hizo señal a los demás y se adelantó para ver qué demonios era ese sonido.

Los policías lo siguieron.

Fueron avanzando hasta que el ruido se detuvo de repente. Al desaparecer y crearse el silencio, se pararon.

¿Qué estaba pasando?

Entonces se escuchó el ruido de un motor al arrancar, luego, otro. Bruno lo conocía bien. Se movió unos metros hasta tener perspectiva de la fachada.

Su asombro vino cuando entendió lo que estaba sucediendo, el portón principal se había abierto y estaban saliendo los camiones negros.

Indicó a los policías que se agacharan más hasta ponerse de rodillas y mirar entre los arbustos de la parcela de al lado.

Uno, dos, tres, cuatro. Todos los camiones salían de la nave, como Bruno pensó. Rio, pensando que esa noche era su noche de suerte, estaban presenciando el despliegue de una carrera más. Pero el portón no se cerró hasta que salió la otra parte del cortejo: un Rolls Royce negro y un Lamborghini verde.

«Bingo», pensó Bruno.

Los dos coches de lujo marcharon tras los camiones en la dirección contraria a donde estaban los coches de los inspectores aparcados. Entonces, el portón bajó, cerrando la nave.

—Ahora podemos entrar, no habrá nadie —comentó Luca.

Bruno negó.

—Ni hablar, los seguimos —dijo, y se levantó—. Venga, rápido.

Corrieron hacia los coches. Gildo, en el Alfa con Luca y Bruno, detrás.

—Luca, arranca, por todos los demonios. ¿Sabes ir rapidito?

Luca encendió el contacto y se frotó las manos.

—Nunca he esperado nada mejor —contestó por la radio que llevaban.

Engranó la primera y arrancó el coche, derrapando.

38

Salieron disparados del polígono industrial.

De la forma que Luca cogió un par de curvas, se sorprendió gratamente. El Alfa Romeo corría para atrapar al cortejo de la carrera.

—¿Gildo?

—Te oigo, Bruno.

—El chaval es patoso, pero corre como un demonio —dijo Bruno, siguiéndolos con el Porsche.

—Ya ves…, todo un descubrimiento —dijo con un tono casi asustado.

—No te acerques mucho, ¿me has entendido, Fittipaldi? —dijo Bruno a Luca.

Los coches atraparon al cortejo en un par de minutos; parecía un convoy de algún jeque que estaba por desembarcar en la capital.

Los persiguieron a distancia, sin levantar sospecha alguna. Recorrieron casi unos treinta kilómetros hacia el norte, dirección Firenze. En cada carretera cambiaba la dirección, la autopista, siguiendo el único patrón del azar.

De repente, dos camiones se separaron. Tomaron una salida y el resto siguió recto.

—¿Qué hago? —preguntó Luca.

—Tú sigue a los dos camiones con los coches detrás. Esos son los que llevan los coches de carreras —respondió Bruno.

Así hizo, y los siguió por unos veinte kilómetros más, en silencio, como si fuera un fantasma y a estricta distancia.

Hasta que estos también se desviaron y a pocos metros de abandonar la autopista se detuvieron en un parquin abandonado y sin edificios a su alrededor.

—¡Qué cabrones! Lo tienen todo supermedido y preparado —dijo Gildo.

—Llevan años haciéndolo sin casi ningún altercado —respondió Bruno—. Luca, párate a distancia y esperamos.

Este obedeció y se quedaron detrás de una valla publicitaria. No bajaron de los coches, solo miraban.

Los camiones se posicionaron uno enfrente del otro. Luego bajaron las plataformas con los bólidos sin ponerlos en marcha. De la puerta del copiloto del camión descendieron los pilotos, seguramente políticos, empresarios o vete a saber quién demonios tenía el dinero para eso.

La limusina se colocó a distancia, sin salir nadie, apareció una mano por la ventana del conductor y colocó una cámara en el techo.

Del Lamborghini verde bajaron Álvaro y su novia Cristina. Él, vestido con una camiseta hortera y un tejano; ella, con un mono vaquero.

Colocaron las luces y los GPS.

—Chicos, atentos —dijo Bruno.

Todo estaba pasando muy rápido. Ya había visto esa escena la noche antes, pero estaba el mecánico, Matteo Martini, que ahora lo había sustituido la persona que había pensado, la más cualificada que podía haber: Cristina.

Los pilotos se colocaron los cascos. Uno se hizo el signo de la cruz y el otro, un gesto de una religión que Bruno no conocía.

—Luca, ¿confías en mí? —preguntó Bruno.

Este no supo qué contestar. Miró a Gildo y este asintió.

—Claro.

—Bien. Entonces haz lo que te digo. Rápido o se nos escaparán. Arranca el coche y estréllalo contra el Rolls Royce. A toda velocidad.

—¿Cómo? ¿Cómo dices?

—Ese coche pesa casi cuatro toneladas. El tuyo es un Alfa Romeo 156. Si lo estrellas a toda velocidad en una rueda delantera, el eje se doblará y no podrá escapar con un golpe de gas.

—No entiendo.

—¡Ya! —gritó Bruno.

Cristina sacó el artilugio para arrancar el coche de Fórmula 1 y lo dejó en posición.

El Alfa Romeo apareció en escena a toda velocidad.

En la radio se escuchaba a Luca gritar a pleno pulmón, invadido por el miedo. De la misma manera que, así dicen, gritaban los pilotos japoneses que se estrellaban en las naves americanas en Pearl Harbour. Sin dilación, con miedo pero por una causa.

Gildo se agarraba con el cinturón ceñido a su cintura.

Cristina, Álvaro y los demás solo pudieron ver cómo el coche plateado se incrustaba debajo de la limusina del Sacerdote. Por décimas de segundo se apartaron los chóferes de los camiones para no ser atropellados. El impacto fue violentísimo. Los airbags del Alfa Romeo se dispararon, dejando aturdidos por unos segundos a los policías.

Bruno sacó la pistola de la guantera y entró en escena.

Álvaro y Cristina entraron en el Lamborghini, pero solo les dio tiempo de arrancarlo y hacer un metro cuando llegó el Porsche para cerrar el paso.

Bruno apagó el motor y se bajó del coche, apuntando al Lamborghini.

Los dos pilotos se sacaron el casco y lo dejaron en el suelo, luego se fueron detrás de los Fórmula, que ya estaban a punto de salir lanzados para la carrera.

—¡Quietos! —gritó Bruno—. Salid del coche.

Álvaro y Cristina salieron del coche con las manos arriba.

—Ni se os ocurra mover un dedo —gritó de nuevo Bruno.

Luca y Gildo fueron hacia el Rolls Royce pistola en mano.

—Maldito hijo de perra, nos la has jugado —gritó Álvaro a Bruno, y este le hizo un ademán en tono irónico.

—¡Fuera! —gritaron Luca y Gildo, apuntando a la limusina.

El coche había quedado parado tal y como había predicho Bruno: la rueda derecha anterior se había bloqueado, estaba plegada totalmente por el impacto. No podía ir ni adelante ni atrás.

Los cristales tintados del habitáculo impedían ver si los airbags habían explotado y cuántas personas había en su interior.

Entonces el motor del coche se detuvo.

—Salid con las manos arriba —ordenó Gildo.

Nadie se movía y nadie dio la impresión de que fuera a bajar del coche.

Gildo cogió la pistola y con el mango intentó reventar el cristal, pero este resistió, era blindado.

—Estás perdido, Sacerdote. Sal de una vez, maldito diablo —gritó Bruno sin dejar de apuntar a los otros dos.

Entonces una puerta trasera del Rolls Royce se abrió, dejando más sorprendidos a Álvaro y a Cristina que a los hombres armados.

La puerta que se abría en dirección contraria a las puertas normales se completó de abrir automáticamente con tan solo un botón desde el interior.

Salió humo, un gas blanco, fruto del impacto y posterior explosión de los airbags.

En esa niebla que siempre había envuelto al Sacerdote apareció una figura que dejó sorprendidos a todos.

39

El Sacerdote.

Misterioso desde el primer día hasta el último. Protegido por el anonimato. Blindado en su limusina del mundo exterior. Había conocido a Bruno y comprado él mismo el Fórmula 1 que estaba en esa escena, listo para una segunda carrera desenfrenada de algún adinerado.

Un hombre que dejaba su rastro por un laberinto de sociedades internacionales para ocultar su paso, para borrar las huellas de su existencia.

Había creado una organización ilegal de carreras que podía mover una cantidad de dinero obscena.

Y cuando quería conocer a alguien o hablar con él, usaba al esbirro, Álvaro, y una iglesia poco concurrida. El confesionario era el teléfono perfecto y no dejaba rastro.

Un artista del ocultismo y un profesional de la ilegalidad. Su carrera criminal estaba manchada solo por el accidente en Módena, aún cuando Malatesta era comisario y, hacía una semana, con la muerte de Lazzaro.

El humo blanco seguía saliendo del habitáculo oscuro. Todos miraban con expectación quién había dentro de ese coche.

De repente, una luz verde surgió en el interior.

Se fue haciendo cada vez más nítida hasta distinguirla: se trataba de una máscara con unas luces verdes led.

Bruno arrugó ceño y casi dio un paso hacia atrás. Asustado, no tanto por esa imagen que asomaba del humo blanco que se iba disipando dentro la limusina, sino por el recuerdo que se reavivaba.

Una máscara con una calavera de luces. Una boca cosida y unos ojos con forma de X.

Bruno sintió cómo se le iba cerrando el estómago cuanto más se acercaba esa imagen.

Puso un pie fuera de la limusina y luego el otro.

El hombre era alto y llevaba un traje con corbata. Se podía ver un pelo largo detrás de la máscara, solo eso.

Bruno lo tuvo claro, la máscara era la misma del caso Rizzato y del falsificador Fulvio Volta. El pasado había vuelto y aún no estaba cerrado del todo.

—Mira, mira a quién tenemos aquí —dijo el Sacerdote con la misma voz distorsionada y metálica del día del confesionario.

Bruno se quedó callado, necesitó unos segundos para procesar y hablar.

—¿Quién eres? —dijo, apuntándolo.

—El Sacerdote, ya me conoces.

—No, de verdad, quién eres.

—Da igual quién soy. Lo que sí importa es que tenía razón Álvaro. Por primera vez en su vida, tenía razón él.

Bruno se giró hacia el chico argentino musculado. Lo apuntó a él también.

Gildo y Luca apuntaban a todos de manera alternada, sin saber bien en quién centrarse.

—Álvaro tenía razón, no eras de fiar. Demasiadas cosas no encajaban bien contigo, Bruno Malatesta —dijo el Sacerdote, dando unos pasos hacia él—. Malatesta. Me sonaba, pero no me acordaba. Claro. En ese momento no había ni internet ni Google ni periódicos digitales. El nombre del comisario Malatesta asociado a la investigación del accidente de años atrás con ese Fórmula 1. Claro. Menudo fallo, está claro, estoy envejeciendo.

—¿Tú también estabas detrás de eso?

—Pues claro, tú eras un mocoso y yo ya era millonario. Desde siempre he usado las autopistas italianas como mi propio circuito.

—¿Por qué?

—¿Por qué, Malatesta? Porque era un negocio redondo. Los impuestos de los italianos pagaban el mantenimiento de mi circuito personal. La gente pagaba absolutas barbaridades por sentirse un rato un piloto de Fórmula 1 a pesar de ser clandestino —dijo, y se colocó erguido y con las manos detrás del cuerpo, en una posición de irreverencia.

—¿En qué tenía razón Álvaro? —preguntó Bruno.

—Pues que tenía que matarte y hacer desaparecer tu cuerpo. Trocearlo. Dárselo de comer a mis perros. ¡Oh! Y convertir tu viejo Porsche en un cubo de un metro cuadrado en cualquier chatarrero de la periferia de Roma.

Bruno apuntó al Sacerdote apretando con más fuerza la pistola.

—¿Así que fuiste tú quien nos envió a los de la moto? Querías intimidarnos en casa de Gildo.

El Sacerdote se quedó pensando un segundo.

—No, te equivocas. Yo envié a mi abogado a defender a Matteo Martini porque lo arrestaste. Desde luego, ¿no crees que era poco inteligente mandar al mejor abogado de Roma y luego matarlo en cuanto salía? Bruno Bruno, tú también te haces viejo.

—¿Entonces quién lo mató?

El Sacerdote se puso a reír y detrás lo hizo Álvaro.

—El policía eres tú, bueno, el que investiga. Así que eres tú quien tiene que averiguarlo.

—Quítate la máscara —ordenó Bruno.

—Ni por asomo.

Bruno miró a Gildo por un segundo. La situación, aunque la estaban controlando, era inestable como la nitroglicerina. No habían pedido refuerzos y se les podían escapar de las manos en cualquier momento.

—¿Por qué esa mascara y no otra, Sacerdote?

—La conoces, ¿verdad? Claro, cuando arrestaste a Matteo Martini, entendí que ese era el problema. Te conocía de Fulvio Volta. Tú pillaste a mi socio y amigo. Tenía que haberlo entendido antes y haberte liquidado sin dejar rastro. Pero los años te llevan a la indecisión y la indecisión, a dar pasos en falso.

—Por eso fue en Módena el primer accidente.

El Sacerdote levantó las manos indicando que tenía razón.

—Entonces, no entiendo, ¿por qué matar a Paolo Lazzaro?

—¿Matado? Fue un accidente, Malatesta. ¿Qué estás despotricando?

Bruno arrugó el ceño.

—A estas alturas puedes decirlo. No hace falta que lo niegues.

—¿Crees que estás en posición de decirme lo que tengo y lo que no tengo que hacer? ¿En serio? —gritó el Sacerdote con voz metálica.

—El coche tenía un manguito cortado. La falta de líquido de frenos hizo que no pudiera frenar y se estrellara.

—¡Malatesta! ¿Eres idiota o qué? ¿Crees que yo destruiría a mi propia gallina de los huevos de oro? ¿En serio? Te consideraba más inteligente.

Bruno dio un paso hacia atrás. Se pasó la mano por el pelo al mismo tiempo que abría la boca. Había entendido. Tardó en entenderlo, se estaba haciendo viejo, como decía el Sacerdote, y había obviado la realidad más cristalina. Eso era un gran fallo de cálculo.

Se giró, apuntando a donde estaba Álvaro.

—*Vaccaboia*. Claro, un mecánico ha manipulado el manguito. Y uno puede caer en el error de pensar en un hombre, no en una mujer —dijo Bruno, apuntando a Cristina.

40

Cristina dio un paso hacia atrás.

Estaba acorralada y no supo articular una sola palabra.

Álvaro podía estar enamorado, pero Bruno vio cómo su cara de sorpresa no mentía.

La mujer había dejado desplazados a todos.

—¿Cris? —articuló con dificultad el chico—. ¡Cris! ¿Tú, pero…?

—Yo… No es como dice, está mintiendo —intentó excusarse la mujer.

—No, es así, ¿verdad, Cristina? —insistió Bruno—. Seguro que, si cogemos tus huellas, coincidirán con las del manguito del accidente. Esto de ti no me lo esperaba. Bueno, creo que nadie se lo esperaba. ¿Quién mejor que la hija de uno de los mejores mecánicos de Stuttgart?

—¿Fuiste tú? —preguntó, indignado, Álvaro.

—Te acogimos como a una hija, Cristina.

La mujer cambió de repente de expresión.

—No, una hija no. Sois más mezquinos que las mismas serpientes —espetó la mujer.

—El día que te conocí, Álvaro, y me pediste ayuda con el Porsche Speedster, me extrañó. Y te pregunté si Cristina no podía arreglarlo. Me dijiste que no porque no sabía suficiente de mecánica. Eso me sorprendió, pero no le di mucha importancia. ¿Cómo no sabía de mecánica la hija de Garza? Eras un bebé y ya venías al taller, has vivido y crecido entre mecánica y coches. Seguro que sabrías desmontar y montar el Speedster por completo. Seguro que no lo arreglaste porque no querías delatarte —dijo Bruno sin apartar la pistola de la chica.

El Sacerdote no hablaba mientras Álvaro daba la impresión de estar viendo una mala película de domingo por la tarde y de no creerse la trama.

—¿Por qué? —insistió Bruno cuando la mujer aguantó la respiración mirando al Sacerdote.

Bruno también lo miró, pero en realidad no lo miraba a él, sino a su chófer, que, en medio de la revelación de la traidora, cogió una metralleta automática y comenzó a disparar.

La primera ráfaga le dio primero el Porsche, luego pasó al lado de Bruno y siguió su torpe trayectoria.

Las balas atravesaron el parabrisas del Lamborghini, que seguía encendido, pasaron cerca de Cristina y acabaron estrellándose en el camión antes de virar hacia el cielo. Una línea de arriba abajo. Solo una, porque el hombre no tuvo una segunda oportunidad de usar esa misma arma: le alcanzó una bala en plena frente.

Bruno, mientras se agachaba, vio cómo el joven Luca había disparado al chófer.

El Sacerdote se había refugiado detrás de la limusina.

Álvaro cayó al suelo agonizante y con un par de disparos en el cuerpo.

Cristina había desaparecido.

—Gildo, ocúpate del Sacerdote —gritó Bruno justo a tiempo porque el motor del Lamborghini rugió. A Bruno le dio tiempo a apartarse y no ser embestido por la chica al volante del bólido verde.

Empujó el Porsche y desapareció en la oscuridad del parquin.

Bruno miró su coche, su Porsche tenía varias balas incrustadas en la chapa.

—Mierda —gritó.

A los pocos segundos, la chica encendió las luces y pudo ver cómo tomaba la autopista hacia Roma.

Se giró hacia el escenario que se acababa de desmadrar, no tenía muchas opciones. Apuntó a uno de los chóferes de los camiones y le ordenó ayudarlo.

Agarró un casco y se lo puso sin abrocharlo.

—Arranca —ordenó, y se colocó la pistola dentro de la chaqueta de cuero.

En cuanto entró en el monoplaza rojo, el mismo que había vendido al Sacerdote, el hombre activó el motor de arranque externo y el Fórmula 1 se puso en marcha.

El ruido era tremendo. El casco lo amortiguaba, aun así, habría necesitado unos tapones de silicona para que fuera soportable. Pero no había tiempo.

Apretó el embrague y rascó la marcha al meterla.

Soltó el embrague y el coche arrancó a trompicones.

Siguió al Lamborghini, que ya no se veía.

El oscuro parquin le impedía ver dónde ir. Quitó el pie del acelerador y buscó el interruptor de las luces. Tenía que estar por allí.

—Vamos, vamos —gritó Bruno.

Las luces led para que los Fórmula se alumbraran de noche tenían que estar por algún lugar. Por fin encontró el interruptor y apretó el acelerador.

El frío motor de doce cilindros en V de Ferrari arrancó borboteando, a trompicones, como si se estuviera quejando del maltrato, de apretarlo en frío.

Cuando el coche comenzó a revolucionar el motor, ya estaba fuera del parquin y bajó por un escalón, por detrás saltaron chispas.

—¡Augh! —gritó Bruno por el salto y el latigazo en la espalda.

Volvió a acelerar y metió la segunda, y la tercera. El Fórmula se calentaba a marchas forzadas.

Entró en la autopista por el mismo lado que Cristina. Cogió a toda velocidad la curva y en cuanto pisó el asfalto introdujo la cuarta, la quinta y la sexta. El motor estaba al máximo de su potencia. El cuentarrevoluciones marcaba doce mil, con la misma compresión que una moto, el cuentakilómetros marcaba trescientos cincuenta por hora.

Las vibraciones del volante eran tremendas. Esa velocidad y esa fuerza para mantener el bólido en la carretera recto no las aguantaría mucho tiempo.

Estuvo corriendo tantos minutos que perdió la noción del tiempo. Hasta que unos puntos rojos se fueron acercando rápidamente, un tráiler de mercancías. Lo pasó como si hubiese estado parado.

Al cabo de unos minutos más, otros puntos rojos se fueron acercando despacio. Necesitó mucho más de lo que pensaba para alcanzar al Lamborghini verde, que circulaba, por suerte, a una velocidad inferior.

Cuando la figura del Fórmula 1 apareció en el retrovisor, el coche dio unos ligeros movimientos laterales: Cristina se había asustado.

Entonces pisó el freno, abalanzándose sobre el Fórmula de repente. Bruno la esquivó como pudo, pero el coche verde dio un golpe al alerón delantero del Ferrari. Este estaba enganchado solo de un lado y el otro, que tocaba el asfalto, estaba generando una estela de chispas.

En cuanto Cristina vio las chispas, pisó el acelerador y el Lamborghini fue recuperando distancia del Fórmula 1.

Unos instantes después, el alerón, por un juego del aire a alta velocidad, saltó y voló detrás del coche. El Fórmula, a pesar de que Bruno pisaba el acelerador, fue perdiendo velocidad.

Bruno podía ver cómo la aguja del carburante bajaba a simple vista. Aguantar más tiempo a esa velocidad habría consumido toda la gasolina.

Cristina se estaba escapando, ganando terreno a Bruno. Enseguida vio la primera salida hacia Roma y la cogió con el Fórmula detrás.

Se metieron en la Via Salaria. En cuanto el monoplaza tocó la carretera urbana, el chasis por debajo comenzó a echar chispas. Ese asfalto no estaba hecho para los monoplazas.

Cristina fue adelantando furgonetas y los pocos coches que circulaban por la calle esa noche.

Al final de la Via Salaria, Cristina giró hacia la izquierda, pasando delante del parque de la Villa Albani Tornionia, a esa hora, con las luces que iluminaban el verde parque.

Luego giró a la derecha hacia Porta Pia y el monoplaza la siguió a distancia. A Bruno, a pesar de todo su empeño, cada momento le costaba más sujetar ese bólido en el frío asfalto de la ciudad.

«¿Cómo puedo detener ese coche con este trasto?», pensaba.

El Lamborghini aceleró hasta el monumento con una puerta central y giró inesperadamente a la derecha; el bólido se le cruzó, haciendo un trombo. Bruno llegaba a toda velocidad y fue directo a embestir el coche, pero cuando estaba a punto de cogerlo, la chica aceleró y lo esquivó.

Bruno frenó clavando las ruedas en el asfalto, haciendo varios metros de lado. Cuando se detuvo, vio cómo la mujer estaba derrapando entrando en la Via de Venti Settembre.

La chica, después de varios trombos, consiguió enderezar el bólido verde y coger la dirección al centro de Roma.

Bruno consiguió que no se apagara el motor, o ya no habría podido volver a encenderlo.

Cuando pudo meter la marcha, se dio cuenta de que el depósito del coche ya estaba con escasa provisión.

Rascó, pero la marcha entró y soltó el embrague. Aceleró apurando revoluciones y siguió a la chica. Bajó por Via Venti Settembre hasta la iglesia Santa María della Vittoria, donde Cristina giró a la derecha por Via Barberini.

Bruno ya se estaba quedando sordo por el estruendo de los caballos del motor del Fórmula 1. Los edificios históricos que pasaba por la Via de Roma hacían de caja de resonancia. A su paso, las luces de los apartamentos se iban encendiendo, asustadas por lo que sucedía en la calle.

Seguía pensando continuamente en la frase clave, en cómo iba a detener ese coche antes de quedarse sin gasolina. Como la chica se equivocara en otra curva o la atrapara, no la dejaría escapar, no habría otra oportunidad.

Cristina siguió por Plaza Barberini, en la que a esa hora solo había unos taxis despiertos y listos para su próximo cliente. La Fontana en el medio de la plaza iluminaba el mármol blanco con el niño que sujetaba el cuenco de la fortuna.

Al final de la plaza, cogió Via del Tritone y el cambio de rasante hizo rascar al Lamborghini, haciéndole perder el control del coche por unos instantes.

Detrás, a pocas decenas de metros, estaba siempre Bruno. Al pasar delante de los taxistas, le dio tiempo de ver cómo había gente que estaba de pie mirando los dos coches, boquiabierta por lo que sucedía.

El monoplaza entró en Via del Tritone volando por el cambio de rasante. Bruno no se lo esperaba y, tras el susto, le costó más aguantar el aterrizaje del coche y posterior coleteo por el salto. El chasis crujió como si fuera a romperse, como un barco que aterriza después de una ola y da la impresión de partirse.

Cristina continuó y, al ver que aún la perseguía, dio un volantazo a la izquierda, hacia Viale de la Stamperia, pensando que el monoplaza no conseguiría alcanzarla.

Aceleró en la callejuela y rascó el trasero en el muro del primer edificio. El suelo de adoquines la hizo perder el control del coche y acabó con todo el lateral estampado.

Por detrás llegaba Bruno y, al ver que se había chocado, pensó que la tenía.

Entonces el Lamborghini arrancó de nuevo patinando y coleteando.

Bruno entró más suave al ver el comportamiento del coche perseguido. A pesar de entrar suave, el coche coleteaba. A cada acelerada, patinaba y perdía el

control. El Fórmula 1, sobre los adoquines, sentía el mismo efecto que circular sobre hielo.

Cristina avanzó hasta pasar la Fontana de Trevi y cruzarse con una patrulla de policía que estaba allí. Los agentes vieron ambos vehículos, conectaron las sirenas y los persiguieron.

Bajaron por Via de la Pilotta a contra mano. Una moto consiguió esquivar al Lamborghini metiéndose entre los pilones laterales.

Los dos coches se deslizaban sobre esa carretera llena de coches aparcados a la derecha y puentes encima de sus cabezas.

A algunos coches se les disparaba la alarma por las vibraciones del motor del Ferrari monoplaza.

El Lamborghini, en plena carrera de supervivencia, giró al final a la derecha, hacia Plaza Venecia, y giró a la izquierda al lado del monumento de Vittorio Emmanuelle. Allí había otra patrulla de policía que llegaba como refuerzo de la que se habían encontrado en la Fontana y los perseguía.

El Lamborghini la esquivó y el monoplaza también.

Siguieron a toda velocidad sobre el asfalto urbano, sorteando el monumento y bajando por los Foros Imperiales.

La gasolina disminuía.

Bruno vio desde lo bajo de su monoplaza la miríada de arcos del Coliseo iluminado y desierto. Casi se distrajo. Solo era cuestión de tiempo atrapar a Cristina. Sí, y luego explicar quién era y qué hacía él con un monoplaza por las calles de Roma.

El Lamborghini derrapó con el culo haciendo una curva al puro estilo *drift* por el lado del Coliseo y bajó por Viale San Gregorio. Los coches de policía salían como setas, así que Cristina se la jugó al todo por el todo. Giró a la izquierda por Via de Cerchi. El Lamborghini dio un golpe contra un bordillo y reventó una de sus enormes ruedas; el neumático explotó. Al intentar cruzar el Circo Massimo por un sendero de gravilla, se detuvo. El coche, en una extrema y desesperada huida, se había detenido al fin.

El monoplaza llegó a toda velocidad, giró hacia el coche y el bajo morro se estrelló en el escalón de entrada al Circo Massimo.

Dio dos vueltas de campana y se quedó bocabajo.

A Bruno le costó recuperarse del golpe, pero se desabrochó los cinturones y consiguió deslizarse por la cabina.

Cuando estuvo fuera, se alzó y vio cómo la chica intentaba sacar el coche de la gravilla acelerando el Lamborghini. Patinando sin remedio.

Bruno disparó en el aire.

Un hilo de sangre bajaba de su frente y entraba por los labios dándole un sabor a óxido. Tenía el hombro desencajado, pero caminó hacia el coche verde.

Al segundo disparo, la chica paró el motor y bajó.

—La carrera ha acabado, Cristina —dijo jadeando Bruno—. Ahora me tienes que explicar un par de cosas.

41

Cristina se parecía a su padre. O, por lo menos, así lo veía Bruno.

Seguramente, si se lo hubiesen preguntado a otra persona, el parecido no habría estado.

El día que la conoció era un bebé de pocos meses. Pequeña, indefensa, como todos los mamíferos.

Nunca, ese día del siglo anterior en Stuttgart, se hubiera imaginado esa situación. Después de perseguir a la mujer y acabar en el Circo Massimo apuntándola con una pistola. Nunca.

Nunca, porque los hijos de los amigos siempre se cree que serán como los padres.

De tal palo, tal astilla, dice el proverbio.

Bruno pensó que, ese refrán, quien lo había hecho era que no había conocido a Cristina, si no, se lo habría callado.

Porque esa mujer rubia con el pelo enmarañado y respirando rabia no se parecía en nada a su padre.

—¿En qué te has convertido, Cristina? Tu padre…

—¿Mi padre? ¡Mi padre era un simple mecánico! Nunca habría podido permitirse conducir un Lamborghini como este.

Bruno no dejaba de apuntarla. Dio un paso hacia ella. La bestia verde estaba parada en medio del Circo Massimo, en el mismo lugar donde dos mil años antes se hacían carreras de caballos y carros. Un paralelismo interesante, pero Bruno no estaba para darse cuenta de eso. Él solo quería saber por qué. Por qué la hija de su mejor amigo de Alemania había llegado a cometer un asesinato. En su cabeza no cabía a pesar de que lo podía argumentar.

—Tu padre era una buena persona —gritó—. Deberías avergonzarte tremendamente de esto. *Vaccaboia*.

—Qué vas a saber tú, que te marchaste de tu casa y no hablabas con tu padre.

—Mi padre era autoritario y, a pesar de ser lo que era, nunca he matado a nadie, ¿me oyes? ¡Cristina, has matado a una persona! Joder, te he visto nacer, por Dios, podría ser tu maldito padrino. ¿Por qué has hecho eso?

—¿Por qué? —gritó de vuelta la mujer, llorando, con el rímel que le corría por su tez clara.

—¿Por qué mataste a Lazzaro?

Bruno se quedó callado, sin bajar el arma.

—Porque estaba descubriendo la verdad.

La expresión de Bruno cambió a decepcionado.

—¿La verdad? ¿Cuál es la verdad?

—El abogado estaba descubriendo la verdad sobre Nina Zuccoli, la niña desaparecida.

—Sé perfectamente quién es. ¿Qué tienes que ver tú con ella?

Ella miró a su alrededor y, mientras se dibujaba una sonrisa en su rostro, se pasó la lengua por los labios. Al mismo tiempo, levantó los brazos, rendida a la situación.

—Creo que ya mucho no puedo hacer.

—¿Qué sabes de Nina Zuccoli? —insistió Bruno mientras bajaba el arma.

—Vive en casa de Álvaro. Pasó por delante de ti el otro día, el día que nos volvimos a ver…, el día que conociste a Álvaro. Estábamos allí.

Bruno arrugó el ceño y se apoyó una mano en la frente.

—Ahora me acuerdo, el cuadro que tiene en su despacho Zuccoli. El tío. Todos pelirrojos, ella salió igual a los genes del tío y no de los padres. Pero ¿y ella no lo sabe, no quiere volver a casa? ¿No sabe que su padre se suicidó porque ella desapareció?

—Ella no sabe nada. Si lo hubiese sabido, habría heredado —respondió riendo.

Bruno no entendía ese enredo. ¿Qué tenía que ver ella y por qué no quería que Nina volviera a casa? ¿Por qué? ¿Qué ganaba ella con todo eso? No lo comprendía.

—Cristina, ¿qué tienes que ver con toda esta mierda?

—¿Es que no lo entiendes, Bruno, de veras?

Él negó.

Detrás, las sirenas de la policía pasaban de un lado al otro, buscando los dos coches y, por supuesto, a ellos dos.

—Rápido, Cristina.

Ella se encogió de hombros.

—Es verdad, eres hombre, te cuesta procesar las cosas… Por amor, Bruno, ¡por amor!

Bruno se extrañó.

—¿Cómo? ¿Por amor? ¡Qué me dices, me estás tomando el pelo!

Ella ni se inmutó, siguió firme en lo que había dicho.

—Cristina, no te habrás enamorado de… —dijo, y se detuvo por el asco que le producía decir el nombre de esa serpiente.

Ella asintió.

—Sí. De él, ¿y qué pasa?

—¿Te has enamorado de Vittorio Zuccoli? ¿En serio? ¿Ese baboso hijo de perra y embustero?

—¡No hables de él así! No le llegas ni a la suela de los zapatos —gritó, señalándolo con el dedo mientras daba un paso hacia adelante.

—No me lo puedo creer. Es una mala persona y tú, en cambio… —dijo Bruno, pero al mismo tiempo comenzó a ver a la mujer que era y no a la que tenía idealizada fruto de la amistad con el padre—. Bueno, supongo que al final las malas personas se juntan.

Las sirenas se aproximaron y Bruno se giró. Un todoterreno azul se acercaba a gran velocidad. Detrás, más patrullas.

—¿Te lo pidió él?

—¿Qué dices, Bruno?

—¡Que si te pidió él matar a Lazzaro!

—Claro que me lo pidió él.

—¿El Sacerdote sabe quién es la niña?

—Claro que lo sabe, por eso estaba en casa de Álvaro.

—Ahora entiendo, cuando antes el chófer del Sacerdote disparó a Álvaro, tú lo primero que pensaste fue en escapar, no en ayudarlo. No lo quieres, eres la maldita amante de Zuccoli y hacías el doble juego —dijo Bruno, sacudiendo la cabeza sin dar crédito a la evidencia.

—Quietos. Al suelo. Baja el arma.

—Cristina, ¿es que no lo ves?, Zuccoli es un traidor. Te ha usado desde dentro para matar a Lazzaro, para que pareciera un accidente e incluso dándole igual que eso pudiera dañar a la persona que había orquestado todo el secuestro de la niña. Te ha usado y te habría tirado a ti también a la cuneta, como un pañuelo sucio.

—¡No es verdad! No conoces a Vittorio Zuccoli, él no es como lo estás describiendo.

—Suelta el arma y échate al suelo, es una orden o dispararemos.

Bruno estaba iluminado por un faro de luz que provenía desde el aire. Un helicóptero estaba volando encima de ellos.

—¡Estáis rodeados! —Se escuchó desde el vehículo.

—Claro. Ahora lo entiendo. Si hubiera dejado salir a la luz la verdad, es decir, que la niña seguía viva, habría heredado de su padre y ya no sería el dueño de la fábrica y acabaría en la prisión. Había que acabar con el abogado. ¡Qué fuerte, Cristina! —dijo, negando mientras apoyaba la pistola en el suelo y se estiraba.

Pocos segundos después, los policías lo alcanzaban y lo esposaban como al peor de los terroristas. Luego, hicieron lo mismo con la chica.

42

El sonido de una puerta metálica despertó a Bruno.

Arrugó sus facciones por la infernal luz que entraba por la ventana. Ya era mediodía pasado, el fino colchón de la celda era más duro de lo que le pareció al entrar en medio de la noche.

El calabozo nunca es un buen sitio para dormir.

El discurso que había entregado a la policía del porqué estaba recorriendo Roma con un Fórmula 1 no tuvo mucho éxito. Después de hacerle las fotos y tomar sus huellas, se quedó a disposición judicial. La prensa y la televisión no hablaban de otra cosa en Italia y la policía se jactaba de haber atrapado al organizador de la carrera de Fórmula 1. Esa noche habían desafiado al Estado con una carrera en toda regla por las calles de Roma.

En parte era verdad, al jefe de las carreras lo habían metido entre rejas, pero no era, precisamente, Bruno.

Sus tímpanos sufrían las secuelas de no haberse puesto los tapones. Aún resonaba un pitido lejano del estruendo continuado del monoplaza que le martilleó durante varias horas por la capital.

La puerta metálica que daba al pasillo se cerró. Un hombre se detuvo delante de las rejas, colocando los brazos en sus costados. Las retinas, recién despiertas, tardaron en enfocar la cara del hombre.

A los segundos reconoció la silueta de un hombre de una complexidad física abocada a la buena mesa.

—*Buongiorno*, comisario Esposito. ¿Qué hace usted por aquí?

El hombre se alzó de puntillas.

—*¿Buongiorno?* ¡Será para ti *buongiorno*!

—No lo veo muy feliz de haber capturado a su hombre —dijo Bruno, estirando los brazos hacia el techo.

—Bruno, ¿sabes lo que he tenido que mover para poder liberarte?

—Me lo puedo imaginar.

—No, no te lo puedes imaginar. ¿Por qué no me avisasteis de vuestra estelar actuación?

—¿Qué pasó con el Sacerdote?

Al comisario le costó expresarlo, se lo veía visiblemente forzado a decir lo que le estaba pidiendo Bruno.

—Sí, Gildo y Luca cogieron al Sacerdote y a toda la banda de las carreras, pero habéis actuado por libre y os ha salido el tiro por la culata. Y la culpa es toda tuya, Malatesta. Eres un irresponsable.

Bruno rio.

—Sí, desde luego soy un irresponsable, pero es lo que hay. Yo no soy policía y nunca lo seré, comisario. Ya he acabado. ¿Me puedo marchar?

—¿Marchar? Si no fueras el hijo del comisario Malatesta, te deberían meter en la cárcel por lo que has hecho.

—¿Yo? ¿Qué he hecho?

Esa pregunta no le sentó muy bien al comisario.

—Conducción temeraria, pertenencia ilegal de arma de fuego, desobediencia a un oficial, destrozo de material urbanístico y patrimonio del Estado y de la humanidad, conducción sin seguro y de un vehículo a motor sin matrícula, ¿en serio tengo que continuar, Malatesta?

Bruno se encogió de hombros.

—Entonces, ¿qué haremos, nos vamos o me tengo que sentar otra vez?

—Tendrás que responder de tus cargos otro día —dijo el comisario a regañadientes—. Ahora tienes que venir conmigo —concluyó, e indicó al guardia del calabozo que abriera la puerta.

—¿Dónde vamos, comisario?

—El hombre que dices, el tal Sacerdote, quiere verte.

—¿Verme a mí, comisario? ¿En serio? ¿No me puedo ir y ya está?

Él negó.

—No dirá nada hasta que te vea.

Bruno levantó las cejas, perplejo, por la extraña petición del detenido.

Salieron de la celda y subieron al primer piso. Cuando llegaron, antes del vestíbulo, un agente le dio un chaleco antibalas y se lo ciñó al torso.

—¿Y esto?

—¡No sabes la que has liado allí fuera! —dijo el comisario, mirándolo de soslayo.

En cuanto puso un pie fuera del edificio, lo entendió. Una masa de gente se había acercado, una parte lo incitaba con pancartas y elogios como si fuera un actor de Hollywood o una *rock star*. Otra, con carteles de mandarlo a trabajos forzosos, grupos de activistas por el medio ambiente y culturales por haber profanado y destrozado monumentos de Roma.

Malatesta se quedó anonadado. Jamás se habría imaginado que hacer el bien y atrapar a un criminal levantaría esa polvareda social.

Entró en la furgoneta de la policía y, escoltado por dos motocicletas, lo llevaron hasta otra comisaría, la más cercana de donde había sido detenido el Sacerdote.

En ese edificio, que disponía de subterráneo, se metió el convoy y salieron del aparcamiento interno.

Bruno cruzó los pasillos delante de decenas de policías que lo miraban con recelo, casi detestándolo.

Se detuvieron delante de una puerta. Por la pequeña ventana se veía a una persona sentada de espaldas.

—¿Tiene cámaras?

El comisario dijo que no.

—¿Y por qué?

—No es un interrogatorio y es lo que ha designado el juez, gracias a su abogado, tu amigo Gilberto Russo. Ya conoces cómo es.

—Me acuerdo, sí —dijo Bruno, e hizo una señal al guardia, que le abrió.

Al entrar, se olió un perfume caro que arrojaba la habitación, el mismo que olió en el confesionario. El pelo engominado hacia atrás era canoso y largo. Ni siquiera se giró.

—Siéntate, Bruno —dijo, indicando con la mano la silla libre.

43

La mano que lo señaló era cuidada.

Llevaba camisa, un centímetro más larga de la manga del traje entallado y caro. Los gemelos que sujetaban el puño eran de oro.

En ningún momento el hombre se rebajó a girarse a mirarlo, esperó a que estuviera frente a él para dignarle una mirada.

Bruno separó la silla, distante, a dos palmos de la mesa.

Entonces levantó la vista.

Los dos se quedaron mirando. El hombre podía tener unos sesenta años pasados. Delgado y con unos ojos profundos, inexpresivos, que lo estudiaban fotograma por fotograma.

Llevaba una corbata con un nudo que parecía recién hecho. Juntó las manos y, con un tono tranquilo, habló.

—Por fin nos vemos.

Bruno no contestó. La voz del hombre era profunda, como sus pupilas, en las que no se veía el fondo, como un pozo de agua.

—Gracias por venir.

—No vengo por placer, ni por mi voluntad, me han obligado.

El hombre esbozó la primera expresión, un pequeño movimiento lateral de la boca.

—Me gustaría irme. ¿Qué quiere?

—Siempre tan directo…

—Mire. No tengo tiempo que perder —replicó.

Del otro lado del cristal de la puerta, el comisario le indicó que se sentara.

—¿Otra vez con esto del tiempo? Tranquilo, una vez que salgas de aquí, no me volverás a ver jamás. Ni yo a ti. Así que siéntate.

Bruno lo hizo.

—¿Para qué quería verme?

—Pensaba que lo tenía todo controlado, te aseguro que yo lo controlo todo, pero siempre hay una variable que se te escapa. Tú me la has hecho ver.

—¿Cristina?

Él asintió ligeramente.

—Parecía una chica de fiar, pero hasta las personas de más confianza pueden traicionarte de forma vil.

—Bueno, te ha ido bastante bien, ¿no? Treinta años montado en este tema. Te habrás enriquecido bastante. Lástima que ahora no podrás gozar de tu dinero en la cárcel.

El Sacerdote rio.

—¿Eso crees? ¿Que iré a prisión? Estás muy equivocado, Bruno Malatesta.

Bruno afinó la vista.

—Te meterán en la cárcel hasta que tengas tantos años que no podrás ni contestar a un maldito móvil.

—Te equivocas. Yo no existo. Yo no tengo pasaporte.

—Por cierto, ¿cuál es tu verdadero nombre?

—Sería muy inapropiado que te lo dijera, te puedes quedar con el Sacerdote.

Bruno dio un puñetazo en la mesa. El otro hombre reaccionó con un suspiro.

—¿Cómo te llamas?

—Puedes llamarme el Sacerdote.

—¿Qué le ha pasado a Álvaro?

—Ya lo sabes.

—He estado incomunicado. ¿Qué le ha pasado?

—Era un chico fuerte, pero no ha sobrevivido a dos balas —respondió con un tono ligeramente entristecido, demostrando una humanidad inesperada—. Solo quería darte las gracias y decirte que nuestra aventura se acaba aquí.

—¿Y esto no podías habérmelo dicho por *mail* o por mensaje?

—No uso móviles, ni ordenadores. Quería decírtelo en persona.

—¿Y solo eso? —preguntó con desprecio—. ¿Crees que tienes tanto dinero que puedes hacer lo que quieras? Bueno, pues ahí va la maldita noticia del día: tu dinero no te servirá entre rejas, ¿me has oído? ¡No te servirá!

El hombre sonrió de nuevo.

—Donde voy yo hay palmeras y arena blanca y fina. Tú te irás al diablo y allí no sé si hay de eso. De momento aún me queda mucho tiempo para descubrirlo.

—Qué equivocado estás.

—Tú, Bruno, tú lo estás. Yo no tengo documentación, no soy nadie y no he hecho nada. Nadie me conoce ni ha visto nada que pueda involucrarme en esto.

Bruno se acercó a la mesa y lo apuntó con el dedo.

—Espera, ¿tú? No, tú me has comprado un Fórmula 1 que has usado para una carrera. Lo he visto yo, he visto cómo me has pagado un millón de euros y has caído como un tonto.

—Tonto es el que cree ver sin ver. Yo nunca te había visto antes. Nadie puede probarlo. Ni nunca nadie antes me ha visto. Yo soy un ciudadano del mundo con la mala suerte de pasar por allí en el momento equivocado. Mi abogado se lo está explicando al juez, en… —dijo, y miró el reloj de pulsera con un movimiento lento y una cierta elegancia— pocos minutos vendrán a abrir esa puerta y me rescatarán.

—Pero yo hablé contigo en un confesionario.

El Sacerdote se encogió de hombros.

—No, te equivocas. Yo no era, ¿tú me viste? No. Nadie me vio —dijo, y acabó con retintín—. Como te he dicho antes, Bruno, ¡yo no existo!

Bruno se quedó boquiabierto porque el hombre tenía razón. Nunca se lo había visto y con la máscara y la voz distorsionada, era imposible incriminarlo.

—¿Por qué la máscara?

El hombre subió las cejas, eso pareció divertirlo.

—Me la puse por ti, porque sabía que entenderías todo. ¿Crees que Volta habría tenido el dinero suficiente para montar todo lo que hicimos explotar después? Fulvio Volta era mi socio. Ni más ni menos. ¿Qué te piensas? Nuestro mundo del motor es más pequeño de lo que crees. En definitiva, la vida es un pañuelo y las coincidencias no existen.

—Pero tú confesaste delante de mí y de Luca y de Gildo…

La llave de la puerta se abrió por fuera.

—Como te he dicho antes, Bruno, mi abogado me viene a buscar —dijo, y cuando se levantó, se abrochó el botón de la americana y se ajustó los puños de la camisa—. Las palabras se las lleva el viento. Cuídate, Bruno. Gracias por Cristina. —Se dio la vuelta, dio dos pasos y, sin girarse, concluyó—: Por cierto, Bruno Malatesta, saluda a tu padre. Explícale esta conversación, él lo entenderá.

Y salió por la puerta.

A Bruno lo invadió un sentimiento de impotencia y de rabia de igual proporción. Luego se le puso la piel de gallina, ¿qué tenía que ver con su padre?

Ya poco importaba, el Sacerdote se había fugado por la puerta principal y de forma legal.

EPILOGO

Gildo lo acompañó hasta el Porsche.

El parquin trasero de la misma comisaría de donde acababa de salir el Sacerdote.

El inspector tenía ojeras por no haber dormido, la barba más larga de lo normal y la misma camisa del día anterior con palmeras naranja.

Bruno abrió el coche con el mando a distancia.

—¿Así que te vas? —preguntó Gildo.

—Sí, no se me ha perdido nada en esta ciudad. Pasaré por el hotel y me iré.

Gildo lo miró con desconsuelo.

Bruno lo vio y le apoyó un brazo en el hombro.

—Gracias por todo.

—No, Bruno, gracias a ti, sin ti y sin tu ayuda, no podríamos haberlo desmantelado.

—¿Y el Sacerdote?

—El comisario dice que no hay pruebas. El juez ha ordenado soltarlo. Lo están siguiendo, pero lo más seguro es que coja un *jet* privado dirección Suiza, México u otro país sin extradición.

Bruno asintió.

—¿Y la chica?

—¿Nina Zuccoli?

—Sí.

—¿Ves a esos hombres? —dijo Gildo, indicando a unos policías con uniforme de asalto—. Ahora iremos a buscarla y la devolveremos a su familia.

—¿Y Zuccoli?

—Pues ya sabes, irá a la cárcel. Creo que se lo merece.

Bruno asintió.

—Bruno, ¿seguro que no quieres venir conmigo a buscar a esa chica y explicarle quién es su familia?

—Papá Noel no se queda a ver la cara de los niños. Reparte regalos y se va. Ahora es cosa tuya, Gildo. Tus bocadillos son muy buenos, pero tienes más madera de inspector. Te falta experiencia, pero eres un buen policía. Seguro que tendrás mucho éxito con esto… —dijo Bruno, señalando la comisaría.

Gildo abrazó a Bruno, que se metió en el coche.

—Por cierto —dijo Gildo mientras sacaba de su chaqueta un papel plegado —. El comisario me ha dicho que te diera esto.

Bruno lo cogió.

—¿Qué es?

—¿No lo has mirado?

Gildo dijo que no.

—Es un documento que explica qué son esos… —dijo Bruno mientras salía del habitáculo y enseñaba a Gildo los orificios del capó.

Gildo se echó a reír.

—Bien pensado.

—Ahora sí, me voy, Gildo, te dejo el testigo.

—¿Y después de recoger la maleta, dónde irás? ¿Tienes un plan? —preguntó, como si quisiera alargar ese momento, como si no quisiera que Bruno se fuera, como si el inspector se hubiera encariñado de Bruno.

—¿Conoces a un tal Brock Keen?

—Ni idea. ¿Quién es?

—Es un tipo americano, loco de atar. Lo sigo en Instagram desde hace tiempo. Su cuenta es @996roadtrip. Tiene un Porsche como este pero más moderno y le ha colocado una tienda de campaña en el techo, de esas que se despliegan hacia arriba. Haré lo mismo y recorreré Europa, me pararé en sitios que me gusten y buscaré trabajillos, ayudaré, descubriré, en fin, viviré.

Gildo sonrió mientras asentía con la cabeza.

Bruno cerró la puerta y bajó la ventanilla.

—Lo dicho, te dejo el testigo…

—Lo has dicho antes, ¿el testigo? ¿Qué demonios dices?

—Pues el testigo de investigar, de encerrar entre rejas, de capturar, de dejar un mundo un poco mejor del que encontraste. Esto es lo que tiene que hacer

un inspector, restablecer el orden quebrantado por criminales.

Gildo asintió.

—Me lo explicó mi padre. No tengo que nada que ver… —dijo, metió la primera e hizo amago de irse, pero se detuvo—. Por cierto, dale las gracias a tu madre, es un fenómeno, me hubiera gustado despedirme, pero, por favor, hazlo tú por mí.

—Cuenta con ello. No te lo he dicho, pero tiene un libro de recetas. Te lo mandaré, aunque si vas a vivir en una tienda de campaña, te será difícil.

—No, no, mándamelo por *mail*, nunca se sabe… Algún día, quién sabe, vuelvo a casa.

—Por cierto, ¿dónde has dejado la maleta con el millón de dólares?

Bruno le guiñó un ojo y arrancó.

—Se lo he dejado a gente que lo necesita más que tú y que yo…

—*Ciao*, Bruno —dijo, y se despidió con la mano.

Bruno giró a la derecha y el Porsche Targa desapareció detrás del muro para siempre.

Bruno Malatesta se fue e hizo todo lo que le había explicado a Gildo. Viajó con su Porsche por muchas ciudades de Europa hasta que su madre enferma murió y volvió a sus orígenes, a Módena. Pero esa es otra historia.

Nota del autor

Querido lector, antes de nada, ¡gracias!

Gracias porque si has llegado hasta esta novela, llevas con Bruno y conmigo un viaje de varias aventuras.

El camino hasta aquí no ha sido fácil, desde muchos puntos de vista. Para Bruno menos, visto y considerado que Rita ha muerto y que esta última investigación ha sido un favor a su padre.

Bruno me ha pedido un período de descanso.

Necesita cerrar una etapa importante de su vida. Cuando se sienta de nuevo con fuerzas y haya "digerido" los últimos desenlaces, volverá.

Más fuerte que nunca

… o eso creo.

Hasta ese momento me ha dicho de pedirte disculpas por su ausencia.

De la misma manera, como escritor no me voy a quedar a brazos cruzados. En esta investigación, Bruno ha conocido un inspector de la policía investigativa de Roma, Gildo Falcone. Este va a coger el testigo de Bruno y va a seguir con una serie de thrillers gastronómicos que arrancan con Muerte en Roma.

Te dejo a continuación un par de capítulos por si te apetece leer algo más de él.

¡ADELANTO GRATIS! - Nueva Saga

Comienza a leer gratis la saga del inspector chef Gildo Falcone con:
La serie del sargento Álex Cortés continúa con:


RICCARDO BRACCAIOLI
MUERTE
EN
ROMA
UN THRILLER CULINARIO AMBIENTADO EN ITALIA

A continuación puedes leer en EXCLUSIVA los primeros capítulos de la primera investigación de Gildo Falcone, un pequeño adelanto antes de su lanzamiento:

PRIMEROS CAPÍTULOS GRATIS

CAPÍTULO 1

Gildo corría por la calle paralela al Circo Máximo para cumplir con su deber. Cruzó a la derecha. Las calles estaban invadidas por curiosos sin entrada, que se acercaban para escuchar el concierto. Vendedores ambulantes, sentados en cajas de fruta, ofrecían bocadillos envueltos en papel de aluminio y también cerveza y bebidas carbónicas que flotaban en cubos de hielo.

Se metió en la calle trasera. En ese momento comenzó a cantar Luciano, resucitando viejas canciones que ya formaban parte del imaginario colectivo.

Siempre pasaba por esa calle trasera del barrio de Ripa, normalmente silenciosa. Esa noche, en cambio, estaba llena de notas y de prisas.

Gildo aún olía a fritura y pan caliente. Se quitó la bandana japonesa y se soltó el largo pelo, que le llegaba hasta los hombros. Sacó la llave del bolsillo y abrió la vieja Vespa roja. Desbloqueó el portaobjetos lateral y cogió una camiseta limpia. Se la cambió y se colocó el casco. Puso en marcha la Vespa y arrancó a toda velocidad.

Gildo Falcone era un excelente inspector de la policía, además de ser uno de los más reconocidos chefs de la capital. Divorciado de Ornella, decidieron que seguirían con su puesto de bocadillos: juntos, pero no revueltos, a diferencia de la tortilla de Gildo. El negocio iba muy bien y continuar con él evitó que se separasen definitivamente.

Gildo tomó la Via Aventino, entre taxis y coches que se alejaban del Foro Romano.

Se detuvo en el semáforo y aprovechó para llamar a Ornella.

—¿Amore mio?

—Maldita sea, Gildo, dime que ya vuelves —dijo ella, mientras se oían ruidos de cuchillos y botes de cristal sobre la encimera de aluminio—. Esta me la pagas. ¿Sabes cuánta gente hay aquí afuera?

—Lo sé, por eso intentaré acabar lo antes posible. Sabes mejor que yo que si no fuera muy importante no me habría ido, ¿verdad?

—Me da igual, Gildo, como si te hubiera llamado el Papa en persona. Yo miro por nuestro negocio.

—Te prometo que volveré lo antes posible. El jefe me ha llamado, hay un… no sé qué, no sé si es un asesinato, pero es algo raro. No sé.

Se oyó al fondo el temporizador que sonaba.

—Por favor, Ornella, no te olvides de las patatas —dijo a distancia—. ¡Que el cerdo canta!

De fondo se escuchaba la música del concierto y el bullicio de los clientes que esperaban.

Ornella sacó las patatas y las tiró en la bandeja de aluminio.

—¿Qué? ¿Las has quemado? —dijo Gildo adelantando un coche y ya tomando la Via Ostiense.

—No, justo a tiempo —respondió ella con un suspiro—. ¿Pero se puede saber a dónde vas?

—Es un restaurante de la zona Eur.

—¿Hasta allí? —dijo sin creer lo que escuchaba por los auriculares—. Volverás a las mil.

—Orni, amore, paso por el túnel, te llamo más tarde porque seguro que se corta.

—¿Cómo? ¿Qué dices? —espetó ella enojada y lanzó un grito al aire por la rabia.

Gildo había sido requerido por el comisario para dirigirse al restaurante Bellagio, un local abierto desde hacía poco por un futbolista del equipo de la Roma y que hacía furor en la capital. En el mensaje audio que había recibido, en ningún momento se había usado la palabra muerte, ni nada parecido. La

ambigüedad no era habitual en él. Pero la urgencia era suficiente como para llamarle un día festivo.

Entró en las grandes y desiertas carreteras del Eur. La Via Cristoforo Colombo estaba casi vacía. Giró a la derecha en la plaza de las Naciones Unidas y aparcó la moto.

La zona estaba vallada. Las luces de las patrullas de la policía insinuaban el problema en el local; las cintas para aislarlo, lo confirmaban.

Gildo se acercó y en medio de los coches de la policía vio el viejo Fiat del comisario y el Ferrari del futbolista.

No daba la impresión de que el panorama fuera a resolverse rápidamente. Pensó en el concierto en el Circo Máximo, que pronto acabaría. El Porco Miseria recibiría una ola de gente comparable a un tsunami de pedidos. En ese momento se dio cuenta de que Ornella tenía razón: esa noche sería larga y seguramente no volvería a tiempo para ayudarla.

CAPÍTULO 2

Pocas horas antes, Gildo estaba cocinando entre fogones: su otra pasión.

La Via San Gregorio, que llevaba al Arco de Triunfo y al Coliseo, brillaba esa noche. La dulce temperatura de la primavera romana incitaba también a los romanos, y no solo a los turistas, a caminar por las calles del foro.

Desde lejos, las farolas iluminaban una noche bañada por un concierto que revivía viejas canciones italianas de los años setenta.

Las carrozas tiradas por caballos blancos y negros daban un aire de otros tiempos a la ciudad eterna. En el ambiente se respiraban el olor a hierba cortada y la alegría, mezclados con flashes y frescos conos de helados.

El Circo Máximo era el escenario del concierto esperado: un remake de la música de la época de oro italiana. El que fue testigo de las carreras de cuadrigas romanas, en forma de óvalo alargado, ahora era un escenario de hierba que alimentaba miles de corazones pulsantes.

Entre el Coliseo y el Circo había una pequeña plaza, fruto del cruce de Via San Gregorio y Via delle Terme di Caracalla. Un espacio gastronómico formado por tres chiringuitos, tres puestos de gastronomía que saciaban el hambre de los viandantes. Un puesto de helados regido por una pareja de lesbianas; artesanales y hechos con el mismo amor que se profesaban. Un kebab, que ofrecía una de las mejores interpretaciones del street food turco, regentado por un padre y un hijo. Y, por último, el tercero, el «Porco Miseria», un food truck de bocadillos. De estilo irreverente y con cocina de fusión. Su logo era

un sello de paquetería gastado: una cabeza de un cerdo con dos cervezas que se cruzaban.

La gente hacía cola por uno de sus bocadillos o sus patatas chips aliñadas. Su caballo ganador era el porchettaro: pan de focaccia crujiente con romero, humeantes lonchas de porchetta, una generosa cantidad de queso stracciatella y untado con mayonesa de wasabi. Lo envolvían en un papel que simulaba un viejo periódico, e impedía que las exquisiteces se escaparan. Iba acompañado con finas y crujientes patatas aromatizadas al curry.

Los romanos acudían por esos combinados, que triunfaban en la capital y que todo el mundo intentaba copiar. Las páginas de internet hablaban maravillas de todas sus creaciones y los turistas acudían para probarlas.

Esa noche, por culpa del concierto, la cola de clientes daba la vuelta a la manzana. Los hambrientos asistentes al concierto asaltaban los quioscos de comida rápida. Muchos tuvieron que marcharse con las manos vacías, ante la incapacidad de aplacar la demanda, disparada esa noche. Todos los que no habían conseguido comer antes del concierto, tendrían que hacerlo después.

El ansia de bocadillos se había atenuado, y ya solo había pocas decenas de clientes esperando a ser servidos. Detrás de los fogones y controlando las freidoras había una pareja de chefs. Ornella LoCarno, espíritu rebelde, meticulosa, irónica. Una mujer tierna fuera del furgón de bocadillos. Exdirectora de banco que prefirió cumplir sus sueños en vez de los de sus padres.

Y luego estaba él, el alma mater, el risueño y divertido chef Falcone, Gildo para los amigos. Se movía entre las baldosas del chiringuito como en una pista de baile. Pelo largo y ondulado, recogido con una goma encima de la cabeza al más puro estilo samuray. Una bandana blanca que recogía el sudor, provocado por las porchettas calientes que giraban y el aceite de las freidoras. La camiseta negra marcaba sus músculos, trabajados en el gimnasio.

Ornella cogió la freidora y la vació en una bandeja de inox. Después volvió a tirar un puñado de patatas chips crudas en la cesta. Apretó el botón del cronómetro con forma de cerdo, y puso dos minutos con veintitrés segundos

exactos de cocción. Arrojó dos sazonadas de sal con curry y las puso en dos papeles antigrasa de color marrón en forma de cucurucho.

—Orne, ¿cómo van esas patatas? —gritó Gildo sin mirar—. Venga, que he visto gente más rápida. Menos yoga y más flow.

Después cogió un pan de focaccia, justo antes de que el romero de encima se quemara, y lo abrió de un solo corte, usando el cuchillo como un sable. Pasó el pincel de la mayonesa y una abundante porción de queso stracciatella. Luego con las pinzas cogió las lonchas de porchetta pimentada, las puso encima del queso y lo cerró. Lo vistió con un papel de periódico y lo sirvió junto a las patatas y una cerveza Nastro Azzurro a la clienta, que no dejaba de mirarlo y salivar.

—Aquí tiene, señora, un súper de la casa completo —le dijo mientras le guiñaba el ojo. Luego le pasó la bandeja sujetándola con el brazo y apretando los bíceps para que se vieran en todo su esplendor.

La mujer pestañeó, coqueta.

En cuanto Gildo se giró regresó con otro súper Porchettaro, mientras se ponía una rama de jengibre en boca. Le dio un par de mordiscos, sintió el sabor fuertísimo y lo volvió a dejar en la estantería.

—¿Cómo va el "Porco Hamburguer"? —gritó Gildo a su compañera.

Ornella se lanzó un cuchillo con la derecha por detrás de la espalda, lo hizo voltear por encima de su cabeza y lo volvió a coger con la misma mano por delante. Luego cogió un pan de mollete crujiente y lo abrió. Pasó el pincel de la mostaza, luego añadió una rodaja de tomate, un rulo de cabra pasado por la plancha y un disco de Porchetta triturada y marinada en el licor. Luego añadió rúcula y lo cerró. Acompañó con patatas chips con sal de trufa y se lo pasó al cliente que esperaba.

—Gracias por venir al Porco Miseria —dijo al hombre—. ¿Quién es el siguiente? —preguntó después, mirando al resto de cola que nunca acababa.

—¿No me faltan dos Nastro Azzurro? —dijo el hombre que acababa de ser atendido.

—Muy mal, Orne. Ya sabes que la cerveza es el ingrediente secreto de la porchetta —dijo con reproche.

—Aquí tienes, disculpa y disfruta del concierto.

En medio de la fila se abrió paso a codazos un hombre trajeado.

—Un Súper Porchettaro, pero que sea bueno —dijo mientras la cola protestaba y silbaba por el adelantamiento injusto—. Es para Luciano —explicó levantando las manos, como si los pedidos para los VIP's fueran prioritarios.

—Orni, ¿puedes decir a este energúmeno que se ponga a la cola? Aunque venga por un cantante no hacemos excepciones… —Hizo una pausa y siguió con el cuchillo al aire—. ¡Y dile también que todos los bocadillos salen requetebuenísimos!

La cocina de la furgoneta sacaba bocadillos continuamente, como si el hambre de los clientes no se acabara nunca.

Sonó una canción y Orni se detuvo a mirar a Gildo.

—Esta me encanta, Gildo, sube el volumen. ¿La bailas conmigo? —dijo parada en medio de la furgoneta y delante de los clientes asombrados.

Gildo frunció el ceño y se giró.

—¿Quieres seguir con esos bocadillos, per l'amor di Dio? —le espetó señalando su lugar de trabajo con un cuchillo.

—Ti aaamo. Un soldo, ti amo… —cantó ella, sujetando una espátula como si fuera un micro.

La canción clásica del artista italiano estremeció los ánimos del Circo Máximo, uniendo en un solo corazón a todos los que escuchaban sus notas.

Después de la actuación, de casi un minuto, Ornella regresó a sus labores culinarias ante la insistencia Gildo. En ese momento la pantalla del móvil del chef sonó. Se acercó a ver quién era. A pesar de ser su día de descanso en la policía, las urgencias no entendían de fiestas.

Sujetó el iPhone entre el hombro y la oreja para escuchar el mensaje de audio. Ornella lo miró; conocía ese cambio de mirada. No quería ni imaginar lo que estaba a punto de suceder.

Gildo dejó el móvil, acabó de preparar el súper bocadillo y lo entregó junto a la guarnición. Luego se rascó una ceja mientras lentamente se desabrochaba el delantal.

—No. ¡No! ¿En serio? —dijo Ornella apuntándole con un pequeño cuchillo —. No me vas a dejar con todo este lío, ¿verdad?

Gildo tragó saliva.

Su compañera lo conocía muy bien. Llevaban muchos años juntos en eso.

—¡Escúchame! Son solo unos minutos, volveré para cuando el concierto se haya acabado —dijo tranquilizándola, ya con el delantal colgado en el clavo al lado de la puerta.

—¿Por qué me haces esto? ¿No ves la cola que hay? —dijo ella ante las decenas de personas que esperaban—. No voy a poder sola.

—Claro que puedes. Tú puedes —dijo Gildo apretando el puño —. Tú siempre puedes, siempre lo has logrado. En nada vuelvo —dijo y se fue de la furgoneta.

Al salir se arrepintió de no haberle dado un beso, pero con esa tensión y apuntándole con un cuchillo, consideró que no era el caso.

Ornella, víctima de un arrebato de rabia, cogió el cuchillo y lo tiró a la pared, dándole a una tabla de cortar que había colgada en la pared. Luego regresó a mirar la cola, que parecía crecer como si supiera que se había quedado sola para despachar los bocadillos.

—¡Porca miseria, Gildo! —gritó desesperada.

Luego se abrió una cerveza y siguió haciendo bocadillos con más intensidad. El concierto acabaría pronto y las promesas de Gildo eran como sus patatas chips con trufa: volaban.

¿Te ha gustado?

Descubre “MUERTE EN ROMA” la primera entrega del inspector chef Gildo Falcone.
IR AL LIBRO
¡El investigador Gildo Falcone es el nuevo Comisario Montalbano!

Un asesinato en el restaurante más exclusivo de Roma. Un político influyente quiere cerrar cuanto antes la investigación. La posibilidad de

que una mafia esté detrás de más sucesos enciende una trepidante investigación.

¿Hasta dónde estará dispuesto a llegar el investigador Gildo Falcone, en una investigación que excede a su jurisdicción?

Un asesinato en el Bellagio, el restaurante propiedad del futbolista del momento, revela un lugar lleno de secretos.

El alcalde de la ciudad le encarga una investigación rápida y fácil a unos de sus investigadores novatos.

Pero el inspector de la comisaría del Trastevere no se queda con una rápida verdad: algo huele a complot y a corrupción.

La política y la mafia se entrelazan en una novela teñida de gastronomía y de italianidad en estado puro.

Gildo se moverá por la Ciudad Eterna y desvelará sus secretos con una vieja Vespa roja que representa algo más.

Después de haber dejado la carrera de chef, Gildo Falcone se enfrenta a su peor investigación como inspector de policía.

Muerte en Roma es un Thriller culinario que te dejará enganchado, página a página.

¿Podrá resolver el caso antes de que haya más asesinatos en la capital?

Si disfrutaste los thrillers llenos de suspense y de gastronomía, no podrás dejar de leer *Muerte en Roma*.

¡CONSÍGUELO AHORA antes de que cambie el precio!

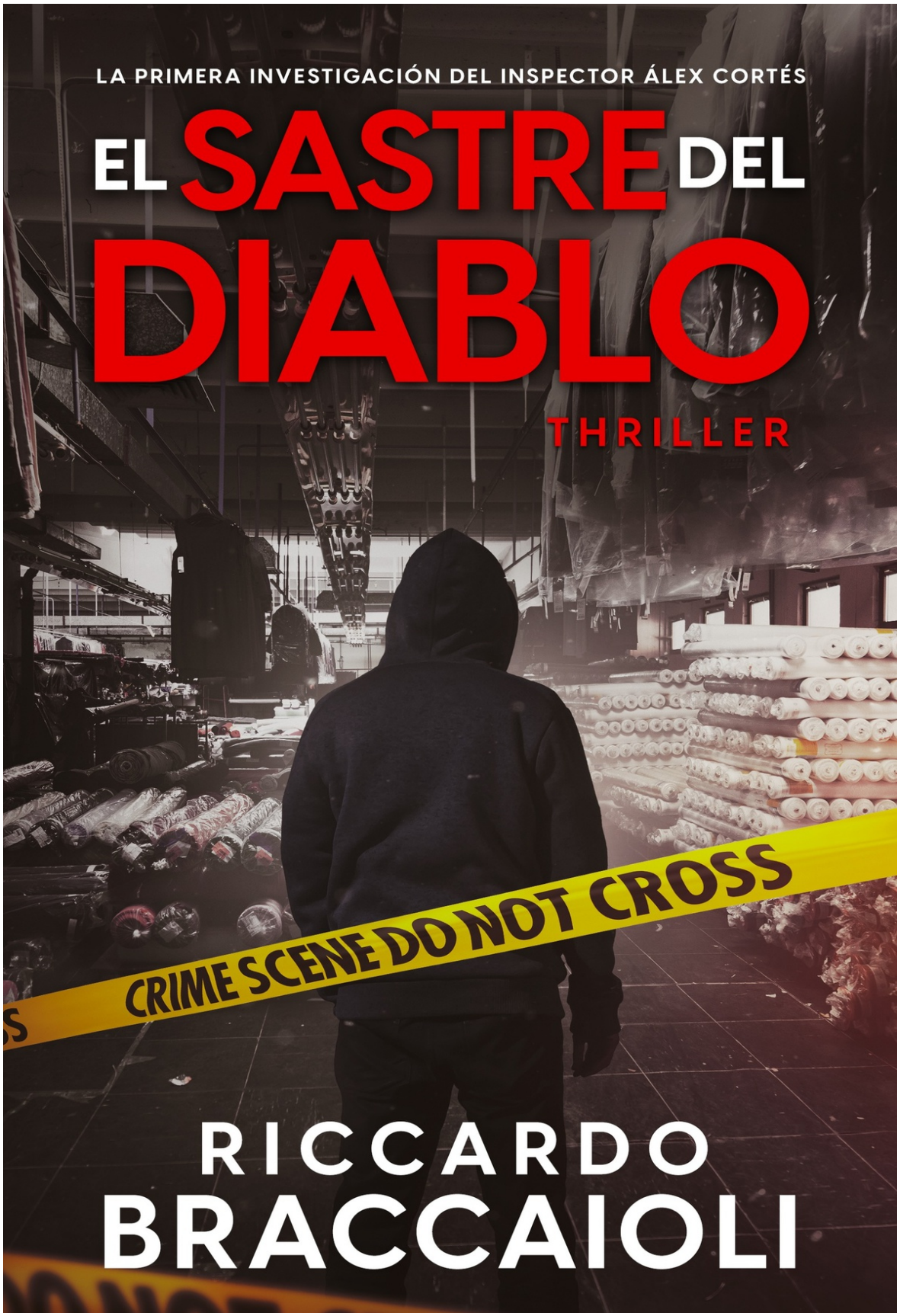
IR AL LIBRO

También puedes acceder escaneando con la cámara del móvil este código:



¡ADELANTO GRATIS! - Saga Álex Cortés

Comienza a leer gratis la saga del sargento Álex Cortés con:


LA PRIMERA INVESTIGACIÓN DEL INSPECTOR ÁLEX CORTÉS
EL SASTRE DEL DIABLO
THRILLER
CRIME SCENE DO NOT CROSS
RICCARDO BRACCAIOLI

A continuación puedes leer los primeros capítulos de la primera investigación de Álex Cortés:

PRIMEROS CAPÍTULOS GRATIS

CAPÍTULO 1

Álex Cortés no estaba preparado para lo que estaba a punto de ver.

Necesitó respirar varias veces antes de seguir avanzando por el despacho. Su carrera como agente de la policía científica lo había llevado hasta esa habitación, pero de pronto sentía que la situación le iba grande.

Hacía relativamente poco que había llegado a la comisaría central de Barcelona como nuevo agente del grupo de investigación criminal. Para él, originario de Tarragona, aterrizar en la capital fue un gran logro. Se había sentido importante, pero solo hasta ese momento.

El estado del cadáver que tenía delante le estaba haciendo replantearse muchas cosas.

¿Qué clase de persona cometía semejantes atrocidades?

¿Por qué torturar así a un hombre?

Hasta entonces había pensado que eso solo sucedía en las películas.

Al parecer, la maldad era un virus más difundido de lo que Álex había pensado.

Se encontraba en una oficina poco iluminada. Tenía sofás rojos de terciopelo y espesas cortinas que atenuaban la luz. La vieja moqueta verde tenía algunas manchas. En el aire flotaba un aroma siniestro; una energía insana más propia de un cementerio.

En el pequeño escritorio había pocos documentos, ni siquiera un ordenador. Los flashes de las cámaras iluminaban el ambiente, que olía a muerte y a nidos de ácaros.

En las paredes colgaban cuadros baratos con imágenes explícitas: una decoración más propia de algún prostíbulo de Castelldefels o de la Junquera

que del barrio del Poble Sec.

Junto a Álex se encontraba otra agente, la oficial Karla Ramírez, de la misma promoción de la academia. Ella se detuvo también, mientras los dos intentaban asimilar lo que estaban viendo.

Un flash los alcanzó de pleno.

El compañero de la científica se dio cuenta de su presencia y bajó la réflex, dejando ver su cara.

—¿Qué narices hacéis aquí? —les espetó el hombre, autoritario—. ¿Pensáis que por ser de investigativa podéis hacer lo que queráis? ¡Fuera de aquí! Si queréis entrar, id a vestiros con los elementos de protección.

Los dos agentes sacudieron la cabeza, dándose cuenta de que habían entrado en la estancia sin bata, gorro, cubrezapatos, o mascarilla.

Retrocedieron y se vistieron con trajes blancos. A Álex le costó que todos sus rizos negros cupieran debajo del gorro. Cubrió con la bata su atuendo, que lo hacía parecer una estrella de rock más que un policía. Una vez listos, los dos agentes volvieron a entrar.

La víctima estaba en el centro de la estancia, mirando a la puerta y sentado en una silla. Tenía las manos atadas por detrás del asiento, impidiéndole moverse. La cabeza yacía sobre la barbilla. La sangre, que ya había dejado de gotear de la boca, había ensuciado su traje, caro pero mal conjuntado. Era negro, a rayas, combinado con una corbata oscura y camisa color vainilla.

Karla y Álex se acercaron al muerto. Seguía con los ojos abiertos, como si quisiera decir algo a su verdugo. Petrificado en el momento de su muerte.

Álex levantó la mirada: el despacho no disponía de cámaras, y el pasillo tampoco.

—¿Qué te parece? —le preguntó a Karla.

Ella se arrodilló, colocándose a la altura del rostro del cadáver.

—Desde luego, querían que este hombre sufriera —contestó observando el rostro.

—En la academia no te enseñan cosas así…

—Supongo que nuestros compañeros del FBI tienen casos como este a diario —replicó ella.

Álex se alejó del cadáver y se acercó al compañero que estaba realizando las fotos. Le alargó la mano con timidez y el hombre bajó la cámara de fotos, le

miró a los ojos y se la estrechó.

—Mario, de científica.

—Álex, investigativa, grupo homicidios.

—¿Nuevo?

—No, llevo unos meses en la comisaría.

—Eso ya se ve, pero me refiero con cadáveres así —dijo mientras señalaba con la cabeza al muerto.

Álex enarcó las cejas en un gesto irónico.

—Ya veo —contestó Mario.

—¿Qué habéis descubierto?

—De momento poco. Nada de huellas aparentes, ni pisadas: el asesino ha sido pulcro. Os pasaremos el informe más tarde.

Álex asintió.

—¿El teléfono móvil?

—Estaba en un cajón del escritorio, lo llevaremos a informática forense —contestó Mario.

—¿Quién encontró el cadáver?

—El conserje del edificio.

—¿Y dónde está ahora?

—En el hospital. Tuvieron que auxiliarle los del SAMUR porque al ver todo esto tuvo una crisis de ansiedad. Sigue en estado de shock.

—¿No puede haber sido él?

—No creo, aunque tampoco lo podemos descartar a priori. Pero eso es cosa vuestra. Suerte con esto, sabueso —concluyó Mario justo cuando alguien aparecía en la estancia.

—¿Qué? ¿Estamos de cháchara? —les espetó el recién llegado—. ¡Estáis aquí para trabajar, no para hablar! Venga, al curro.

En cuanto apareció el sargento Ortega, el ambiente en la escena del crimen se enrareció.

El sargento era el punto flaco del primer destino de Álex.

Lo vio entrar por el rabillo del ojo, sin dignarse a mirarle. Luciano Ortega era un hombre hecho a sí mismo, de la vieja escuela. Llegó de la benemérita cuando el cuerpo de los Mossos d'Esquadra absorbió varios agentes de otros cuerpos de policía.

Su reputación le precedía. En los vestuarios de la comisaría se vociferaba que había pasado por una época de alcoholismo que supuestamente había superado. Se decía que estuvo a punto de ser expulsado del cuerpo.

Vestía una camisa color gris claro con un botón abierto. Por debajo asomaba una camiseta originariamente blanca, que se había vuelto ya del mismo color que la camisa. La corbata, con un estampado floral, solo podía provenir de alguna tienda de ropa de segunda mano de *Els Encants.* La gabardina mostraba manchas y rozaduras y, en días de lluvia, le añadía un sombrero borsalino negro. De su boca siempre colgaba un pequeño caliqueño, que en la escena del crimen había tenido la delicadeza de apagar.

El sargento se detuvo en el umbral de la habitación.

—¿Usted también? ¡Póngase de blanco! —gritó Mario.

—Tranquilo, hombre, ¿no ves que me he quedado en la puerta?

—Da igual, puede contaminar la escena.

—Sigue con tus fotos, rata de laboratorio.

Mario apretó los dientes y, con mucho esfuerzo, siguió con la inspección ocular.

Ortega no era conocido por sus modales y todos esperaban, casi más que él mismo, que se jubilara y se fuera. Su poco compromiso con el cuerpo y su manera de trabajar le habían impedido avanzar en la jerarquía.

Álex observó la escena, a distancia, con expresión de desprecio.

—*Mare meva* —dijo el sargento sin vocalizar del todo, sujetando entre los labios el pequeño puro—. Le han cerrado la boca, ¿eh?

El comentario no le gustó a Álex: le pareció una falta de respeto hacia la víctima.

Pero el sargento, en cierto modo, tenía razón: el asesino le había cosido la boca a su víctima, literalmente. Una cuerda le pasaba del labio superior al inferior, como puntos de sutura. A ese empresario le habían cosido el hocico.

De los orificios, alargados por la fuerza de la mandíbula y de su desesperación por pedir auxilio, había salido sangre a borbotones.

Álex miró a su jefe con desdén.

—Tenemos que gestionar esto —dijo Ortega—. Abajo está la prensa y no pueden saber que es la segunda víctima que encontramos así.

CAPÍTULO 2

Cuando Álex y Karla llegaron a la escena del segundo crimen, los periodistas todavía no habían llegado. Pero las noticias en Barcelona volaban y, cuando había un muerto de por medio, se convertían en pólvora.

Ortega podía ser muchas cosas, pero tenía razón. Si trascendían detalles de lo que habían hallado en esa habitación, a las pocas horas, primero en las webs de noticias y al día siguiente en los periódicos, tendrían la noticia de que había un asesino en serie por las calles de Barcelona.

Y eso tenían que evitarlo a toda costa.

Karla seguía mirando con distancia la situación, pero su expresión era un volcán a punto de explotar.

—Esperamos el informe hoy mismo —dijo en voz alta el sargento, para que lo oyera el de la científica—. Oye, tú…

—¡Se llama Mario! —soltó Karla sin mirarle.

Ortega miró a su subordinada como si acabara de darse cuenta de su presencia.

—Lo sé —contestó—. ¿Crees que no lo sé, mocosa?

—¿Entonces por qué no le llama por su nombre? —replicó ella, sosteniéndole la mirada.

—Está bien, Karla —dijo Álex, interponiéndose físicamente entre los dos, con las manos en alto—. Estamos aquí por un asesinato y nada más. Mario nos lo enviará lo antes posible, ¿verdad?

Este afirmó con la cabeza sin decir nada.

—¿Qué nos quería decir de la prensa? —continuó Álex.

La expresión de Luciano Ortega mostraba el desprecio que sentía hacia Karla y Álex.

—Su señoría ha dictaminado el secreto de sumario. Por lo tanto… —dijo y concluyó acercándose el índice a la boca—. Ni se os ocurra decir nada.

Álex se giró hacia donde estaba Karla.

—Bien, yo creo que hemos acabado aquí —le dijo.

—Tenemos que ir a la comisaría, el subinspector Rexach quiere vernos. Quiere que analicemos los dos casos juntos —dijo Ortega. Después se dio media vuelta y desapareció por el pasillo.

—¿Te has vuelto loca? No hace ni seis meses que estamos aquí y nuestro jefe nos odia. Tu actitud desde luego no ayuda —dijo Álex a Karla.

—Ese engreído cree que nos puede tratar como títeres y es el primero que se pasa las normas por el forro.

—Shhh —dijo Álex, mirando hacia la puerta y dando a entender que Ortega aún podía oírlos.

—¿Y tú? Eres peor que él. Bajas la cabeza y te dejas insultar —dijo ella.

—¿Insultar? No, se llama mando.

Karla soltó una risa cínica.

—¿Mando? O… ¿mando a distancia?

Álex tragó saliva y declinó contestar.

Fue hacia Mario y le preguntó en cuánto tiempo tendría el informe. Este le contestó que las fotos se las podía mandar inmediatamente, pero que para el resto necesitaría casi todo el día.

Al despedirse de Mario, Álex sintió por primera vez una cierta afinidad con alguien del otro departamento de la comisaría, la científica. Mario tenía algo más, aunque aún no sabía qué era.

Al volver hacia la puerta pasó al lado del cadáver, que seguía allí, sentado como un espectador silencioso de su propia muerte y de los juegos de poder del cuerpo.

El cordel que juntaba sus labios no era la única anomalía de aquel cadáver ya endurecido: su frente mostraba una profanación, que podía haber sido un

mensaje. La piel de la frente había sido incisa con un objeto punzante, como un bolígrafo en una hoja en blanco:

AP98

¿Qué podía significar aquello?

¿Un mensaje cifrado?

¿Una firma?

Álex lo miró por última vez, arrugando las cejas. Si era una firma, ¿quién era AP98? ¿Un seudónimo, o unas iniciales?

Aunque aún no lo entendieran, aquello era una pista, y sin duda los acercaría al asesino.

Karla y Álex pasaron entre los periodistas sin decir palabra. Entraron en el coche y fueron hacia la comisaría. A Karla le gustaba conducir y prefería hacerlo ella.

Álex miraba los rótulos de las tiendas a través de las ventanillas, mojadas por la insistente lluvia invernal.

La cuerda y la incisión ocupaban los pensamientos de Álex. Ese asesinato era muy parecido al anterior.

¿Se encontraban frente a una serie de asesinatos? Y, si así era, ¿cuántos más vendrían?

Se dirigieron a la cita con el subinspector, en la que analizarían los detalles y similitudes entre las dos muertes. Esperaban que aquella reunión arrojase algo de luz sobre ese caso, el primero tan complejo para Álex Cortés.

¿Te ha gustado? TE REGALO EL LIBRO

Descubre “El Sastre del Diablo”, la primera entrega del inspector Alex Cortés.

DESCARGA AL LIBRO

Un nuevo caso sacude la ciudad de Barcelona.
Todo empieza con un cadáver quemado en un túnel, en una noche de primavera.

Álex Cortés no tardará en darse cuenta de que ese es solo el primero de una larga cadena de asesinatos.

Todos los cadáveres presentan las mismas marcas en las muñecas, lesiones similares y el mismo *modus operandi*. Es la firma del nuevo asesino de Barcelona.

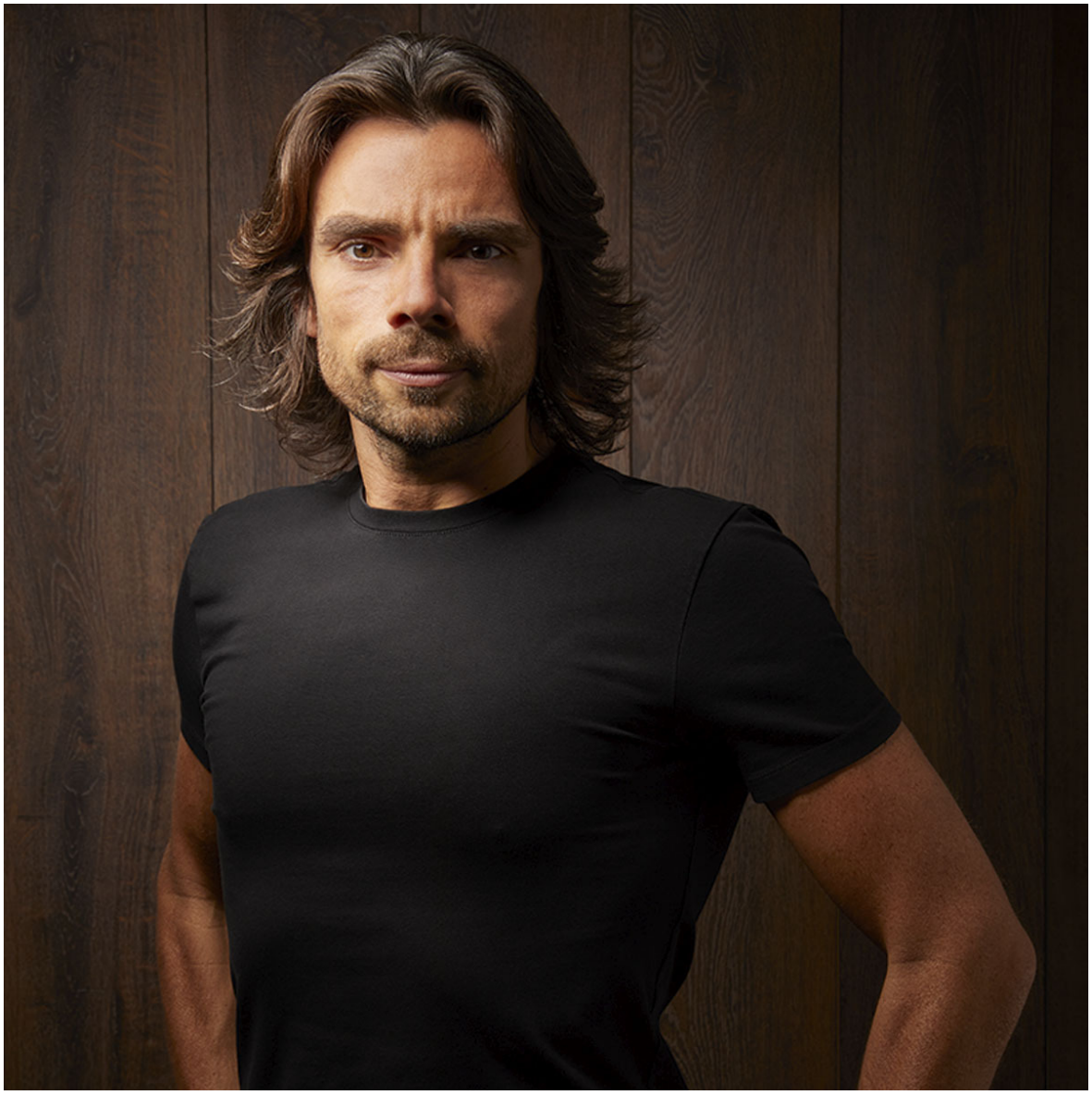
IR AL LIBRO

También puedes acceder escaneando con la cámara del móvil este

código:



SOBRE EL AUTOR



Riccardo Braccaioli (Italia, 1982) es escritor, conferenciante y emprendedor

digital.

Ha escrito varios Best Sellers autobiográficos y de crecimiento personal como **DIARIO de una QUIEBRA**, **El PODER del FRACASO**, entre otros.

Con la **Serie Malatesta** y con la **Serie Álex Cortés** se ha consolidado como escritor de thriller policíaco.

En **junio** de **2023**, crea una editorial propia con todos sus libros y un **proyecto literario global**: escribir una novela al mes y traducirla a las 7 lenguas de mayor venta en el planeta. Además de publicarlas en varias **plataformas digitales** las vende en **librerías**.

Este proyecto se llama **Escritor Tokenizado**.

Además, si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras una reseña en Amazon. Para nosotros, los autores que nos autopublicamos, es sumamente importante tener reseñas en la plataforma. Estas mantienen vivas las novelas.

Entre su obra destaca:

Serie inspector Álex Cortés

El Sastre del Diablo (Gratis en este link)

El Hedor de la Verdad

Asesino a Bordo

El Diablo Nunca Duerme

Cuando Barcelona Perdió la Cordura

El Vampiro de Barcelona

El Último Criptograma

Un Cadáver en Llamas



Serie Bruno Malatesta

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)

Asesinato en el Rally Costa Brava

El Plan Mónaco

Los Secretos del Coleccionista

Malatesta Contra Malatesta

El Secuestro Ferrari

Festival de Muerte

Última Salida

